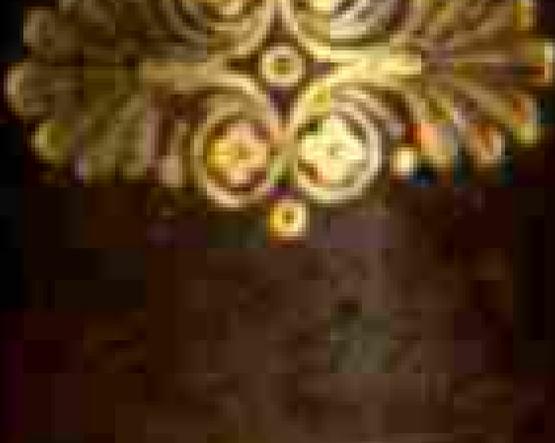
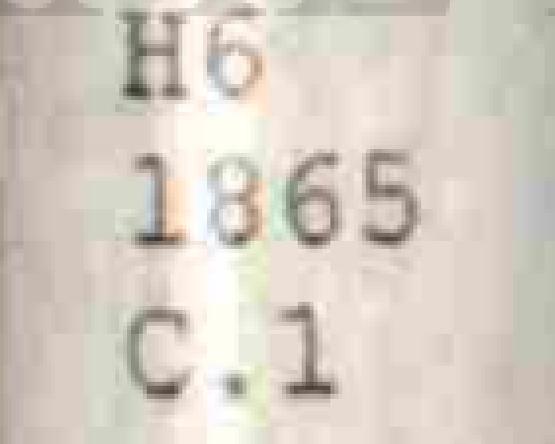


CCIÓN



POESIAS  
MEXICANAS

De J. Echaz.



PQ7297

.E4

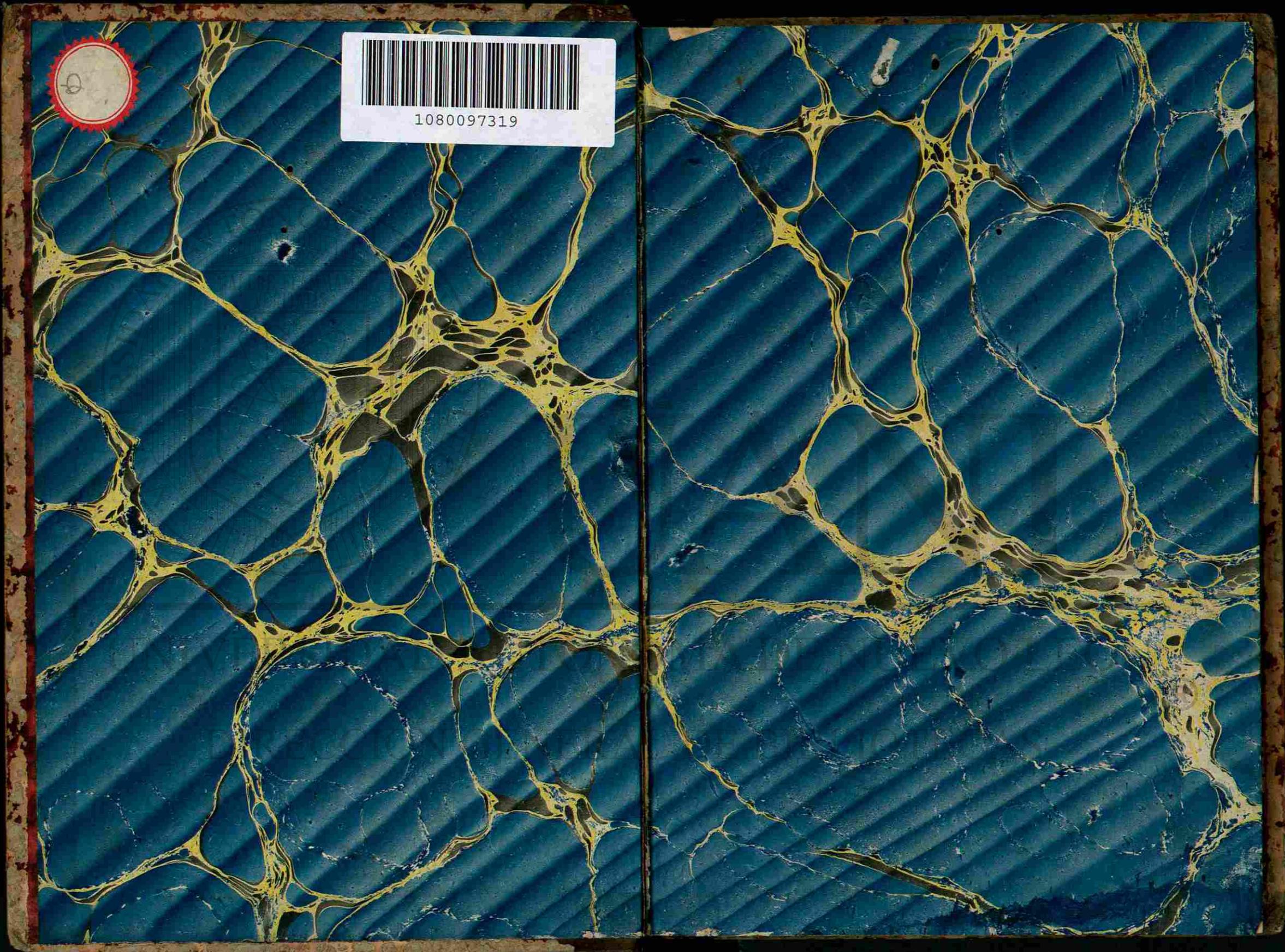
H6

1865

C.1



1080097319





HORAS PERDIDAS.

PERDIDAS MEXICANAS

U A N L

HORAS PERDIDAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



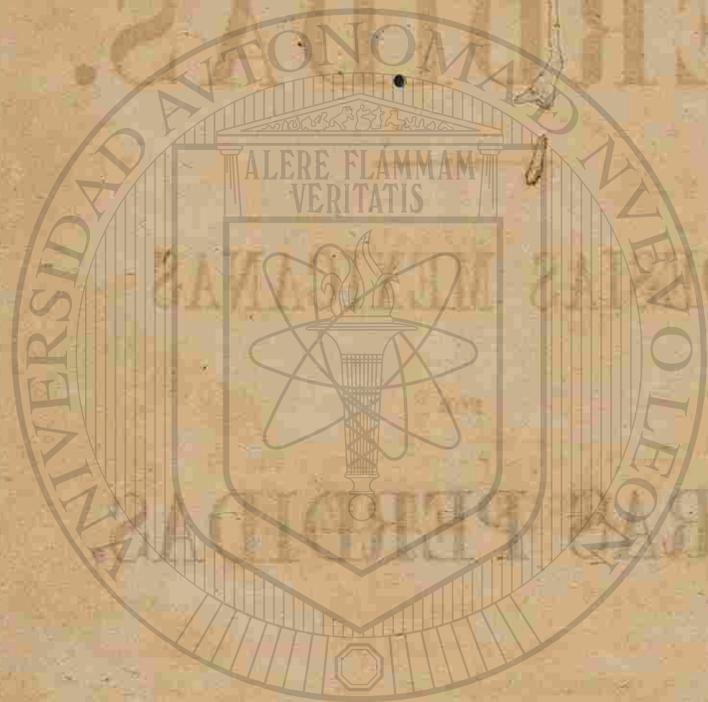
HORAS

PERDIDAS.

POESIAS MEXICANAS

POR

JESUS ECHAIZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

IMPRESA DE INCLAN, CERCA DE SANTO DOMINGO NUM. 19.

1865.

PQ 7297

.E4

H 6

1865

HORAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una juventud en seguida con cobardes que de los que mas  
 fueran que se quisiera se acordara el lenguaje de las pasiones  
 y las mismas como que se resquebraja el lenguaje de la prudencia  
 triste que produce los desastres y los tristes sucesos de  
 que tal vez sea el fin.  
 En un mundo tan oscuro como el nuestro el lenguaje de la  
 miseria es el lenguaje de los que no quieren presentarse  
 al fin oscuro de la vida que se busca por el bien de  
 la humanidad.

### HORAS PERDIDAS.

## A LA SEÑORA DOÑA F. M.

Ya que vd. no se desdén de que la pluma de un aficionado  
 llene las páginas de su Álbum, que ocuparian mas dignamente  
 las producciones de verdaderos poetas que se han creado un  
 nombre en la literatura mexicana: hoy que por las circunstan-  
 cias no pueden atribuirse á la adulacion las muestras de una  
 sincera amistad, accedo gustoso á sus deseos poniendo á la dis-  
 posicion de vd. las mas tolerables de mis composiciones, no  
 porque estén mas correctas que las demas, sino porque se acer-  
 can menos á la literatura que un crítico extranjero ha llamado  
*literatura frenética*, á la que confieso me he sentido inclinado  
 mas de lo regular.

A fin de seguir algun orden, las primeras composiciones que  
 encontrará vd. en su Álbum son bastante sencillas, y acaso no  
 le parecerán del todo impropias de las impresiones de la pri-

mera juventud: en seguida van colocadas otras de asuntos mas fuertes, que yo quisiera se acercaran al lenguaje de las pasiones; y las últimas temo que se resientan demasiado de la profunda tristeza que producen los desengaños y los trágicos sucesos de que hemos sido testigos.

¡Cuán grande fuera mi placer si pudiera, sin dejar de escoger mis asuntos en las circunstancias que nos rodean, presentar á vd. las escenas de felicidad que parecen propias del Eden Mexicano!

Muy pocas poesías amorosas me he atrevido á introducir en esta coleccion, seguro de que vd. apreciará mas tener á la vista el recuerdo de algunos de nuestros héroes ó cualquier otros pensamientos, que las insípidas frases de una vulgar galantería; y aun en las pocas que van insertas en la coleccion, le suplico crea que las Julias y Teresas son ficciones aéreas de las que usan los poetas para persuadirse de que no están solos en la region ideal, y de las que yo me he servido tambien, aunque sin derecho reconocido.

Como epígrafes, al principio de cada composicion verá vd. algunos versos de nuestros distinguidos escritores mexicanos, principalmente de Lacunza, Prieto, Alcaraz y Collado, á quienes considero como mis maestros, pues con sus armoniosos versos y sentimentales pensamientos despertaron en mí la primera ilusion, muy bella y dulce á la verdad, de cultivar la poesía.

El título de «Horas Perdidas» me ha parecido muy adecuado y natural, tratándose de versos escritos por mí y en estos tiempos.

Yo bien quisiera poder lisonjearme, con razon, de ofrecer á vd. un presente digno de nuestra amistad y de su mérito; pero esto para mi torpe pluma es imposible, y me conformaría con saber acertivamente que estos versos están en castellano, y que no poseen en grado eminente propiedades narcóticas,

Es preciso ser Horacio para decir en presencia de su composicion: «Non omnis moriar!» no moriré del todo! Es necesario ser Heredia para esclamarse junto al Niágara:

«Al escuchar los ecos de mi fama  
Álce á las nubes mi radiosa frente!»

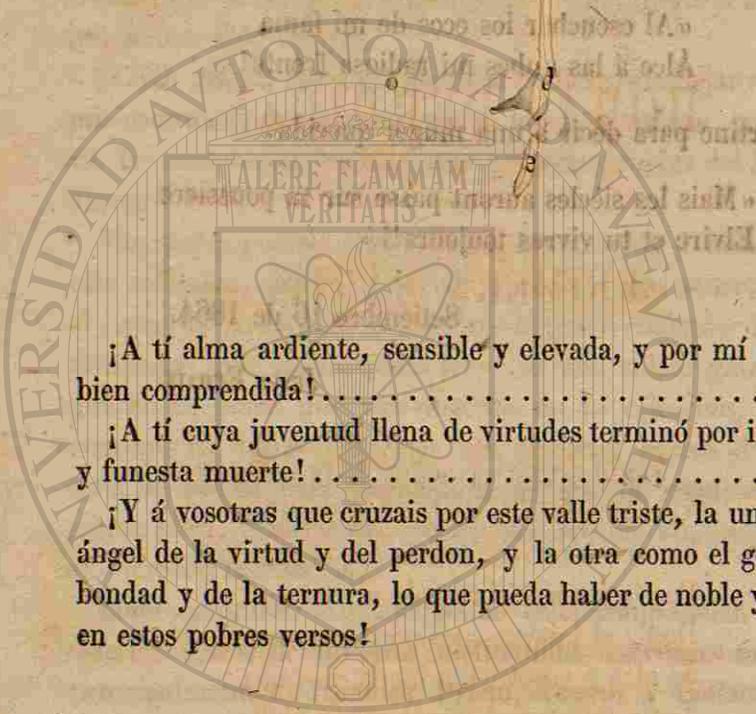
O Lamartine para decir á una muger querida:

«Mais les siècles auront passé sur ta poussière  
Elvire et tu vivras toujours!!»

Setiembre 16 de 1864.

JESUS ECHAIZ.

La que ser honrada por ser en su campo  
sacrosancta: «Non omnia morantur» in honore del reo: es una  
tanta ser honrada por su honor y su dignidad.



¡A tí alma ardiente, sensible y elevada, y por mí solo acaso  
bien comprendida!.....  
¡A tí cuya juventud llena de virtudes terminó por inesperada  
y funesta muerte!.....  
¡Y á vosotras que cruzais por este valle triste, la una como el  
ángel de la virtud y del perdon, y la otra como el genio de la  
bondad y de la ternura, lo que pueda haber de noble y hermoso  
en estos pobres versos!

# HORAS PERDIDAS.

## PRIMERA PARTE.

Venid á mí, recuerdos de la infancia,  
Venid memorias de la edad tranquila  
En que cual rica fuente por el mármol,  
Por la inocencia resbaló mi vida.  
Desde el lóbrego abismo del tormento  
Se alza á vosotros la memoria mia;  
Temo miraros, é impotente y débil  
Torno á vosotros sin querer, la vista!

CASIMIRO COLLADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

## HORAS PERDIDAS.

### MELANCOLIA EN EL EDEN.

Un sol de fuego en la celeste altura  
Vierte amoroso gérmenes de vida,  
Y de placer la tierra conmovida  
Ostenta su magnífica hermosura.

Do quier se fijan en redor los ojos  
Hallan tesoros de ideal belleza:  
¡No hay sitio para estériles abrojos,  
Todo es galas, perfumes y riqueza!

¡Que el espléndido Eden Americano  
Es un trasunto del Eden perdido,  
Cuando al soplo del númen soberano  
Brotó del seno del eterno olvido!

Las copas de los árboles gigantes  
Van á perderse en el azul del cielo,  
Plantas y flores mil exuberantes  
Cubren lozanas el fecundo suelo.

Picando frutos de oro entre el follaje,  
Las aves llenas de alborozos cantan,  
Y á par en el romántico paisaje  
La variedad y la hermosura encantan. . . .

Aquí juega la brisa en la llanura  
Las doradas espigas agitando,  
Allí se ve del bosque la espesura  
Del sol la viva claridad templando.

Allá vuela impetuosa la cascada  
Sobre el abismo, entre confusa bruma,  
Y de rocas en rocas despeñada  
Tiende su manto de nevada espuma. . . .

Y donde muere el rápido torrente,  
Bajo el ramaje trémulo y sombrío,  
Con dulce son la plácida corriente  
Arrastra lento el majestoso río.

Hacen oír los pájaros amores,  
Derrama luz el horizonte vago,  
En un cerco de aromas y de flores  
Yace dormido el trasparente lago;

¡Y entre la gasa vaporosa y leve  
Que mece el viento en ondulante giro,  
Suben las cimas de perpetua nieve  
Hasta tocar al cielo de zafiro!

Ni faltan, donde corren murmurando,  
En el bosque las aguas resonantes,  
Sombras bellas y heróicas, asomando  
Sus tranquilos y pálidos semblantes,

Ni el grato son de armoniosa lira,  
Eco divino de pasada gloria,  
Que celestial contento les inspira,  
Nobles hechos trayendo á la memoria. . . .

¿Por qué, pues, no rebose de alegría  
El poeta en región tan hechicera;  
Antes bien funeral melancolía  
En ese Eden de su alma se apodera?

¿Por qué, cesando de elevar su acento  
Al Hacedor de tan hermoso cielo,  
Presta su oído al murmurar del viento  
Fijos los ojos en el triste suelo?

¿Por qué la lira en signo de tristura  
Pone á sus piés; y si al pasar la brisa  
Sobre sus cuerdas con dolor suspira,  
Deja escapar tan tétrica sonrisa? . . .

Sin duda piensa que las bellas flores  
Que el tallo inclinan á besar sus manos,  
Brillan tal vez con vívidos colores  
Porque el suelo regó sangre de hermanos.

Sin duda al pié del árbol majestoso,  
Bajo dosel de sombras y frescura,  
Sabe que duerme sueño misterioso  
Noble patriota en triste sepultura. . . .

¡Y cuando llega á conmover su oído  
El imponente son de la cascada,  
Parécele escuchar hondo gemido  
De una madre infeliz desesperada!

ECHAIZ.

Y en el río que pasa silencioso  
En medio de la linfa cristalina,  
Ve la faz de cadáver lastimoso  
Que con solemne lentitud camina. . . .

No goza del encanto y armonía  
Que se desprenden del ameno valle,  
Porque bien pronto la verganza impía  
Hará que un grito de dolor estalle. . . .

Ni le halaga el cantar de los pastores  
En las frondosas quiebras de la sierra,  
Porque sabe que pronto sus amores  
Turbará el trueno de ominosa guerra. . . .

¡Y aunque á lo lejos su mirar alcanza  
La blanca frente del volcan sublime,  
No descubriendo en ella la esperanza,  
Su generoso corazon se oprime!

Por eso, en tanto que ilumina el cielo  
Un sol de fuego, antorcha de ventura,  
Fijos los tristes ojos en el suelo  
Escucha el son del agua que murmura. . . .

¡Por eso, con mortal melancolía  
La sombra de los héroes evitando,  
Rota la lira inútil, va vagando  
Callado y triste al espirar el día! . . .

México, Octubre 10 de 1862.

## LA TARDE.

*There is á sacred silence in this hour.*  
L. BIRON.

El sol, entre las nubes oscuras de Occidente,  
Oculta lentamente su abrasadora faz;  
Y sus postreros rayos tiñendo el horizonte  
Tras el lejano monte desapareciendo van.

Estraños obeliscos, flotantes cortinajes  
Figuran los celajes en el espacio azul;  
Y cual dorados hilos que la tiniebla hienden,  
Sobre ellos se desprenden las ráfagas de luz.

Neblinas vaporosas elévanse del río,  
Suenan en el bosque umbrío el último rumor,  
El zéfiro besando los tallos de las flores  
Balsámicos olores esparce en derredor.

El manto de la sombra callado se despliega,  
Espira ya en la vega la claridad del sol,  
Brillando entre las quiebras de las altas montañas,  
La luz que en las cabañas enciende el labrador.

Todo es quietud profunda. . . ni un eco, ni un acento. . .  
 Su voz retiene el viento, la fuente su cristal. . .  
 El genio del silencio de flor en flor volando,  
 De sueño va llenando los valles al pasar.

Tambien yo quiero ahora gozarme de dulce calma;  
 Y que, olvidando mi alma su prenatal dolor,  
 Contemple los encantos de tan sublime escena,  
 Y acaricie serena sus ensueños de amor.

Amor con el silencio nocturno bien se aduna,  
 Ya la apacible luna comienza á despuntar. . .  
 ¡Ven tú tambien, oh vírgen, emanacion del cielo,  
 Con tu flotante velo, con tu celeste faz!

¡Hada dulce y hermosa que al oscilar mi cuna  
 Quitaste á mi fortuna su abrasadora hiel;  
 Y si baña mis ojos de la afliccion el llanto,  
 Con indecible encanto lo truecas en placer!

Tú, que tan bien comprendes deseos escondidos  
 Contando los latidos que da mi corazon,  
 Ven á decirme, hermosa, lo que mi mente anhela  
 Cuando atrevida vuela por la ideal region.

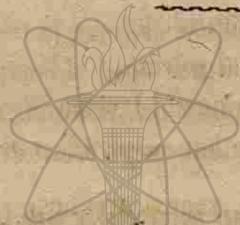
¡En tus amantes brazos quisiera yo, ángel mio,  
 Cruzar por el vacio sin tormento ni afan,  
 Cual cruzan los celajes que en la nocturna bruma  
 Como ligera espuma desapareciendo van!

¡Quisiera yo llevarte sobre esa ardiente estrella  
 Cual tus miradas bella, tan pura como tú,  
 Beber, rompiendo juntos los lazos terrenales,  
 Placeres ideales en ese cielo azul!

En vano, en vano buscan tus ojos en mi frente  
 Esa inquietud ardiente que me agobia tenaz. . .  
 Goza en hora tan bella mi alma la poesía,  
 Mi oído la armonía y el corazón la paz!

Si así tocan mis plantas en el sepulcro helado,  
 Tú amorosa á mi lado, apagándose el sol. . .  
 La misteriosa luna, las fúlgidas estrellas,  
 Alumbrarán mis huellas hasta el trono de Dios!

## LA NOCHE.



Es oscuro el semblante de la noche;  
Mas son bellos sus ojos...

J. M. LACUNZA

¡Bello por cierto, cuando el sol declina  
Y en Occidente su fulgor se apaga,  
Es contemplar la niebla vespertina  
Que al viento en formas caprichosas vaga!

Y respirar en noche que serena  
Tendiendo va su misterioso velo,  
El aura suave, de perfumes llena,  
De mi país bajo el ardiente cielo!

Y ver brotar en el azul espacio  
La refulgente luna y las estrellas,  
Faros de bendición, lámparas bellas,  
Que Dios enciende en su eternal palacio!

El corazón en la nocturna calma  
Alivio grato en sus dolores siente,  
Blanda frescura la abrasada frente,  
Ilusiones dulcísimas el alma.

La sacra imagen del Creador invoca,  
De la impura materia se desprende;  
Y otra existencia más feliz evoca  
Que en el oscuro porvenir comprende.

Quimeras le parecen de los hombres  
Los afanes, las obras de sus manos,  
Los títulos de gloria de sus nombres,  
Sus ambiciones y proyectos vanos.

Y en estática calma solo mira  
Una ilusión de celestial pureza,  
Sombra fugaz de la inmortal belleza  
Del divino ideal por quien suspira!...

Misterios son de amor, sacros arcanos,  
Que nunca torpe explicará mi boca  
Con acentos mezquinos y profanos;  
Sentirlos solo al corazón le toca...

Los sentirá si el mundanal ruido  
Huye, buscando soledad y calma,  
Y si la voz de Dios presta el oído,  
Que tiene Dios mil voces para el alma.

Por eso grato, cuando el sol declina  
Y en Occidente su fulgor se apaga,  
Es contemplar la niebla vespertina  
Que al viento en formas caprichosas vaga...

Y ver brotar en el azul espacio  
La refulgente luna y las estrellas,  
Faros de bendición, lámparas bellas,  
Que Dios enciende en su inmortal palacio!

## EL MENDIGO.

Mío es el mundo; como el aire libre,  
Otros trabajan porque coma yo;  
Todos se ablandan si doliente pido  
Una limosna por amor de Dios.

ESPRONCEDA.

¡Triste de mí que en la tierra  
No tengo ningún amigo!

¡Triste del pobre mendigo  
Que implora la caridad!

Son los hombres mis contrarios,  
Y apenas á mí, su hermano,  
Me dan, con orgullo vano,

Un trozo de negro pan!

Mientras el rico orgulloso  
Sobre mullidos cojines,  
Se hastía de los festines

Y de fausto y esplendor,  
En vano á sus puertas toco,

En vano junto á sus rejas  
Exhalo sentidas quejas,

Y lamento mi dolor.

Mientras la grata armonía  
De la música le halaga,  
Y dulce vino le embriaga  
Junto al fuego del hogar;  
Yo de intenso frío transido,  
Sobre las bancas sentado,  
Oigo el vilbo destemplado  
Que produce el huracán!

Solo un perro me acompaña  
Guiándome en el camino. . . .  
Uno mismo es el destino  
Y la suerte de los dos!  
Vagar sin hogar ni patria,  
Ir arrastrando la vida  
Sin una ilusión querida,  
Angustiado el corazón!

¡Andar y andar, sin que nadie  
Nos acoja con terneza!  
Siempre nos dan con dureza  
El pan de la caridad! . . .  
Solo tú, fiel compañero,  
Hallas en verme delicia;  
Y aprecias una caricia,  
Y entiendes mi negro afán! . . .

Entre tanto que no nieguen  
Los hombres al sufrimiento  
Un miserable alimento,  
Contigo lo partiré.

Solo tú, cuando la tumba  
 En su seno me de abrigo,  
 Sabrás de pobre mendigo  
 En donde el sepulcro fué! . . .

Dijo el pobre; y de sus ojos  
 Tristes lágrimas brotaron,  
 Que sus harapos mojaron,  
 Y que el perro comprendió;  
 Porque alzando la cabeza  
 Con ademan dolorido,  
 Dió largo y triste gemido  
 Que en el aire se perdió! . . .

## MISERIA É INFORTUNIO.

¿Qué significa el implacable duelo  
 Que cual mi sombra siempre va conmigo?  
 ¿Sufro de ajenas culpas el castigo  
 O compro con mis lágrimas un cielo?

¡Tú eres en este mundo el solo ser que me ama,  
 Infeliz compañero! ¡yo soy tu protector!  
 El rayo alumbra el cielo con su cárdena llama,  
 Los vientos en la selva se agitan con furor.  
 La tempestad bien pronto batirá el triste asilo  
 Donde un mendigo lucha con su destino atroz! . . .  
 ¡Quiero escuchar su estruendo! no estar aquí tranquilo,  
 Con los ojos clavados en mentida vision. . . .  
 ¡Heme aquí abandonado, Señor Omnipotente!  
 Esperando el reposo de lecho funeral;  
 ¡No hay quien por mí derrame una lágrima ardiente,  
 Ninguno que se duela de mi suerte fatal!  
 Formóme la miseria con harapos la cuna,  
 Bebí en edad florida su abrasadora hiél;  
 Y cuando ya juzgaba rendida la fortuna,  
 Mi pecho hirió de muerte con su dardo cruel!

¡Fatal destino! . . . ¡siento tal penetrante frío! . . .  
 ¡Si reanimar pudiese la llama del hogar! . . . .  
 ¡La muerte inexorable, con sudor sombrío,  
 Envuelve el cuerpo débil que no resiste ya!  
 ¡Cómo tiemblan mis manos! . . . hoy á la tierra dura  
 En vano le pidiera de la miseria el pan:  
 ¡Concédame, á lo menos, estrecha sepultura  
 Donde por fin termine mi doloroso afán!  
 La llama que se eleva sobre mi yerta frente  
 Alumbrará sin duda las huellas del dolor. . . .  
 Ya no está en mi cabaña la virgen inocente  
 Que con su dulce llanto templaba mi aflicción. . . .

¡Yo tuve una hija hermosa. . . . sí, no es vano delirio  
 De la fiebre; era ella mi tesoro, mi amor!  
 Aquí creció á mi lado como escondido lirio,  
 En bello Eden toruando esta triste mansion.  
 Cuando en mí se fijaban sus ojos celestiales,  
 Mi corazón latía de indecible placer;  
 El eco de su acento disipaba mis males,  
 Era para mí un ángel, mas bien que una muger.

A la luz moribunda de la nocturna hoguera,  
 Contemplaba extasiado su rostro celestial:  
 Bajaba hasta su seno la negra cabellera,  
 Era entreabierta rosa su labio de coral.  
 ¡Oh padre, reclinada en mi pecho decía,  
 Tú eres mi único amparo, tuyo mi corazón. . . .  
 Y lloré enternecido. . . . y ella entonces mentía. . . .  
 Heme aquí abandonado. . . . jamás, jamás me amó!  
 ¿Tiene acaso un mendigo los derechos de padre? . . .  
 ¿Quién respeta á un anciano doliente y sin vigor?

El señor opulento, cuando mejor le cuadre,  
 Le quitará sus hijos, le arrancará su honor!

¡Cuál crece la lluvia! sus turbios raudales  
 Azotan furiosos mi techo infeliz. . . .  
 Los rayos alumbran cual teas funerales  
 La tierra do viene su lumbre á morir.  
 El último cuadro que ofrece á mis ojos  
 El mundo, es sombrío, sin orden ni luz!  
 Mañana del bosque los mustios despojos  
 Acaso á mi tumba darán una cruz!  
 Las hojas marchitas revuelve con saña  
 El viento en el polvo que eleva veloz;  
 ¡Arrastre en buena hora mi pobre cabaña,  
 Respete del rico la noble mansion!! . . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
A LOS MÁRTIRES IGNORADOS.

Sucumben ignorados por la patria  
Sin plegarias ni lágrimas sobre ellos,  
Y sus sombras desfilan por la noche,  
Sin turbar con sus quejas el silencio!  
\*\*\*

Rico manto de flores perfumadas  
Cubre al risueño mexicano Eden;  
De tumbas ignoradas  
Cubierto está también.

En montañas y bosques y llanuras  
Donde la guerra se ensañó tenaz,  
Mil víctimas oscuras  
Durmiendo están en paz. . . .

Sobre ellas el reflejo de la gloria  
Es pálido crepúsculo sin luz,  
Ni un renglón en la historia!  
Ni una cristiana cruz!

Junto á esas tumbas sin señal alguna  
Reina particular melancolía;  
Ya la, muestre la luna,  
Ya la, alumbre el día.

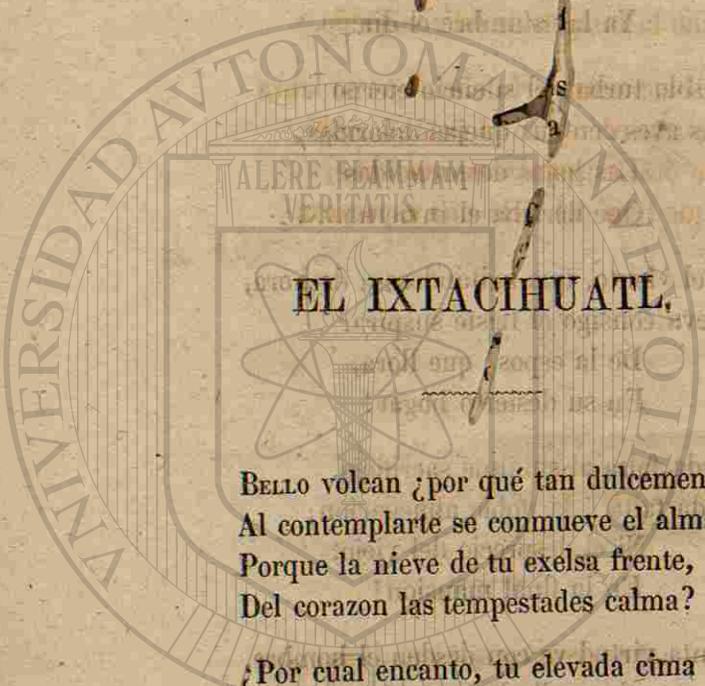
Y solo turba el silencio eterno  
Las aves con sus quejas doloridas,  
Las hojas desprendidas  
Que derriba el invierno. . . .

O el viento, que agitándose á deshora,  
Lleva consigo el triste suspirar  
De la esposa que llora,  
En su desierto hogar!

Nada falta al sublime sacrificio,  
Nada falta á la noble abnegacion;  
Ni el desprecio del vicio,  
En la final mansion!

Tanta virtud ve con desden el hombre,  
Porque al orgullo humano es superior. . .  
; Oh víctimas sin nombre!  
He aquí una humilde flor.

Y no temais que mi indiscreto empeño  
Quiera el velo que os cubre levantar;  
También la gloria es sueño,  
Dormid, dormid en paz!



### EL IXTACIHUATL

Bello volcán ¿por qué tan dulcemente  
Al contemplarte se conmueve el alma?  
Porque la nieve de tu exelsa frente,  
Del corazón las tempestades calma?

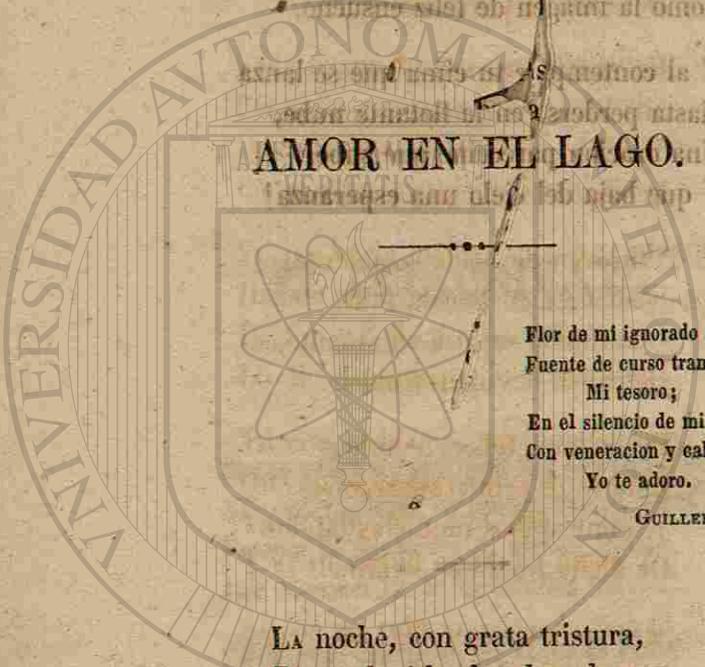
¿Por cual encanto, tu elevada cima  
De inspiraciones misteriosas llena,  
Así el marchito corazón reanima,  
Y el agitado corazón serena?

¿Por qué, do quiera que la vista alcanza  
Brillas tu nieve en el azul zafiro,  
En el pecho renace una esperanza,  
Y brota de los labios un suspiro? . . .

Bello es en torno el cuadro delicioso,  
Bella á lo lejos la ciudad dormida  
Como una virgen cándida, mecida  
Sobre las olas de su lago hermoso;

Pero mis ojos con tenaz empeño  
Se fijan en tu cumbre inaccesible,  
De belleza tan pura y apacible,  
Como la imagen de feliz ensueño.

Y al contemplar tu cima que se lanza  
Hasta perders en la flotante nube,  
Una oración pareceme que sube,  
Y que baja del cielo una esperanza!



AMOR EN EL LAGO.

Flor de mi ignorado asilo,  
Fuente de curso tranquilo,  
Mi tesoro;  
En el silencio de mi alma,  
Con veneración y calma  
Yo te adoro.

GUILLERMO PRIETO.

La noche, con grata tristura,  
Persuade á los hombres la paz,  
Doliente la brisa murmura,  
Besando las flores fugaz.

Dormida la estensa laguna,  
Apenas se siente bullir;  
Aun no se descubre la luna  
Tiñendo el oscuro zafir. . . .

Tranquila también y dormida  
Descansa la bella ciudad,  
Un tanto de plata ceñida  
Se mira la faz del volcán.

En todo el paisaje apacible  
Se nota más sombra que luz,  
Velando vapor insensible  
Del cielo el purísimo azul.

En tanto ligera barquilla  
Sus borde comienza á mover,  
Y surca, dejando la orilla,  
Las aguas que agita el placer.

Un joven de noble semblante,  
Sostiene á su amada feliz,  
Que tímida mira á su amante,  
Deseando de ambos morir.

De hallarse felices y unidos  
Esta es la primera ocasión;  
Y á entrambos inquietos latidos  
De dicha les da el corazón!

Serenas los mecen las olas  
Del remo pausado al compás;  
Y al verse ante el cielo y á solas,  
Comprenden la dicha de amar.

Hermosas, lucientes estrellas,  
Alumbran el trono de Dios;  
El lago sus vivas centellas  
Devuelve con suave fulgor.

La joven inclina la frente  
Teñida de amable rubor,  
Temblando, cual niña inocente,  
Al dulce contacto de amor.

Y al verla su amante tan pura,  
Gozando divina emocion,  
Con voz de sentida ternura,  
Así le espresó su pasión. . . .

Nada temas de mí, preciosa niña,  
Botón de amor, paloma virginal,  
Deja un instante que mi brazo ciña  
Como á su bien, tu tallo celestial.

Vuelve hácia mí tu cándido semblante,  
Hazme oír el sonido de tu voz,  
Deja gozar al corazón amante  
La dicha pura que le ofrece Dios!

Tú eres el blanco, perfumado lirio,  
Que en el desierto de mi vida hallé,  
Yo te respeto y amo con delirio;  
Y es tu virtud antorcha de mi fe.

Sí por mi culpa profanada fuera  
Tu inocente corona virginal,  
El alma estremecida resintiera  
Profunda herida de dolor mortal,

Estoy aquí para velar tu sueño  
Y alejar de tu espíritu el dolor,  
Estoy aquí, mi bien, para ser dueño  
De tu primera inspiración de amor!

Alza tus ojos á esas mil estrellas  
Que iluminan el templo del Creador,  
Ellas te dicen, con sus luces bellas,  
Que acepta el cielo nuestro santo amor.

¿Ves cuan suave la veloz barquilla  
Sobre las olas resbalando va?  
Así tu vida en la virtud sencilla  
Al lado de tu amigo pasará!

¿Ves de la noche la apacible calma  
Cuan dulcemente duermes en derredor?  
Así reposa satisfecha el alma  
En las delicias de inocente amor. . . .

Tú eres mi bien, tú mi único tesoro,  
Solo á tu lado puedo respirar,  
Si tú me quieres como yo te adoro,  
Deja ante Dios al corazón hablar. . . .

Conmovida la cándida joven  
Ruborosa inclinó su semblante,  
Estrechó con pasión á su amante  
Con un beso pagando su afán. . . .  
Y al momento de un pájaro el canto  
Sonó alegre en la hermosa laguna;  
Y lanzóse á los cielos la luna  
De la cumbre del alto volcán!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
A LA POETISA MEXICANA  
SOR JUANA  
INES DE LA CRUZ.

Bella, virtuosa, ilustre.

Bajo las bóvedas tristes  
Del antiguo monasterio,  
Profanado su misterio,  
Solo una sombra quedó;  
Pero esa sombra es tan bella  
Y su frente tanto brilla,  
Que se dobla la rodilla  
A rendirle adoracion!  
Era una jóven cándida y hermosa,  
A pesar de los místicos sayales,  
Que ocultaba en el alma generosa,  
Gérmén de pensamientos inmortales.

HORAS PERDIDAS.

25

Tímida aureola de su faz tranquila  
Asomaba su genio suavemente,  
Como al través de vaso trasparente  
Pasa la llama que en el centro oscila.

Sus bellos ojos bajo casto velo,  
Con el fuego del alma relucian;  
Y en el azul del mexicano cielo  
En éxtasis divino se perdian. . .

Vedla, velando en la nocturna calma,  
Recogiendo, á la luz de una bujía,  
Las bellas impresiones de su alma,  
Gotas de un cáliz lleno de ambrosía!

Vedla, elevando la radiosa frente  
Con fe divina y ardoroso anhelo,  
Mientras la baña el poético torrente  
De inspiracion, que le concede el cielo!

¿Quereis saber qué escriben presurosos  
Sus dedos de marfil sobre esa plana?  
Son pensamientos puros y graciosos  
Como el primer albor de la mañana.

Es el bosquejo del paisaje ameno  
Lleno de vida, rebosando gala,  
El manso lago límpido y sereno,  
Luz de una estrella que sobre él resbala. . .

Es que á su vista seductor se ofrece  
Cubierto el prado de olorosas flores,

Y los juegos de rústicos pastores  
Bajo la encina que en la margen crece. . .

Luego el semblante de la niña hermosa  
Toma ligero tinte de ironía,  
Mientras con pena en sálva ingeniosa  
Del hombre la inusacia y tiranía.

Y alza de nuevo al cielo su mirada,  
Y arde en sus ojos el amor sublime;  
Su santo fuego al corazón imprime  
La inspiracion de poesía sagrada.

¿Mas por qué el sufrimiento se retrata  
Ajando sus facciones virginales?  
Piensa en la vida y sus acerbos males,  
Y el ageno dolor su dicha mata. . .

Así en su asilo solitario hacia  
Brotar dulces y tristes ilusiones,  
Hasta que á tan diversas emociones  
Fatigado su espíritu cedia. . .

Y al penetrar los rayos matinales  
En la jaula en que el águila se anida,  
Hallaban la poetisa adormecida  
En medio de creaciones celestiales! . . .

Celestiales, sí! sus versos  
Son de un genio peregrino,  
Son un reflejo divino  
Del país donde nació!  
Por eso América bella  
Los ha grabado en su historia,

Y una ráfaga de gloria  
A la Europa los llevó! . . .

¡Oh! si hubieran guardado los conventos  
Monjas de tus virtudes y talentos,  
Los respetáran, ¡huracan tal vez;  
Mas donde fue la América española,  
Coronada de luz vagas tú sola,  
Hermosa Doña Inés!!

## LA ORACION DEL HUERTO.

(Bosquejo de un cuadro.)

A JOSÉ OBREGÓN.

Si realmente se desplomó sobre el alma purísima del Cristo el horrible torrente de las iniquidades humanas que guardaban en sus tinieblas los siglos pasados y futuros, debió sentir un padecimiento tan intenso, un contacto tan repugnante á su naturaleza divina, que acaso le sirvieran de alivio los tormentos de la cruz!

..... ERA la hora  
Tan grata al triste que sus males llora,  
En que callado penetrando el sueño  
Con lento paso, en la cerrada estancia,  
Se hace del alma y los sentidos dueño. ....  
Jerusalem tranquila reposaba;  
Solamente en los pórticos oscuros  
De los templos, el viento se quejaba  
Rozando el ala con los sacros muros,

HORA PERDIDAS.

29

Cuando Jesús después de aquella cenarallia la  
Tierna, solemne, en que vertió á raudales  
De fe y amor tesoros celestiales,  
De inspiracion sublime el alma llena,  
Al resplandor templado de los astros,  
Con misteriosa plañ  
Hacia el Cedron oscuro se adelanta.  
De la divina frente  
Melancólica luz se desprendia,  
Como la que la luna en el Oriente  
Al despuntar sobre la tierra envía.  
Un suspiro de amor, suspiro ardiente  
Las auras agitaba,  
Y en el airado cielo penetraba.  
Confusos los discípulos, inclinan  
Sobre el doliente seno la cabeza,  
A lento paso sin hablar caminan,  
Oprimidos de dudas y tristeza:  
A pesar del pavor que los asalta  
Y á sus ojos agolpa turbio llanto  
Siguen al Salvador. . . . mas uno falta!

Orillas del Cedron, entre el oscuro  
Intrincado ramaje,  
En un recinto tétrico y salvaje,  
Colocó Satanás su trono impuro.  
Sentado al borde del profundo abismo,  
Con bárbaro placer las manos moja  
En los charcos de sangre, que le arroja  
En sacrificio el ciego fanatismo.

En el silbar del huracan escucha  
 Los ayes de la víctima inocente  
 Cuando agitada con la muerte lucha;  
 O el resonar de ligabres tambores  
 Del moribundo ahogando los clamores,  
 Aun evoca el espectro vacilante  
 Del desgraciado padre, cuando avanza  
 Con histérica risa de amargura,  
 Y al hijo tierno entre las flechas lanza,  
 Y dando de placer bárbaro grito  
 Cae á los piés del ídolo baldito! . . .  
 A tan dulce memoria  
 Mas viva luce la infernal mirada;  
 Y ebrio gozando de su odiosa gloria  
 Piensa que el orbe tornará á la nada.  
 Mas en aquel momento  
 Un resplandor suave, dulce, puro,  
 Va penetrando en el ramaje oscuro. . . .  
 Armonioso acento  
 Grave y solemne suena,  
 Y el ángel malo de pavor se llena.  
 Reconoce á Jesus, se alza iracundo,  
 Se arroja á devorarlo, el aira agita  
 Que rompe el ara de su altar inmundo;  
 Y él, cual hoja marchita,  
 Rueda á los piés del Salvador del mundo!!

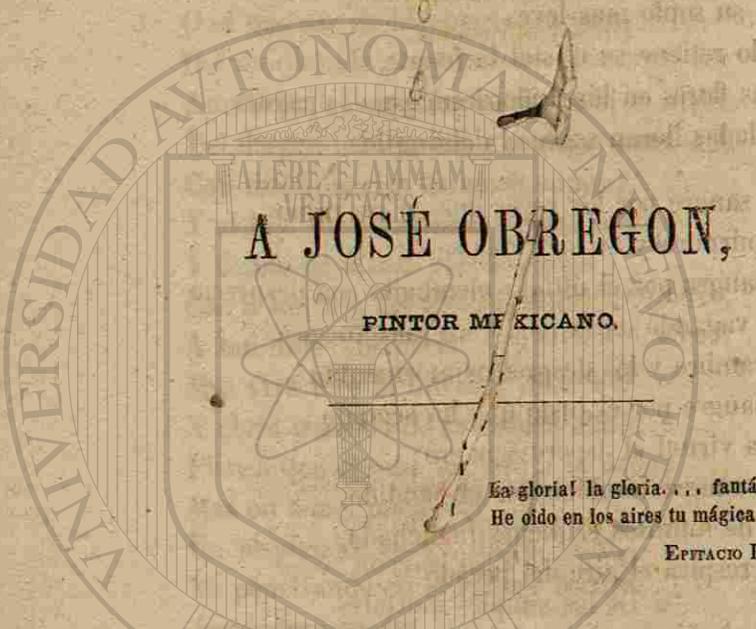
## III

Velado el resplandor de las estrellas,  
 Apenas ilumina  
 De la Oracion en el callado Huerto,

Una figura pálida y divina.  
 La brisa no se atreve  
 A resbalár por la sublime frente  
 Con su soplo mas leve;  
 Mudo retiene su cristal la fuente,  
 Y las flores en lánguido desmayo,  
 Dobladas lloran sobre el débil tallo. . . .

¡Su sangre por los reyes que en un trono  
 De púrpura y de lágrimas se sientan!  
 Su sangre por el último mendigo  
 Que vagando en la tierra sin abrigo,  
 El hambre y los desprecios atormentan!  
 Su sangre por el justo que ha seguido  
 De la virtud el áspero sendero;  
 Y su sangre tambien por el bandido  
 Que de infinitos crímenes manchado,  
 Solo respira el aire del pecado! . . .

Tras el etéreo velo,  
 La Redencion sublime aplaude el cielo;  
 Del infierno profundo  
 Se lanza un grito. . . . ¡se ha salvado el mundo!  
 Sí! mas la pena sin medida crece  
 Del Redentor. . . . sus ojos en el cielo  
 Clava, se cubren de un opaco velo,  
 Y al peso del pecado desfallece!



A JOSÉ OBREGÓN,

PINTOR MEXICANO.

Es gloria! la gloria. . . fantástica diosa!  
He oído en los aires tu mágica voz!

ERRACIO RIOS.

GUARDA en el alma el entusiasmo ardiente,  
Sigue del arte la bandera fiel;  
No es estéril tu mente,  
No es vulgar tu pincel!

Un rayo de ese sol, que vida exhala  
De nuestra patria en la feliz region,  
Por tus lienzos resbala  
Con mágica ilusion.

Es el primer destello del talento  
Que de la triste oscuridad se lanza,  
Es luz de la esperanza  
En medio del tormento.

Tras la tiniebla de la noche fria  
Es de la aurora el matinal albor;  
Y á la mitad del día  
Un sol abrasador.

Bélla es la inspiracion! jamás apagues  
Ese rayo benéfico y divino,  
Aunque doliente vagues  
Por áspero camino.

¿Qué importa que el orgullo con desprecio  
Audaz blasfeme del sagrado fuego?  
Digno es de risa el necio,  
Y de lástima el ciego!

Mas la mision hermosa del artista  
Es descubrir sublimes ideales,  
Do no alcanzó la vista  
De los simples mortales.

Y arrebatando la materia impura  
En atrevido vuelo,  
Por imágenes llenas de hermosura  
Volver á unir la tierra con el cielo!

Nunca mas necesaria y mas difícil  
Que en esta época fué. . . la fe divina  
Tras una informe é indecisa ruina,  
Despareciendo va.

Los grandes y fecundos ideales  
Que exaltaban el alma, van huyendo  
Al eco sordo del mundano estruendo,  
El cielo triste y nebuloso está.

Si pensativo y solitario el genio  
En grandiosas creaciones se extasia,  
Frecuentemente el ruido de la orgía  
Lo viene á despertar.

Y la gozosa turba deserta la  
Llega, y le muestra inanimadas frentes,  
A placer y dolor indiferentes,  
Desdeñando creer, servir y amar. . . .

¿Quién al rumor de estrepitosa orgía  
Pudo crear un ideal divino?

¿Quién aclarar las sombras del destino  
En torpe vacanal?

¿Quién de la fe que entre tinieblas huye  
Logró fijar el rayo moribundo?

¿Quién ya trazar del Salvador del mundo  
El rostro celestial?

Sin embargo, allí está. . . . su faz divina  
Es á la vez sublime y apacible,  
A las heridas del dolor sensible,  
Llena de sobrehumana inspiracion!  
De su frente la sangre no gotea;  
Mas se revela la profunda herida  
Del alma desgarrada y conmovida,  
Que ofrece su dolor en expiacion!

Suave rayo de luz se atreve apenas  
A rodear la celestial cabeza. . . .  
Llenas de sencillez y de nobleza  
Cautivan la expresion y la actitud.

Al ver ese dolor tranquilo y santo  
No se conturba estremecida el alma,  
Antes su inquieta tempestad se calma  
Pensando en el amor y la virtud.

Esas divinas grazas se levantan  
Pidiendo á Dios olvide sus agravios:  
Esos ardientes entreabiertos labios  
De donde está brotando la oracion:  
Esa mirada, aguda á los mortales,  
Que va á perderse en el azul del cielo,  
Son imágenes llenas de consuelo  
Que hablan con elocuencia al corazon!

En vano el fanatismo en esa frente  
Buscara un rayo de su luz sombría;  
Y la impiedad en vano buscaria  
Una expresion estúpida, sin luz. . . .  
El artista en su claro pensamiento  
De su mision sintiendo la grandeza,  
Supo un rayo fijar de la belleza  
Del Ser sublime que murió en la cruz!  
Tu bello cuadro, artista mexicano,  
De hermosa dama la ilusion será;  
Y sus ojos poéticos no en vano  
En la gloriosa frente fijará. . . .

Jamás apagues tu entusiasmo ardiente,  
Del arte sigue la bandera fiel:  
No es estéril tu mente!  
No es vulgar tu pincel!



GRATITUD MEREcida.

(EL NIÑO A SU MAESTRO.)

Hasta cuando llegará el día en que se  
aprecie mas al hombre que enseña que al  
hombre que mata?...

M. Ocampo.

Cuando la noche sombría  
Recoge su triste velo,  
Dora los bordes del cielo  
De la aurora el esplendor;  
Y la creacion entera  
Que en la tiniebla dormia,  
Canta, con la luz del dia,  
La gloria del Hacedor.  
En su alfombra de esmeralda  
Muestra el prado mil colores,  
Abren su cáliz las flores,  
Se ven las fuentes correr.

Alegres cantan las aves  
Sobre la frondosa rama;  
Y en todas partes derrama  
Sus encantos el placer. . . .

Así, querido maestro,  
Cuando la luz de la ciencia  
Alumbra la inteligencia  
Que la ignorancia nubló,  
Disipando poco á poco  
La tiniebla detestada,  
Van brotando de la nada  
Otro mundo y otro sol!

No sabemos todavía  
El rayo resplandeciente,  
Que esa antorcha ineficiente  
Lanza en medio del zenit;  
Mas, gracias á tus afanes  
Y tu ciencia verdadera,  
Una aurora lisonjera  
Nos comienza á relucir! . . .

Maestro amado! tus tiernos cuidados  
En verdad no me es dado pagarte;  
Solo puedo en mi pecho guardarte  
Para siempre el afecto mas fiel:  
Que si yo realizarte pudiera  
De mi grato cariño el tesoro,  
Yo tus manos llenara de oro  
Y en tu frente pusiera un laurel!

## EL CIELO Y LA TIERRA.

Sucedió que los hijos de Dios vieron que  
las hijas de los hombres eran hermosas y  
se enamoraron de ellas.

GENESIS, CAP. VI.

La femme regrettant son démon bien-aimé.

TRADUCCION DE COLERIDGE.

ADA. SILAH.

ADA.

REINA la noche. . . . nuestro padre duerme,  
Silah, llegó el momento suspirado,  
En que nuestros celestes amadores  
Bajen, atravesando los nublados  
Que coronan el monte. . . . ¡cual palpita  
Mi corazón!

SILAH.

La invocación hagamos!

HOYAS PERDIDAS.

39

ADA.

El cielo esconde sus estrellas. . . . tiemblo. . . .

SILAH.

Yo también Adas pero no de espanto  
Al impaciente corazón agita  
Su tardanza. . . .

ADA.

A pesar de que idolatro  
A mi Azazel mas que á . . . . desventurada!  
¿Qué iba á decir el imprudente labio?  
Mi corazón á la impiedad se entrega!

SILAH.

¿Qué impiedad cabe en el amor sagrado  
De seres inmortales?

ADA.

Ay! hermana,

Yo nada sé; mas con terror extraño  
Comprendo á veces que mi fe vacila.  
Desde que loca en la pasión me inflamo  
De un ángel, amo menos al Eterno;  
Y aunque ignoro la esencia del pecado,  
En triste duda el corazón se agita,  
De inevitable mal triste presagio!

SILAH.

Únete, pues, á un hijo de la tierra,  
Acepta sus miserias y trabajos.

Te ama Jafet desde la tierna infancia,  
Cede por fin á su amoroso halago,  
Y serás madre, en calma deliciosa,  
De hijos del polvo como tú formados.

ADA.

Si Azaziel hombre fuera lo amaria.  
Amar á un ángel es mayor encanto.  
Bien sé que no podré sobrevivirle;  
Y cuando pienso que vendrán acaso  
Sus inmortales alas á posarse,  
Tal vez muy pronto, en el sepulcro helado,  
De la pobre mortal que lo adoraba,  
Tanto como él adora al increado,  
La muerte menos triste me parece,  
Y su sombra contemplo sin espanto.  
Morir! por Azaziel duro me fuera  
De un inmortal el padecer amargo  
Duraría sin fin: mi sentimiento  
Eterno fuera, siendo mi adorado  
La criatura frágil, y yo el ángel!

SILAH.

Dí mas bien, Ada, que de tí olvidado,  
Otra hija de la tierra abrasaría  
En el amor en que te está abrasando.

ADA.

Si ella reconocida le adorara  
Como le adoro yo, me fuera grato.

Mas que saber que suspiraba inquieto,  
Por mí sufriendo interminables años!

SILAH.

Si el amor de Samiasa contubiera  
Tal como tú has podido imaginarlo,  
Aunque es un serafin lo apartaría  
De mi seno. . . mas vuela apresurado  
El tiempo, hacer la invocacion debemos,  
Para que vengan pronto á nuestro lado.

ADA.

Serafin! oye mi acento  
Desde tu elevada esfera!  
Llegue á tí mi pensamiento,  
Hasta la ardiente lumbrera  
Que ora te sirve de asiento!

Sea que en las etéreas salas  
Velas con el almo coró;  
O que al aliento que exhalas  
Vuelen los astros de oro  
Ante tus rápidas alas.

Atiende á tu enamorada,  
Que separada de tí  
Existe desesperada:  
Si yo para tí soy nada,  
Tú eres todo para mí!

La amargura de mi llanto  
Tú no puedes comprender:

Sufra yo sola el quebranto;  
Y tú en extático encanto  
Goces eterno placer!

Sola yo quiero sentir  
Las heridas del dolor,  
No quiero verte sufrir;  
Mas para poder vivir  
Necesito de tu amor!

Ay! la sola relacion  
Con que á mí te hallas unido,  
Es el amor encendido  
En mi ardiente corazon,  
Desde que te me conocido.

Y tú, mi ángel celestial,  
Confesarás que en el suelo  
Jamás amante mortal  
Amó, debajo del cielo,  
Con amor mas ideal!

Tú, en el etéreo vacío  
Vagas, con giro veloz,  
De inmensos mundos en pos;  
Tú puedes ver, ángel mio,  
La faz hermosa de Dios!

Él quiso ceñir de gloria  
Tu resplandeciente sien;  
Negándome tanto bien,  
Me hizo sombra transitoria  
Desterrada del Eden,

Mas no por eso tu oído  
Apartes ora de mí:  
Tal como soy me has querido,  
Y mientras viva, el olvido  
No debo sufrir de tí.

Cuando sepa que perdiste  
La memoria de mi nada,  
Bajar quiero abandonada  
A mi sepultura triste,  
Para siempre aniquilada!

Oh! cuán grande es el amor  
De la que ama en el pecado!  
Perdona, ser adorado,  
Si algún indigno amor  
Mi corazón ha turbado. . . .

Perdona á la hija de Adán;  
Es el dolor su alimento,  
Y, en interminable afán,  
Fugaces placeres van  
Halagando el pensamiento.

He aquí la hora sagrada. . . .  
; Aparece Azazel mio!  
Ven al seno de tu amada;  
Y al infinito vacío  
Vuelve su luz estrellada!

SILAH,  
Samiasa! do quiera que ejerzas tu imperio,  
Si acaso, en el centro de oscuras regiones

Combate tu brazo las fieras legiones,  
 Que altivas afrontan la saña de Dios. . . .  
 Si acaso persigues el vuelo estraviado  
 De un mundo perdido que rueda al abismo,  
 Siguiendo el impulso de atroz fatalismo  
 De nada y de muerte que al nuestro tocó. . . .

Si acaso te dignas al coro celeste  
 De bellos querubes, en gloria menores,  
 Unir tus acentos, cantando loores  
 Que el cielo repite con mágica voz!  
 Do quiera que cumplas tu noble destino,  
 Atiende al momento mi ardiente reclamo  
 Cual siempre ardorosa, te espero, te llamo,  
 Desciende á la tierra, te aguarda mi amor!

Algunos te adoran. . . . no soy yo tu esclava;  
 Luz del paraíso corona tu frente;  
 Empero no encierra amor mas ardiente  
 Que el que arde en mi seno, tu pecho inmortal!  
 Un rayo en mí siento de lumbre divina,  
 Igual á la tuya, de Dios emanada,  
 Envuelto en el polvo, ligado á la nada,  
 En este momento no puede brillar.

Acaso esté oculto por siglos eternos:  
 La muerte, y los males que consigo lleva,  
 Herencia funesta de mi madre Eva,  
 Mi espíritu altivo los ve con desden.  
 Si es cierto que pronto se apaga la vida  
 ¿Es este un motivo para nunca verte?  
 A tí destruirte no puede la muerte,  
 Inmortal esencia yo siento también!

Venciendo miserias, dolores y tiempos,  
 Me grita al oído su voz victoriosa:  
 «Tu vida es eterna!» . . . ¿fatal ó dichosa?  
 Lo ignoro. . . . ninguno lo puede explicar.  
 El grande secreto, misterio profundo,  
 Se esconde en el seno del Omnipotente,  
 De Aquel que entre sombras oculta la frente,  
 De donde se escapan los bienes y el mal!

Mas Él no pudiera destruir sus hechuras:  
 Eternos nos hizo, y eternos seremos,  
 Aun cuando á su grado de forma cambiemos  
 En lucha terrible que labio ordenó.  
 Sufrir yo pudiera dolores eternos  
 En lazos amantes contigo ligada,  
 A tí no te aterra mi polvo, mi nada,  
 Y yo ante tu gloria temblaría? No!

No! si en la serpiente cambiando tu forma,  
 Tu dardo de fuego rompiese mi seno,  
 Y en él derramas ardiente veneno  
 Ciñendo mi cuerpo de pliegues sin fin. . . .  
 Yo te sonreiría con rostro felice,  
 Te bendeciría mi labio amoroso,  
 Ciñéndote alegre con lazo ardoroso,  
 Unida por siempre á mi serafín! . . .

Mas baja, y acepta mi amor de la tierra;  
 Si acaso los cielos te ofrecen ventura  
 Mas dulce y ardiente que la que hay en mí,  
 No toquen tus plantas en la tierra impura,  
 Y de mí olvidado permanece allí!

ADA.

Hermana! ya los veo  
Volar hacia nosotras,  
Marcando en la tiniebla  
Su senda luminosa!

SILAH.

Sus alas los nublados  
De tal manera cortan,  
Cual si en ellas trajesen  
La matinal aurora.

ADA.

Si nuestro padre viera  
Esa luz desde ahora. . . .

SILAH.

Pensará que es la luna  
Que un hechicero evoca,  
Y que asoma en el cielo  
Mas temprano una hora.

ADA.

Allí está! allí está. . . . mirale!  
Azaziel!

SILAH.

Presurosas  
Corramos á encontrarlos. . . .  
Oh! si tuviera ahora

Alas con que lanzarme,  
Centella abrasadora,  
Al seno de Samiasa  
Que el corazon me roba!

ADA.

Mira, hermana! el remoto Occidente  
Se ilumina con vivas centellas,  
Cual si el sol repasando sus huellas  
En el cielo volviese á lucir.  
En la cima elevada del monte  
Ha dejado un arco iri su planta!  
Mas la sombra sobre él adelanta.  
Y de nuevo lo vuelve á cubrir. . . .

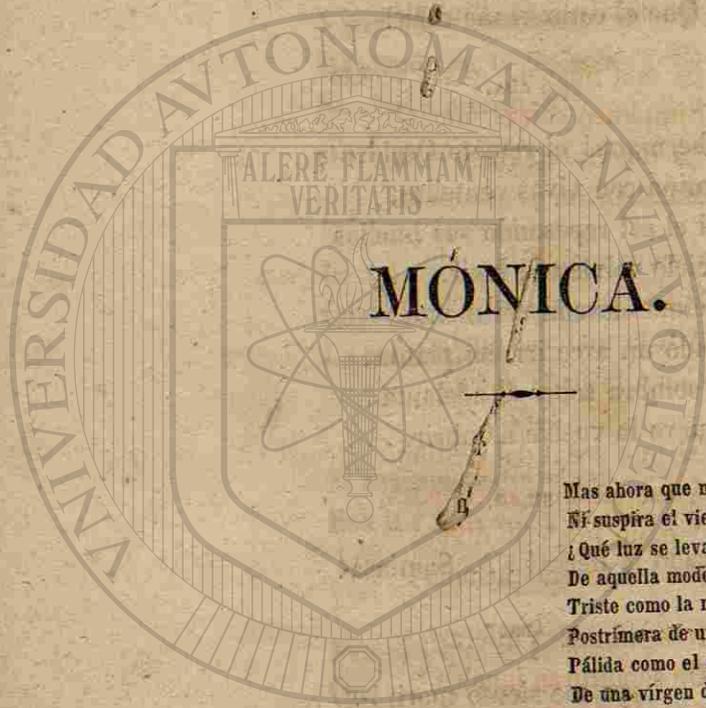
SILAH.

Han tocado la tierra! . . . Samiasa!

ADA.

Azaziel! . . . yo me siento morir! . . .

(Traducido de Lord Byron.)



## MÓNICA.

Mas ahora que ni zumba  
Ni suspira el viento flébil,  
¿Qué luz se levanta débil  
De aquella modesta tumba?  
Triste como la mirada  
Postrimera de un amante,  
Pálida como el semblante  
De una virgen deshonrada.

RAMON I. ALCARAZ

ÁGITADO el corazón  
Por un presagio secreto,  
Con religioso respeto,  
Penetré en el panteón.  
Triste silencio reinaba  
En la mansión funeral;  
Y aquella calma glacial  
El alma también helaba.

No daban ya luz alguna  
Del sol los rayos inciertos:  
Tibio resplandor de luna  
Acariciaba á los muertos.

Ni una imágen, ni un acento  
Simpático con el mio!  
La incertidumbre y el frio  
Mataban mi pensamiento.

Oscuro manto la duda  
Sobre las tumbas tendía:  
Allí la materia muda  
Como la nada yacía!

Ni una señal del destino  
Sobre las huesas calladas,  
Ningun misterio divino  
En las cenizas heladas!

Interminables hileras  
De sepulturas iguales,  
Inscripciones funerales  
Llenas de necias quimeras. . . .

Mas una tumba alumbrada  
Por melancólica luz,  
Y una romántica cruz  
Magnetizó mi mirada.

Era la inscripción lacónica,  
É inclinándome un momento,  
Con el rayo macilento  
De la luna, leí: «Mónica.»

A ese nombre tan sencillo,  
 Palpitó mi corazón  
 Con repentina emoción,  
 Y perdió mi vista el brillo.

Era aquella una mujer  
 En extremo seductora,  
 Simpático ser que llora,  
 Dulce ensueño de placer.

Hasta tocar en veura  
 Exaltada y amorosa,  
 Sensible, cándida, pura,  
 Y en apariencia orgullosa. . . .

Desde que la conocí  
 Sin comprender bien por qué,  
 Ardiente impresión sentí  
 Que jamás olvidaré.

Y aun en su tumba tenía  
 Una voz para su amigo;  
 De mi tormento testigo  
 A mis dudas respondía.

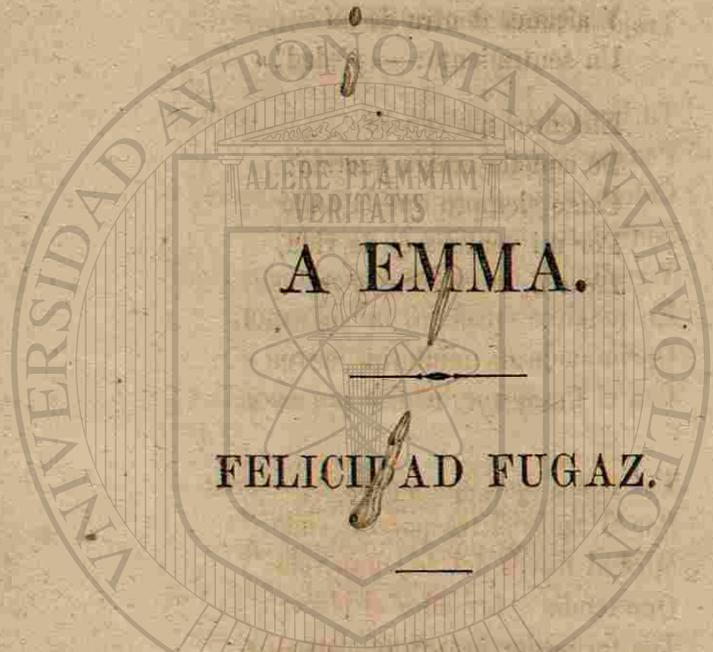
Cayó una lágrima ardiente  
 Sobre su nombre adorado,  
 Con respeto arrodillado,  
 Puse en su losa mi frente,

Y le pregunté a la hermosa:  
 ¿Qué es para tí el Creador?  
 Y en mi mente tenebrosa

Surgió un pensamiento:—«amor!»

La doliente humanidad  
 Que llora y padece aquí,  
 ¿Qué debe esperar allí?  
 Y alcancé dentro de mí  
 Un sentimiento:—«piedad!»

Entonces me separé  
 De aquella amiga querida,  
 Como siempre que la hallé  
 Por mi ventura en la vida,  
 Lleno de entusiasmo y fe!



Te acuerdas? . . . melancólica la tarde  
Su vaporoso manto recogiendo,  
Íbase lentamente desprendiendo,  
Del valle ameno, y de su lago azul.  
Tras el sutil ramaje de los sauces,  
Grato al misterio del sepulcro frío,  
De México el hermoso caserío  
Bañaba el sol, con moribunda luz.

Nuestra barca en las aguas resbalaba  
Dulce, apacible, sosegadamente,  
Como resbala en la serena frente  
Tímido beso del primer amor.

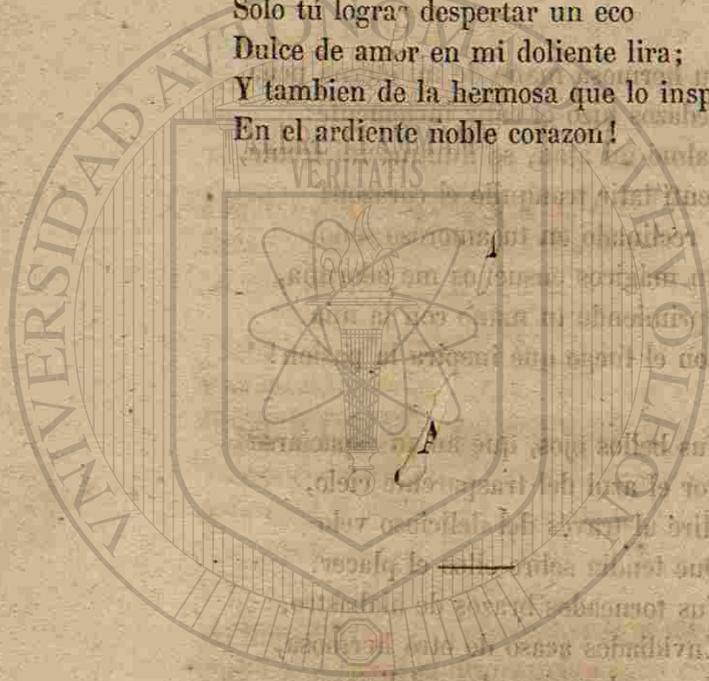
Y á par del grato inesplicable arrullo  
Que la onda forma, apenas conmovida,  
De una guitarra, blandamente herida,  
Trajo la brisa el armonioso son.

Tu hermosa mano de mi eterna pena  
Pedazos hizo el cáliz inclemente:  
Calmó mi afán, se iluminó mi frente,  
Sentí latir tranquilo el corazón!  
Y reclinado en tu amoroso seno  
En mágicos ensueños me adormía,  
Oprimiendo tu mano con la mía  
Con el fuego que inspira la pasión!

Tus bellos ojos, que aún se espaciarse  
Por el azul del trasparente cielo,  
Miré al través del delicioso velo  
Que tendía sobre ellos el placer.  
Tus torneados brazos de alabastro,  
Envidiados acaso de otra hermosa,  
Formando una cadena deliciosa  
Aprisionaban mi ardorosa sien. . . .

Dulce ilusión! acariciaba el aura  
Blanda mi oído murmurando «te ama»  
Al abrasarme la ardorosa llama  
De tu alma reflejada en tu mirar.  
Y en silencio mirábamos perderse  
Las sombras del paisaje una por una,  
Y ni nuestra barquilla en la laguna,  
Ni las horas sentimos resbalar! . . .

¡Grato recuerdo! tu fugaz imagen  
Eternamente vivirá conmigo!  
Do quier que, favorable ó enemigo,  
Mi rota barca empuje el aquilon.  
Solo tú logras despertar un eco  
Dulce de amor en mi doliente lira;  
Y tambien de la hermosa que lo inspira  
En el ardiente noble corazón!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LAS RUINAS DEL CONVENTO.

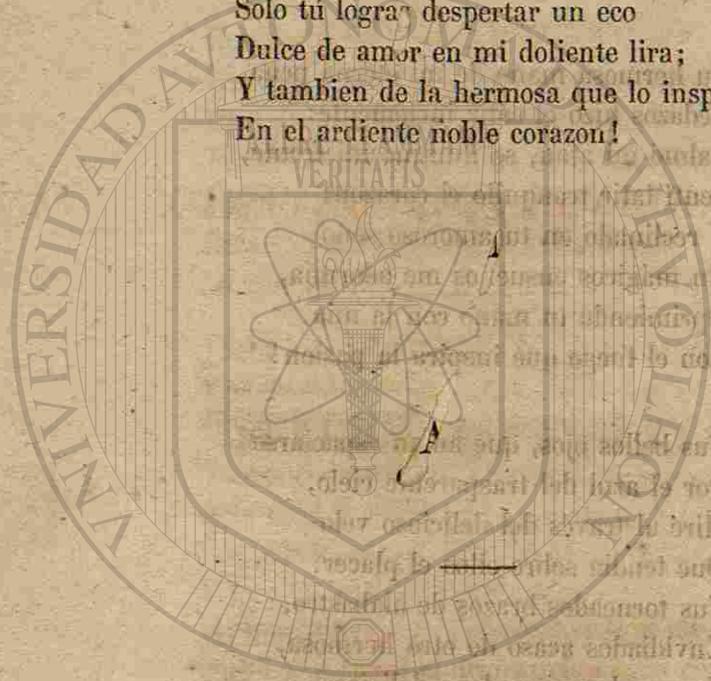
Todo pasa en este mundo  
Como sombra transitoria,  
Solo dura la memoria  
Que deja la caridad.

JOSEFA SIERRA.

Palmo resplandor vierte la luna  
Sobre el desierto claustro: en son doliente  
Se queja el viento en las informes ruinas,  
Templos ayer de mundanal fortuna,  
Hoy asombro y escándalo á la gente  
Que las creyera eternas y divinas! . . .

Aquí, entre polvo, mutilada yace  
La estatua que en altar resplandeciente  
Del sacerdote recibiera incienso. . . .  
Allí apenas descúbrese la base  
De una columna rota. . . . el arco inmenso

¡Grato recuerdo! tu fugaz imagen  
Eternamente vivirá conmigo!  
Do quier que, favorable ó enemigo,  
Mi rota barca empuje el aquilon.  
Solo tú logras despertar un eco  
Dulce de amor en mi doliente lira;  
Y tambien de la hermosa que lo inspira  
En el ardiente noble corazón!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LAS RUINAS DEL CONVENTO.

Todo pasa en este mundo  
Como sombra transitoria,  
Solo dura la memoria  
Que deja la caridad.

JOSEFA SIERRA.

Palmo resplandor vierte la luna  
Sobre el desierto claustro: en son doliente  
Se queja el viento en las informes ruinas,  
Templos ayer de mundanal fortuna,  
Hoy asombro y escándalo á la gente  
Que las creyera eternas y divinas! . . .

Aquí, entre polvo, mutilada yace  
La estatua que en altar resplandeciente  
Del sacerdote recibiera incienso. . . .  
Allí apenas descúbrese la base  
De una columna rota. . . . el arco inmenso

Allá se desplomó. . . . mas adelante  
 Confusa masa forma sobre el suelo  
 La cúpula atrevida y elegante  
 Que lanzó el genio poderoso al cielo!

Romántica es la escena, y esta hora  
 Convida á meditar; ¿por qué impasible  
 Miro á mis plantas ese polvo helado?  
 Tímido el viento en los escombros llora,  
 Vierte la luna su fulgor templado,  
 Reina silencio grave. . . . indiferente  
 Mi corazón de mármol nada siente? . . .

¿Será que los afanes de la vida,  
 Y el soplo abrasador de las pasiones  
 Mi alma dejaron triste y abatida  
 Y seco el corazón? . . . . mas hace poco  
 A la tumba de un héroe asesinado  
 Con vacilantes pasos he llegado;  
 Y lejos de mirarle indiferente,  
 De indignación el pecho conmovido,  
 Exasperada el alma sin sosiego,  
 Sintió el dolor, y lágrimas de fuego

De mis ardientes ojos han caído!  
 Y pisando ruinas menos tristes,  
 El genio que tras ellas se escondía,  
 En mis oídos murmuró mil veces  
 Palabras de feliz melancolía. . . .

¿Por qué, pues, los escombros de este templo  
 Carecen para mí de poesía? . . .

¿Soy acaso un profano ó un impío  
 Para esos restos del altar? ¿comprenden

Las dudas que me agitan? . . . ¡oh Dios mío!  
 Si mis queridas ilusiones bellas  
 Se apagaron en medio del vacío,  
 Culpa mía no fué. . . . ya eran marchitas,  
 Ya me quedaban solo sus despojos,  
 Y aun las miraban con amor mis ojos!  
 Ya se volvían al oscuro cielo,  
 Y aun buscaba sus huellas adoradas  
 Con triste afán, en el estéril suelo! . . .

¿Qué nos importa? el universo inunda  
 Un fuego creador y misterioso  
 Que materia y espíritu fecunda,  
 Manantial de lo justo y de lo hermoso,  
 Que si toca la escoria mas inmunda  
 Hace brotar un rayo luminoso;  
 Y cuando avaro su calor retira  
 Aun la misma virtud gime y espira! . . .

Veamos si ese fuego sobrehumano  
 Ardió en esta mansión. . . . ay! está helada. . . .  
 Aquí habita un espíritu profano,  
 Que al noble pensamiento corta el vuelo:  
 Al ver esas ruinas por el suelo  
 Solo es dado decir. . . . ¡miseria y nada! . . .

La roja luz de la nocturna hoguera  
 Arde entre los escombros:—un mendigo  
 Y un niño, con sonrisa placentera,  
 Se calientan al fuego: ¡cuantas veces  
 Antes vinieron, demandando abrigo,  
 Porque el dolor y el hambre los mataban

Junto á los muros que la fe guardaban!  
 Del viento y de la lluvia combatidos,  
 ¡Cuántas veces alzaron tristes quejas!  
 Y, por sola respuesta á sus gemidos,  
 Sonar oyeron en las altas rejas,  
 De las reclusas el solemne coro,  
 Y el acento del órgano sonoro  
 Elevándose á Dios. . . ¡y cuantas veces  
 Sacrilegas creyeron esas preces,  
 Y aquel amor de Dios vano é impío  
 Cuando al dintel de las herradas puertas  
 El mendigo infeliz muere de frío! . . .  
 ¡Arde en buena hora, generosa llama  
 De la divina Libertad! calienta  
 Al infeliz, su corazón inflama,  
 Déjale ver el cielo  
 Al través de las lágrimas que forman  
 Sobre su frente doloroso velo!  
 ¡Alumbra y crece, al respirar del viento,  
 Dando á las ruinas espresion y acento! . . .

## II

El claustro aun está en pié:—sus fuertes muros  
 Han resistido la terrible prueba:  
 Aun se elevan, inmóviles y oscuros,  
 Sobre la blanca espuma de las olas,  
 Con que los bate la esperanza nueva.  
 Mas las cándidas vírgenes huyeron,  
 Tímida tropa débil y llorosa;  
 Como palomas que el milano acosa,

En otro nido á refugiarse fueron. . .  
 Y hoy temen entre dudas y agonía  
 Que, alzando la reforma sus acentos,  
 Arroje de los últimos conventos  
 A las últimas monjas, la heresia.  
 ¡Pobres hermanas que llorais á solas  
 Tantas amargas lágrimas perdidas!  
 ¡Creis que amenazan las furiosas olas  
 Tan solo á las palomas escondidas  
 Bajo el ala sagrada del misterio  
 En el centro de oscuro monasterio?  
 Os engañais. . . la tempestad terrible  
 No solo sobre el claustro, sobre el mundo  
 Del huracan en alas ya se lanza,  
 Para volverlo al insondable caos,  
 O para hacer brotar nueva esperanza!  
 La rápida corriente enfurecida  
 Llevando va la humanidad entera  
 Al seno de una mar desconocida,  
 En busca de una incógnita vivera!  
 Si obedeciendo á los presagios graves  
 A vuestras puertas con afán tocamos,  
 Es porque ya las barcas y las naves  
 Por órdenes supremas aprestamos;  
 Es porque recio el huracan estalla,  
 Y, el que no luche con las ondas, pronto  
 Será cadáver en la antigua playa!  
 Vano es el lloro, y vuestras quejas vanas,  
 Fuerza es dejar el apacible nido;  
 Ved cual se agita el mar embravecido  
 Al soplo del Señor, ¡pobres hermanas! . . .

Dejando así vagar el pensamiento,  
 Y en torno de los amplios corredores  
 Errando á la ventura, de improviso  
 A la entrada me hallé de un pasadizo  
 Profundamente oscuro,  
 Que debajo de góticos relieves,  
 Se abre en el grueso del antiguo muro,  
 Y conduce hasta el pié de una escalera  
 Iluminada entonces por los rayos  
 De la luna, al través de una vidriera.

La oscuridad, el sepulcral silencio,  
 Despertaron al fin mi fantasía,  
 Creí que era mas propio aquel momento  
 Que la brillante claridad del día,  
 Para admirar los restos del convento;  
 Y me propuse recorrer las salas  
 Del vasto claustro, como el alma en pena  
 Que vaga entre la sombra de la noche,  
 Y huye si el toque matinal resuena.

Entré, pues, lentamente, y con cuidado  
 En derredor palpando las tinieblas . . . .  
 El suelo estaba por do quier cavado,  
 Cual si los muertos que en su centro yacen  
 Hubieran sus sepulcros quebrantado  
 Para hacer trampas de sus hondas fosas,  
 Alzar la tierra, y esparcir las losas! . . . .  
 Tal vez temblando el codicioso ávaro  
 Que el suelo sin piedad ha removido,  
 Soñando hallar magnífico tesoro,

Habré hallado cadáver carcomido  
 En vez del brillo seductor del oro! . . . .

He allí por fin la luz! ¡cuán apacible  
 En medio de la sombra se desliza!  
 Como el amor de una muger sensible;  
 Y mas exactamente simboliza  
 Los primeros vislumbres de la ciencia  
 Penetrando en oscura inteligencia. . . .  
 Así su dulce rayo nos hechiza  
 Y halaga el alma sosegadamente;  
 No cual torrente que furioso salta,  
 Mas como limpia y armoniosa fuente!

Ora distingo el alto artesonado  
 Con sus foscas adornos y molduras,  
 De la bóveda en medio un enrejado,  
 Y en derredor fantásticas figuras. . . .  
 El gracioso balaustre, la cornisa,  
 Un santo reclinado en su repisa  
 Donde ya no arde vaporoso incienso,  
 Y al fin de la escalera un cuadro inmenso  
 Que no se nota á la primera ojeada;  
 Mas, una vez hallado entre la sombra,  
 Fija por largo tiempo la mirada. . . .

Acerqueme. . . . la luna felizmente  
 La principal figura iluminaba,  
 Y su pálido rayo resbalaba  
 Sobre la celestial cándida frente  
 De la casta doncella,

Que es de la tierra aurora refulgente,  
Y de los mares apacible estrella!  
Solo su hermosa faz resplandecía;  
Y confuso borron, negro y deforme,  
Bajo su planta apenas se veía. . . .  
Era sin duda el fiero fanatismo,  
O el querubin rebelde del abismo!

¡Salud, encanto de la tierra y cielo!  
Si tempestad funesta se prepara,  
Al náfrago que gime sin consuelo  
En tu regazo maternal ampara!  
Pasé adelante; y cual si hubiese hallado  
Preciosa flor de celestial fragancia,  
Me acordé del arma delicado  
De los primeros años de la infancia!

Voló fugaz esa memoria grata,  
Que el sentimiento amargo de la vida  
Las mas hermosas ilusiones mata;  
Y en el revuelto mar de las pasiones  
Bogaba ya mi espíritu de nuevo  
Cuando fijé la planta en los salones,  
Que llenar las reclusas no podian,  
Mientras la ancianidad y la pobreza  
Carecen de una choza miserable  
Donde abrigar su mísera cabeza!

Templada luz y sombra misteriosa  
Reinaba en toda la espaciosa estancia;  
Marcaba las vidrieras en el suelo

La suave antorcha que alumbraba el cielo;  
Y la serie de sombras y de luces  
Alargaba á lo lejos la distancia,  
De suerte que la sala parecia  
Una inmensa profunda galería. . . .  
Mis pasos resonaban;  
Y el eco solitario, adormecido  
En las bóvedas altas, despertaban. . . .  
Entonces espresé mi pensamiento  
En alta voz, curioso del sonido  
Que pudiera excitar allí mi acento. . . .

«¿Vivió aquí la virtud? ¿puede mi labio  
Invocar la inocencia y la pureza,  
Sin que juzgue que intenta hacerle agravio  
La sombra de fanática abadesa?  
¿Puedo invocar la castidad hermosa  
Sin que el coro de hermanas y novicias  
Me responda con risa maliciosa?  
¿Os inspiraba el fervido heroísmo  
Que ardió del Cristo en el divino pecho;  
O tuvo aquí un altar el egoísmo  
Tendido en muelle voluptuoso lecho?  
Altas virtudes, ó ilusiones vanas  
Se encerraban aquí? decid, hermanas!

Si reinaba la austera penitencia,  
Elevando en sus alas doloridas  
El alma al trono de inmortal esencia,  
¿A qué, tras estos muros consagrados,  
Esas celdas hermosas y elegantes  
Y cómodos retretes perfumados,

Que los ojos estúpidos admiran  
Y solo pompa mundanal respiran?

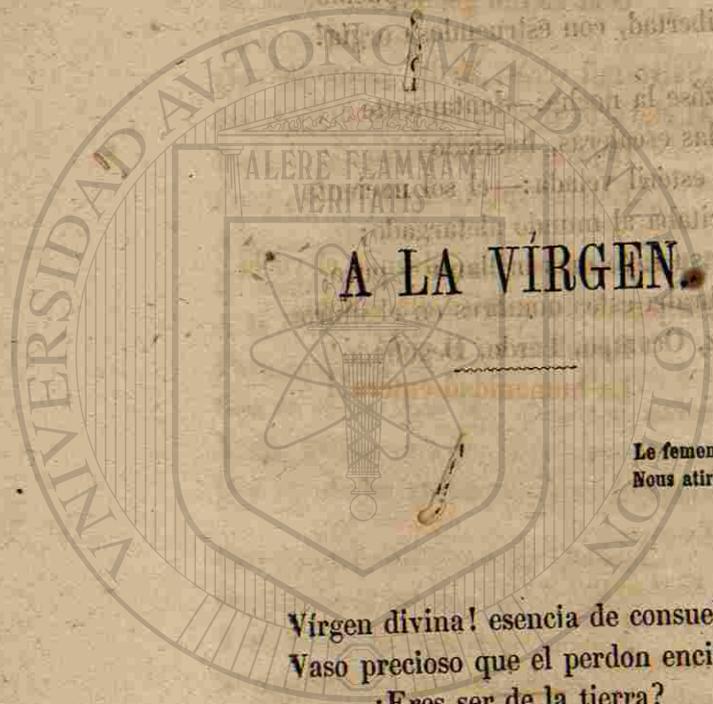
En vano con sus rayos apacibles  
La luna alumbra esta desierta sala,  
Que las memorias que han quedado en ella  
Sin duda impiden que una virgen bella  
Pura y privada de profana gala,  
Cubierta el rostro con sagrado velo,  
Arrastrando los hábitos que cubren  
El austero silicio, se presente  
A la faz del poeta temerario,  
Para indicarle el azulado cielo  
Con su mano mas blanca que el sudario,  
Y allá arriba una luz indeficiente  
Que las dudas arañque de su frente!

Eco doliente del inmenso claustro  
Respondió á mi atrevido desafío;  
Y en breve tiempo dolorosa duda  
Se apoderó del corazón vacío.  
Ni eco, ni luz, ni sombra religiosa  
Y espiritual en celdas y salones.  
Culpa tal vez del ánimo mezquino  
Fue no sentir celestes impresiones.

Por las rotas ventanas se veía  
La mágica ciudad de los palacios:  
La luna sobre cándidos celajes  
Poetizaba del éter los espacios.  
El viento por momentos esparcía  
Alegres cantos, locas carcajadas,

Que, olvidando sus horas desdichadas,  
Al gozar un momento de alegría  
En las tabernas celebraba el pueblo  
La Libertad, con estruendosa orgía!

Deslizóse la noche:—lentamente  
Bajé las escaleras, hastiado  
De la estéril velada:—el sol naciente  
Resucitaba al mundo aletargado;  
Y con su rayo mas brillante y puro,  
Alumbraba estos nombres en el muro:  
Juarez, Ocampo, Lerdo, Degollado!



## A LA VIRGEN

Le féminin éternel  
Nous attire au ciel.

GORTZ.

Virgen divina! esencia de consuelo!  
Vaso precioso que el perdón encierra,  
¿Eres ser de la tierra?  
¿Pertenece al cielo?

Tu pureza y virtudes eminentes  
Son propias solas del alcázar santo;  
Tus lágrimas ardientes  
De este valle de llanto!

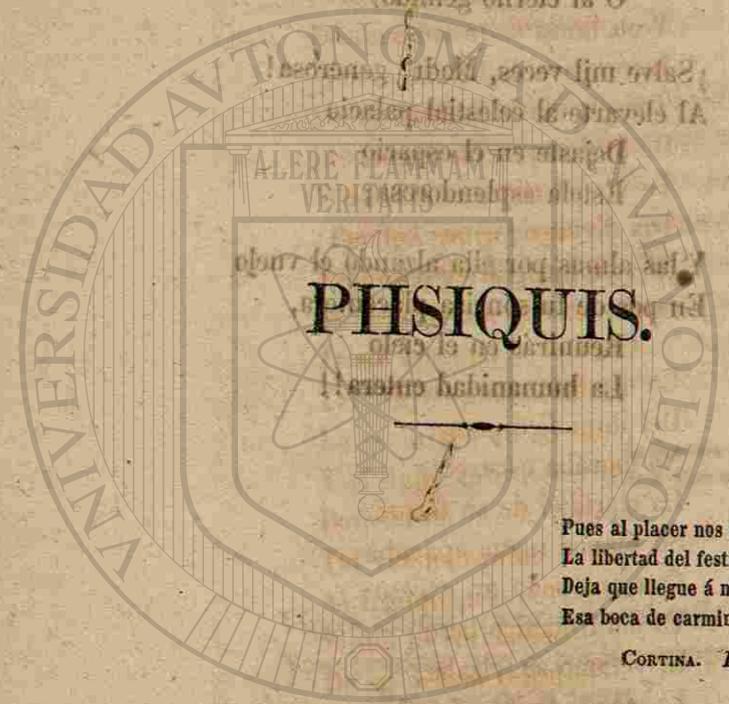
Allá coros angélicos te aclaman  
Reina feliz, y estáticos te adoran;  
Aquí Madre te llaman  
Los miseros que lloran. . . .

¿A quién tu rostro volverás, María?  
¿A quién benigna prestarás oído?  
A la eterna armonía,  
O al eterno gemido?

¡Salve mil veces, Madre generosa!  
Al elevarte al celestial palacio  
Dejaste en el espacio  
Estela esplendorosa;

Y las almas por ella alzando el vuelo  
En pos de tu sonrisa placentera,  
Reunirás en el cielo  
La humanidad entera!!

La loca algazara de báquica orgía  
 Brotando á torrentes, llenaba el salon,  
 Ahogaba las penas brutal alegría  
 En olas ardientes de dulce licor.  
 Cubiertas las mesas de ricos manjares,  
 Galanes y hermosas deseaban gozar,  
 Con torpes ideas y acentos vulgares  
 Manchando sus labios, ajando su faz!  
 Reinaba orgullosa la triste materia  
 De torpes placeres copioso raudal,



Pues al placer nos provoca  
 La libertad del festin,  
 Deja que llegue á mi boca  
 Esa boca de carmin. . .

CORTINA. *El Delirio.*

La loca algazara de báquica orgía  
 Brotando á torrentes, llenaba el salon,  
 Ahogaba las penas brutal alegría  
 En olas ardientes de dulce licor.  
 Cubiertas las mesas de ricos manjares,  
 Galanes y hermosas deseaban gozar,  
 Con torpes ideas y acentos vulgares  
 Manchando sus labios, ajando su faz!  
 Reinaba orgullosa la triste materia  
 De torpes placeres copioso raudal,

Quemando implacable, por cada miseria,  
 Un grano de incienso, de fe celestial!

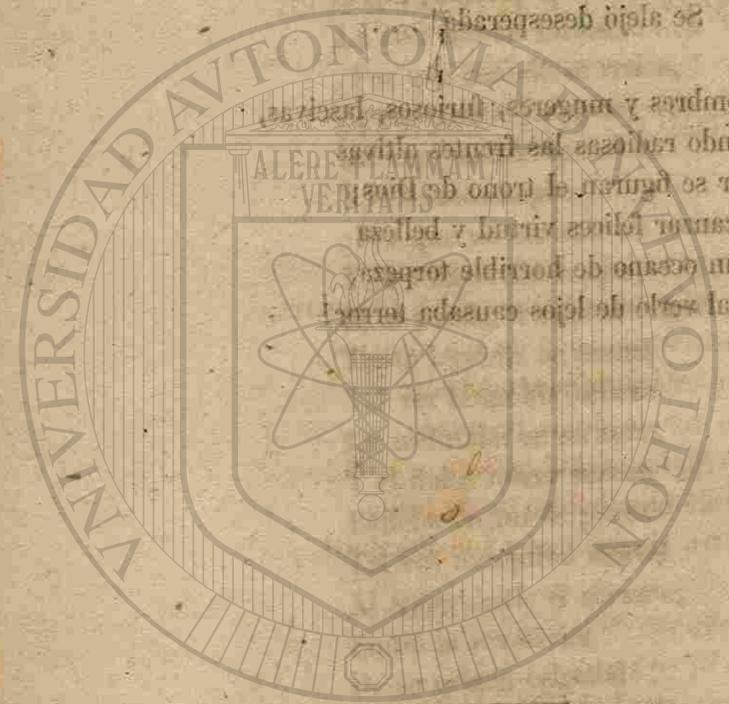
Y en tanto yo te veía  
 Incomparable beldad  
 Templando la fealdad  
 De la desenvuelta orgía!  
 Te ví, tal como creó  
 Tus divinas formas bellas  
 El arte antiguo; y en ellas  
 Luz que su genio ignoró.  
 La atmósfera pestilente  
 Del impúdico placer,  
 No lograba oscurecer  
 La claridad de su frente.  
 Su blanca mano apagaba  
 Con una seña un exceso:  
 Ya del frenético beso  
 El veneno suayizaba;  
 Ya ciego instinto febril  
 Del placer en el delirio,  
 Cambiaba en el blanco lirio  
 De una caricia infantil.  
 Y, ocultándolo del cielo,  
 Sobre el seno palpitante  
 Que desnudaba un amante,  
 Arrojaba casto velo.  
 Y en la lúbrica mirada  
 Solo al placer dirigida,  
 Ponia sombra velada  
 De una eternidad perdida!

Ellos volviéndose á veces  
 La acariciaban ansiosos;  
 O con palabras soeces  
 La rechazaban furiosos.  
 ¿Por qué cuando se retira,  
 Siente vuestro corazón  
 Incomprensible opresión,  
 Y desolado suspira?  
 ¿Por qué no aspiráis su aroma  
 Y la acogeis sin enojos,  
 Si al partir, á vuestros ojos  
 Triste lágrima se asoma?  
 Tal vez lánguida belleza  
 La reclinaba en su seno,  
 Y el dulce mirar sereno  
 Bañaba en luz de pureza!  
 Tal vez mezquino mortal  
 Al franquearle el corazón,  
 Sintió la revelación  
 De su origen celestial! . . .  
 Mas redoblando el rugido  
 De la bacanal odiosa,  
 Lanzó doliente gemido  
 Del seno, la niña hermosa. . .  
 Herida la frente pura,  
 Sangre el corazón goteando,  
 Siguió apenas alumbrando  
 El caos de la locura;  
 Hasta que halló junto á sí,  
 Por misterio que la abisma,  
 La parodia de sí misma,  
 Reina sin rival allí!

Y al ver su forma alterada  
 A la vil materia unida,  
 En el corazón herida,  
 Se alejó desesperada! . . .

Y hombres y mugeres, furiosos, lascivas,  
 Alzando radiosas las frentes altivas  
 Tocar se figurán el trono de Dios;  
 Y alcanzar felices virtud y belleza  
 En un océano de horrible torpeza,  
 Que al verlo de lejos causaba terror!

Y al ver su forma aferrada  
A la vil materia ruidosa  
En el corazon herida  
Se dejó desahogada



Y hombres y mujeres  
Alzando ruidosas las frentes  
Tocar se fueron el tono de la vida  
Y alzar la voz viril y bella  
En un eco de horrible torpeza  
Que al ruido de los casaca formó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# HORAS PERDIDAS.

## SEGUNDA PARTE.

Era la juventud! Su voz sonaba  
Como un canto de amor sobre los mares,  
La postrer vibracion de sus cantares  
En eco estéril de pesar tornó!  
Por su voz de sirena fascinado  
Le abrí mi ardiente corazon sencillo,  
Deslumbróme lo falso de su brillo,  
¡Lo cierto de sus males me alumbró!

CASIMIRO COLLADO.

En vano paso la impotente mano  
Para arrancar de mi abrasada frente  
Un pensamiento lúgubre y ardiente  
Que emponzoña tenaz mi corazon.  
Muestra contento hipócrita el semblante  
Dando un mentis al implacable duelo;  
Es la corteza pérfida de hielo  
Con que oculto el volcan de mi pasion!

GUILLERMO PRIETO.



HORAS PERDIDAS

## A JULIA.

### ¡ILUSIONES PERDIDAS!

Si, Julia, es hielo el fuego devorante  
Que en mi entusiasta corazón ardía:  
Por mas que agites su ceniza fría,  
Solo una sombra encontrarás de mí. . . .  
Mas, ya que entre ruinas y sepulcros  
Tu genio melancólico se place,  
Yo francamente te diré aquí yace  
*Una ilusión, y una esperanza allí!*

El panteón del corazón marchito  
Recorreremos juntos si te agrada,  
Donde la vida ayer, ora la nada,  
Tus bellos ojos hallarán tal vez! . . .  
Donde al halago del placer brotaban  
De dulce amor las rosas peregrinas,  
Verás montones de ásperas espinas  
Que punzarán tus delicados pies. . . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Conmigo ven, tus nacarados labios  
 También probaron pérfido veneno;  
 Y á tu pesar hizo latir tu seno  
 La volcánica fibra del amor.  
 Tú sola puedes, como yo impasible,  
 Ver de ilusiones muertas la ceniza,  
 Y en tu pálido labio la sonrisa  
 No es un sarcasmo á mi tenaz dolor.

Conmigo ven. . . . investiguemos juntos  
 El escondido arcano de la suerte,  
 Tal vez en el asilo de la muerte  
 Brille una chispa de verdad fugaz!  
 Tal vez en el amargo desencanto  
 Que al corazón devora en el vacío,  
 Muera también el matador hastío,  
 Quizá su nada nos dará la paz! . . .

Lámpara melancólica derrama  
 En esas tumbas resplandor templado,  
 Un silencio mortal, un soplo helado  
 Que á las nacientes flores hace mal. . . .  
 El sueño, reclinándose doliente  
 Mientras pasa la mísera existencia,  
 La pálida tranquila indiferencia,  
 Adormecida en el dolor fatal!

Eso hay aquí no más. . . . desierto estéril  
 Donde ninguna inspiración florece,  
 Donde jamás una esperanza erece,  
 Ni vierte luz la antoreha de la fe! . . .

Oscuro yermo, páramo sombrío,  
 Donde, en medio de sombras ilusorias,  
 Marchitas yacen las pasadas glorias,  
 Y los recuerdos que otro tiempo amé.

¿Ves ese charco turbio y pantanoso  
 En que la luz sin penetrar resbala,  
 Y entre yerbas estériles exhala  
 De la humedad el fétido vapor?  
 Un tiempo fué de la inocencia miara  
 El espejo sereno y transparente,  
 Y penetrar dejaba solamente  
 De los astros el plácido fulgor.

Cuidadoso velando noche y día,  
 Límpido siempre conservarlo quise;  
 Mas como del afán de un infelice  
 El mundo indiferente se burló!  
 Mil manos despiadadas arrojaron  
 Polvo impuro en las aguas adormidas;  
 Destrozaron las márgenes floridas:  
 Ya ves el fango que en redor quedó!

Pasemos! . . . en mi pecho desgarrado  
 Aun débil chispa de furor se excita.  
 Si el corazón helado no palpita,  
 Es porque ya su vida se agotó.  
 ¿Mas no es horrible ver despedazadas  
 Las flores de la cándida inocencia,  
 Y que manchada su celeste esencia,  
 Cual humo en el espacio se perdió?

Ya no mas de mi frente candorosa  
 Necia podrás reir, turba precita;  
 Ya, como tú, sobre ella llevo escrita  
 La historia de profundo padecer!  
 Están borradas las divinas huellas  
 De sagradas, divinas ilusiones,  
 Y ya el fuego sin luz de las pasiones  
 Se deja en ella, como en otras, ver! . . .

Alejémonos, Julia! . . . fué quimera,  
 Pasó fugaz. . . mas era tan querida!  
 Tormento eterno devoró mi vida  
 Desde que ví marehita esa ilusion.  
 Si el destino enemigo la dejara  
 Como un consuelo en las desdichas mias,  
 Un pensil hermosísimo verías  
 En donde estás pisando un panteon!

Pasó! . . . ¿recuerdas cómo en otro tiempo  
 Se lanzaba mi ardiente fantasía,  
 Y sus alas espléndidas tendia  
 Buscando de la gloria la region?  
 Recuerdas que delante de mis ojos  
 Cruzó de un ángel el airoso vuelo,  
 Con la frente inmortal tocando al cielo,  
 En alas de sublime inspiracion!

Te lo confieso; imaginé insensato  
 Que las notas de su arpa desprendidas  
 En el sereno espacio difundidas,  
 Llenáran á los hombres de plaacer.

Creí que sus acentos misteriosos  
 Distintos de los ecos terrenales,  
 Hiriendo el corazon de los mortales,  
 Regeneráran su mezquino ser!

Qué necio fui! . . . pasiones miserables  
 Los llevan por el fango torpemente:  
 Su alma murió, su corazon no siente  
 Sino el vil aguijon del interés.  
 ¿Qué les importa de sublime canto  
 La noble inspiracion y el idealismo?  
 Es una antorcha en tenebroso abismo!  
 Fuego encendido sobre mármol es!

Así laureles y estruendoso aplauso  
 Recojen por do quier vates vulgares,  
 Y del genio inspirado los cantares  
 Se oyen cual triste incomprendible son.  
 Así farsas estúpidas aplaude  
 El pueblo en el teatro estremecido,  
 Mientras sepulta el polvo del olvido  
 Los dramas de Rodriguez y Alarcon. . .

Y siempre, siempre así. . . cuando se lanza  
 Una idea del seno de la nada,  
 Al ignorante vulgo desagrada  
 Y la proclama leco frenesí.  
 ¿Ni como el rayo misterioso y vago  
 Que luce apenas en el eter puro,  
 Entrar pudiera en su cerebro oscuro  
 Turbado siempre por delirios mil?

Yo imaginé, mecido en la inocencia,  
Sin comprender el corazón del hombre,  
Que bastaría para crear un nombre  
El vuelo del talento celestial.

Jamás pensé que locos y hastiados  
Al oro puro le pidieran cieno,  
Que en una flor buscaran el veneno  
Y en la virtud la inspiración del mal.

Funesto error! . . . para elevarse es fuerza  
Arrastrarse cual miserables reptiles,  
Besar las plantas de tiranos viles,  
Y cubrir con un velo la verdad.  
Para adquirir el popular aplauso  
Es necesario sonreír al necio,  
Sufrir de otros esclavos el desprecio,  
A ídolos miserables incensar!

¡Cuanto, Julia, sufrí! . . . mi pensamiento  
A la verdad horrible resistía,  
Desplegaba sus alas y caía  
En brazos de la triste realidad. . . .

Ora tranquilo estoy. . . . mira cual sube  
Esa ráfaga de humo, sombra vana,  
Esa es la imagen de la gloria humana,  
Humo impalpable, necia vanidad! . . .

Un paso más, y otra ilusión más bella  
Verás también a mi pesar marchita:  
Quizá su historia dolorosa escrita  
Permanece en tu noble corazón.

Aquí, cual flor que al desplegar sus hojas  
A la sonrisa plácida del cielo  
Quemada fué por el rigor del hielo,  
Encontrarás la flor de una pasión.

Sabes cual fué. . . . tu corazón latía  
A par del mío. . . . tu divina frente  
Asilo halló en mi pecho, dulcemente  
Suspiraban tus labios de placer.  
Yo era entonces feliz—tú me seguías  
A regiones de luz y encanto llenas,  
Bonde la duda y las amargas penas  
Endulzaba el amor de una mujer.

Hoy no puedo sentir como sentía;  
Si tu mano, más blanca que la nieve,  
A interrogar mi corazón se atreve,  
Hallará el frío de la muerte en él!  
En este sitio esa ilusión reposa,  
Nunca por mí vilmente profanada,  
Si hecha ceniza se tornó a la nada,  
Culpa fué solo del destino cruel. . . .

Murió el amor! ¿y acaso la existencia  
Conserva el corazón que ya no ama?  
De la pasión la devorante llama  
En un volcán de nieve se apagó!  
Murió el amor sobre tu seno, Julia,  
Y mal podrás de mi pasión quejarte,  
Pues estás viendo que al dejar de amarte  
Solo un cadáver en la vida soy!

Tú me comprendes bien. . . . van los pesares  
Lentamente las fuerzas acabando,  
Una á una las flores marchitando,  
Dejando seco el corazon sin fe.  
Y la razon ajusta le presenta  
Al alma vacilante y abatida,  
Como una sombra, la futura vida,  
Y como una quimera la que fué!

En las tinieblas de la eterna noche  
A veces me figuro ver un puerto;  
Tras de la tumba un resplandor incierto  
Me parece alumbrar otra region.  
Julia! procura, si me amaste un dia,  
Avivar esa pálida creencia;  
Si no es que mi fatal indiferencia  
Haya helado tambien tu corazon!

## HERMAN.

La noche era oscura, la selva sombría,  
Espectro á mi lado Herman parecia. . . .  
Los briosos caballos, sin tino vagando,  
Con ruido sonoro marchan galopando.  
Las nubes cortadas, siniestras, oscuras,  
Semejan al mármol de las sepulturas,  
Y al través cruzando de ramas frondosas  
Parecen los astros hermosa bandada  
De aves luminosas!

Yo llevo en el alma profundo tormento;  
Herman, hastiado del cruel sufrimiento,  
Espíritu ardiente que en dudas se lanza,  
Quizá para siempre perdió la esperanza!  
Yo sufrí en extremo. . . . murió el amor mio. . . .  
Herman al fin dijo, con voz alterada:  
—Yo pienso en las tumbas que están entreabiertas.  
—Y yo pienso en una por siempre cerrada!

Tú me comprendes bien. . . . van los pesares  
 Lentamente las fuerzas acabando,  
 Una á una las flores marchitando,  
 Dejando seco el corazon sin fe.  
 Y la razon ajusta le presenta  
 Al alma vacilante y abatida,  
 Como una sombra, la futura vida,  
 Y como una quimera la que fué!

En las tinieblas de la eterna noche  
 A veces me figuro ver un puerto;  
 Tras de la tumba un resplandor incierto  
 Me parece alumbrar otra region.  
 Julia! procura, si me amaste un dia,  
 Avivar esa pálida creencia;  
 Si no es que mi fatal indiferencia  
 Haya helado tambien tu corazon!

## HERMAN.

La noche era oscura, la selva sombría,  
 Espectro á mi lado Herman parecia. . . .  
 Los briosos caballos, sin tino vagando,  
 Con ruido sonoro marchan galopando.  
 Las nubes cortadas, siniestras, oscuras,  
 Semejan al mármol de las sepulturas,  
 Y al través cruzando de ramas frondosas  
 Parecen los astros hermosa bandada  
 De aves luminosas!

Yo llevo en el alma profundo tormento;  
 Herman, hastiado del cruel sufrimiento,  
 Espíritu ardiente que en dudas se lanza,  
 Quizá para siempre perdió la esperanza!  
 Yo sufrí en extremo. . . . murió el amor mio. . . .  
 Herman al fin dijo, con voz alterada:  
 —Yo pienso en las tumbas que están entreabiertas.  
 —Y yo pienso en una por siempre cerrada!

Él mira el presente, y yo lo que era. . . .  
 Cruzan los caballos la estensa pradera,  
 El viento conduce la voz dolorida  
 De aguda campana, de súbito herida. . . .  
 Y Herman continuaba—Comprende mi pena  
 Que á muchos la vida de tormentos llena  
 Y sufren llorando destinos inciertos.  
 Yo pienso en los vivos! . . . yo pienso, le dije,  
 Yo pienso en los muertos!

Las fuentes formaban suave murmullo,  
 Las ramas se mueven con débil arrullo,  
 Y todos los seres parece que gozan. . . .  
 Herman dijo: «nunca los vivos reposan  
 En sitios diversos sin duda á esta hora,  
 De tantos vivientes algun ojo llora,  
 Y á muchos el duelo tendrá desvelados» . . . .  
 —Sin duda; mas otros  
 Por siempre cerrados!

Herman proseguía: «la mas cruel herida  
 El mal incurable consiste en la vida.

Los muertos no sufren. . . . envidio su tumba  
 Do crece la yerba, y el viento derrumba  
 Las hojas del bosque, ¡cuan grata delicia  
 Sentir de la noche la tibia caricia!  
 Porque el cielo halaga las almas dichosas  
 Con los resplandores de sus mil estrellas,  
 En todas las fosas. . . .

Herman, le repuse, la burla destierra!  
 Los muertos reposan cubiertos de tierra;

Respeto al misterio! . . . los muertos han sido  
 Los seres sagrados que mas te han querido.  
 Es mi ángel perdido! . . . tu madre y la mía!  
 No los entristezca tu amarga ironía:  
 Aun pueden sus almas sufrir y gozar,  
 Y allá entre las sombras, al través de un sueño,  
 Nos oyen hablar! . . .

(Traducido de Víctor Hugo.)



## A UNA CORTESANA.

Mas ¡ay! que es la muger ángel caído  
O muger nada mas y lodo inmundo;  
Hermoso ser para llorar nacido,  
O vivir como autómeta en el mundo!

ESFRONCEDA.

¿Por qué te miro lánguida y doliente  
A la espirante luz de la bujía,  
Sobre tu mano reclinar la frente  
Oh diosa del placer y la alegría?

¿Como la estatua del dolor callada  
Dejas que vuelen las nocturnas horas,  
Clavando en el espacio tu mirada  
Agena de ilusiones seductoras!

¿Por qué á la voz del corazon interna  
Atenta prestas delicado oído,  
Mientras gozando el mundo corrompido  
Siguiendo va su bacanal eterna?

A ti el imperio de la dicha toca,  
Tu destino gozar y ser querida;  
Si te detienes á mirar la vida,  
Se perderá tal vez tu mente loca! . . .

Yo, que asisto invisible á tu agonía,  
Sé, cuando el peso del dolor te abate,  
Por qué la arteria de tus sienas bate  
Mientras tu pobre corazon se enfria!

Tienes razon! . . . el ángel está herido,  
Hechas pedazos sus nevadas alas,  
De la virtud las verdaderas galas  
Como sucios harapos han caído!

Tienes razon! . . . horrible es tu martirio!  
¿Mas eres tú no mas la que vendiendo  
Su virtud en momentos de delirio,  
Risa y placer al mundo va mintiendo?

No! . . . fuera injusto condenarte . . . todos  
Los que inspirados por mezquino orgullo  
Aman del mundo el lisónjero arrullo,  
Comprados fueron por diversos modos!

Tú abandonaste, el corazon deshecho,  
Bellos tesoros á vulgar caricia;  
Ellos tambien ahogaron en su pecho  
La virtud, la verdad y la justicia.

Por un trozo de pan, segun presumo,  
Vendida fué tu virginal belleza;  
Ellos tambien, nadando en la riqueza,  
Su fe vendieron por palabras y humo!

A tí caricias torpes te mancillan  
Y los goces del alma te rebusan.  
Tambien los grandes que en los tronos brillan  
Máquinas son de que los otros usan!

Sonrien de plácer cuando se enojan  
Y halagan al que miran con desprecio:  
¿Qué otra cosa haces tú, cuando te arrojan  
A la pálida faz el torpe precio? . . .

Muerto el placer, y la ilusion pasada,  
Sin rebozo te muestran el hastio. . . .  
Así cuando no sirve ya de nada,  
Encuentra el prócer un semblante frio! . . .

Sola con tu deshonra, en esa estancia  
Adivinas que el mundo te detesta,  
Mientras á frentes llenas de arrogancia  
La sociedad adoraciones presta.

Calma tu afán! . . . la sociedad no ama  
Delito leve, mi virtud sencilla,  
Escasa fe su corazón inflama,  
*Y adora al crimen cuando el crimen brilla!*

Tambien la sociedad es cortesana  
Que con la burla y el desprecio oprime  
A la virtud, cuando la ve sublime,  
*Y solo la tolera si es mediana!*

Nadie, de tantos que gozó contigo,  
A dividir tu sufrimiento viene,  
Abandonada estás. . . ¿pero quién tiene  
En este mundo verdadero amigo?

Quando el dolor del alma desgarrada  
Neciamente revelas á un hermano,  
Un rasgo de alegría mal velada  
¿No ves lucir en el semblante humano?

Allá en el fondo el corazón del hombre  
Guarda profundo incomprendible abismo. . . .  
¿Qué importa, hermosa, que al oír tu nombre  
Sin compasion se burle de sí mismo?

Toca por fin la realidad, querida,  
Torne á la risa tu dolor profundo,  
No mas ansiosa busques en el mundo  
Compensacion de tu virtud perdida.

¿A qué fijar tu vista hora tras hora  
En lo pasado y el presente oscuro,  
Si adviertes que una luz consoladora  
Libre de nubes, brilla en lo futuro!

Ya no busquemos ni placer ni amores:  
Que quien bajó del crimen al abismo,  
Solamente gozando en sus dolores  
Puede ceñir su frente de heroismo!

Olvidando los males y las penas  
Eleva el alma á la verdad sublime,  
Que la beldad que por los hombres gime  
Siempre está presa en miséras cadenas. . . .

Y si la injusta sociedad te arguye,  
Dila que tú eres empañado espejo  
Donde fijó el destino su reflejo. . . .  
Y no te admires si al mirarse huye!! . . .

EN EL POPOCATEPETL....

A JULIA.

Y allí en mi duelo ó mi placer estremos  
Alzaré una oracion en vez de un canto,  
Y á Dios veré, cuyo semblante santo  
Bajo las brumas de París no vemos!

DON JOSE ZORRILLA.

DEL gigante sublime de Anáhuac  
Ya pisas, hermosa, la pálida frente! . . .  
Su cárcel no deje tu espíritu ardiente

Al sentir tan divina emocion!

Recoje sus alas, que el águila presa  
Si ve de improviso su jaula quebrarse,  
Al eter inmenso quisiera lanzarse  
Y perderse en ignota region!

Acaricien tus manos hermosas,  
Oh Julia divina! la crin erizada

Del fiero coloso, que hiciera turbada  
En sus ejes la tierra temblar!  
Segun canta sublime poeta,  
Lanzando á los cielos betun encendido,  
Sonando en su seno terrible rugido,  
Acallaba las ondas del mar.

Ora un manto de cándida nieve  
Eterno lo cubre, su lava es ceniza,  
Tu planta pequeña sus cráteres pisa. . . .  
Está muerto el terrible volcan!  
Y conserva su calma impasible  
Ya lo halaguen las brisas de mayo;  
Ya en su frente de mármol, el rayo  
Desplomado se mire apagar!

¡Cuan simpática á el alma abatida  
Su calma profunda, sus vastos desiertos!  
¡Las rocas inmensas, los páramos yertos  
Que respiran eterno dolor!

Julia mia, tu sien palpitante  
Reclina en el seno de tu único amigo;  
Aquí de tus penas es solo testigo  
El autor de esa bella creacion. . . .

Ya dejamos el triste sepulcro,  
Las vanas memorias olvida del mundo:  
Flotando en el centro del eter profundo,  
Cerca te hallas del trono de Dios!

Solitaria en las grietas nevadas  
De riscos salvajes, el águila anida,

El aire terrestre le falta á la vida;  
 Mas tú puedes aquí respirar. . . .  
 Tu alma ardiente, oprimida en la tierra,  
 De alzar era digna magnífico vuelo,  
 La bóveda eterna tocando del cielo,  
 Y teniendo á sus plantas el mar!

Elevada en los hombros de Atlante  
 Descubren tus ojos inmenso horizonte,  
 Las rocas, las selvas, la cumbre del monte  
 Recojidas están á tus piés!  
 Y salvando el espacio infinito  
 Al rayo templado del sol moribundo,  
 Se extiende á tus plantas espléndido mundo  
 Tan hermoso como era el Eden. . . .

Esa sombra que miras perdida  
 En medio al paisaje fantástico y vago,  
 Es México hermosa la virgen del Lago,  
 Adormida en ensueños de amor!  
 ¿Mas qué son las creaciones del hombre  
 Ante esos inmensos abismos de nieve,  
 Que á verlos apenas el ojo se atreve  
 Sin sentir religioso pavor? . . .

Como sombras fugaces sobre ellos,  
 Mi Julia querida, perdidos vagamos;  
 Pues nada del mundo creemos ni amamos,  
 Es preciso buscar otra fe.  
 Junto al cielo no hieren tu oído  
 Sonando entre llanto sus risas vulgares,  
 Aquí levantemos sagrados altares  
 Que manchar no consiga su pié!

Á la luz del crepúsculo suave  
 Al cielo se eleve tu tierna plegaria:  
 Una ara elevemos allí solitaria  
 A los rayos postreros del sol!  
 Si los hombres dementes ultrajan/  
 Amores, virtudes, hermosa inocencia,  
 Consagremos divina creencia,  
 Fuente eterna de dicha y amor! . . .  
 Mas tú lloras. . . tu seno palpita. . . .  
 En este momento sagrado es tu llanto,  
 Tu pecho se inunda de entusiasmo santo. . . .

No lo dejes jamás apagar!

Esas lágrimas puras, ardientes,  
 De el alma inspirada divino lenguaje,  
 Eleva á los cielos en puro homenaje  
 De un ángel que sufre, grandioso volcan!



MATERIALISMO.

A JUAN ALDAITURREAGA.

Creo en verdad, amigo mio, que no es loca vanidad el decir que el mundo espiritual puede demostrarse "matemáticamente."

La luna, como cisne luminoso,  
En el eter nadaba suavemente,  
Derramando su encanto misterioso;  
Y era la noche bálsamo del alma  
Con su apacible calma,  
Su blanda brisa y perfumado ambiente.  
En la piedra de un túmulo ruinoso  
Tumba tal vez de un héroe mexicano,  
Descansábamos juntos. . . . yo sumido  
En pensamientos insensatos. . . . y ella  
Revelando en su faz cándida y bella

La agitacion del corazon sensible;  
Y vertiendo en mi oido  
Ese arrullo de amor indefinible,  
Que indeciso dejando el pensamiento,  
Mejor espresa que amorosas frases  
Del alma el delicado sentimiento. . . .

Bello paisaje en torno se estendia  
Digno del paraíso americano,  
Fuente de inspiracion y poesia,  
Rebosando en su mágica belleza  
Ese hechizo sencillo y soberano  
Lleno de melancólica grandeza,  
Que no se pinta con lenguaje humano. . . .

El plateado rayo de la luna  
Flotando á par de la aura perfumada,  
Se quebraba en la nítida laguna,  
Nido apacible de aves y de amores;  
Y en su líquido seno muellemente  
Reposaba la noche sosegada  
En blandos lechos de olorosas flores.

A un lado la ciudad adormecida  
Medio cubierta en velo vaporoso,  
Presentaba el aspecto misterioso  
De encantada region desconocida,  
Donde la vista á su placer vagaba  
Entre palacios y elegantes torres,  
Labradas de cristal y argentería,  
Que elevándose en formas ideales,  
En confusion perdiéndose á lo lejos,  
Parecen de la luna á los reflejos,

Rica mansion de genios inmortales!  
 Al otro las pirámides nevadas  
 Perdiéndose en el eter infinito,  
 Fantasmas colosales y calladas,  
 Guardas inmóviles del fecundo suelo;  
 O bien, para las almas inspiradas,  
 Plegarias que se elevan hasta el cielo  
 En medio de la calma de la noche,  
 Religiosa y sublime  
 Como á ulcerados corazones place,  
 Si fatal infortunio los oprime!  
 Y en todas partes grupos indecisos  
 De árboles y de rocas y ruinas,  
 Confusas sombras, luces blanquecinas,  
 Apareciendo en la feraz llanura,  
 Fugitivas flotando en el vacío,  
 Llenando de interés y de misterio  
 Hasta el confin del horizonte frío! . . .

Todo era bello, delicioso y grato  
 Como un sueño de amor; pero mi frente  
 Cargada de mundanos pensamientos,  
 La dureza del mármol ofrecia:  
 El corazón vacío, el alma ausente  
 Mas que la faz de los volcanes fría!  
 Destrozadas mis bellas ilusiones,  
 Sumido en el fatal materialismo  
 De nuestro siglo cancerosa llaga,  
 Presa de sentimientos terrenales,  
 No hallaba fuerza dentro de mí mismo  
 Para sentir los goces ideales,  
 Y ver el cielo desde el hondo abismo! . . .

La virgen de la noche silenciosa,  
 Que en la bóveda eterna  
 Derramaba torrentes de poesía,  
 Era para mi vista tenebrosa  
 Solo una opaca pálida linterna.  
 Rodando ciega en la region vacia,  
 Al juguete de un niño semejante  
 Que hace subir en alas de los vientos  
 La llama de una antorcha vacilante!  
 El pabellon magnifico del cielo  
 Flotando asido del distante polo,  
 Region ilimitada donde el vuelo  
 Puede el alma tender. . . . era tan solo  
 Para mí la apariencia fugitiva  
 Que en mezquino teatro alucinados  
 Pueden los ojos ver, si los cautiva  
 Hábil artista en lienzos mal pintados!  
 Y los astros y fúlgidas estrellas,  
 Clave tal vez de misterioso arcano,  
 Pedazos de oropel, vanas centellas,  
 De un cielo de carton adorno vano! . . .

¿Ni qué puede alcanzar en su miseria  
 El pensador materialista impío,  
 Sino viles pedazos de materia  
 Al acaso rodando en el vacío? . . .  
 ¿La severa razon que nos aflige  
 La primitiva causa nos demuestra,  
 Que á fin grandioso, con segura diestra,  
 La portentosa creacion dirige?  
 Ah! la razon, en tan excelsa esfera,  
 Plega las alas y se torna muda;

O, halagando fantástica quimera,  
Se arroja en los abismos de la duda!

Inútil fué para mi helada mente  
La sublime es, resion de los volcanes  
En el silencio augusto de la noche. . . .  
¿Qué sus vastas pirámides en suma  
Sino inmensos montones elevados  
De polvo vano, de nevada espuma  
Por ley indeclinable coronados?  
Ni la imaginacion calenturienta  
Mas homenaje consagrarles debe,  
Que á la estrecha pirámide de nieve  
Que la aurea copa del festin ostenta! . . .

Así la inteligencia devoraba  
Al corazon. . . . en tanto mi querida  
Arrobada en un éxtasis divino,  
De la terrena esfera desprendida,  
Hallaba de otros mundos el camino,  
Vibrando como una arpa melodiosa  
Gozaba de delicias celestiales,  
Acariciando la ciudad y el lago  
Con lánguidas miradas de ternura;  
Sonreía á los astros inmortales,  
Suspiraba al mirar la blanca cima  
De los volcanes, y agitada el alma,  
Alzaba una oracion sentida y pura  
Digna de la belleza,  
Acorde con el himno que entonaba  
El universo todo en su grandeza!

Nada me conmovió! ¿la vil materia  
Puede el lenguaje comprender del alma?  
Mas al ver su simpática hermosura  
Y su entusiasmo ardiente, una sonrisa  
Se dibujó en mis labios—e mis brazos  
Su elegante cintura  
Quedó ceñida en amorosos lazos,  
Intenté profanar sus labios rojos  
Con un beso de amor. . . . ella sus ojos  
Clavó en mi faz, leyó en mi pensamiento,  
Y de ignorada angustia palpitante  
Buscó la luz del alma en mi semblante;  
Y hallando solo la materia inerte,  
Sintió de pronto en su amoroso seno  
Algo mas espantoso que la muerte;  
Dejó brotar el llanto del despecho  
Alzando el rostro al celestial zafiro,  
E inclinándolo luego sobre el pecho,  
Apartóse de mí con un suspiro!

ADIOS DE UN PATRIOTA.

A CLEMENTINA.

Gocen otros con oprobio,  
De una vergonzosa paz;  
Yo no, que busco en la guerra  
La muerte ó la libertad!

FERNANDO CALDERON.

CLEMENTINA! yo siento que mi frente  
Oprime del dolor la mano dura,  
Nuestras fugaces horas de ventura  
Huyendo van para jamás volver!  
Mas el oído dulcemente halaga  
La última vibración del arpa rota;  
Y de la dicha la postrera gota  
Apura el labio con mayor placer. . . .

Por eso quiero de mi Eden perdido  
Tornar á ver la imagen seductora,  
Y con la voz del corazón que llora  
Dar al pasado mi postrer adios!

Por eso quiero que recuerdo ardiente  
De nuevo agite tu amoroso seno;  
Quizá mañana cual mortal veneno,  
Destrozará mi herido corazón! . . .

Vuelve conmigo al apacible asilo  
Donde, gozando fugitiva calma,  
Mi primera ilusión, toda mi alma,  
En el ardor de la pasión vertí!  
Rielaba la luna sobre el lago  
Como sonrisa de inocente niño,  
Al explicarte tierno mi cariño,  
Dulce placer en tu semblante ví!

¿Por qué latió tu seno conmovido  
Al escuchar de lejos un acento?  
Era el quejoso murmurar del viento  
Que en las ásperas quiebras penetró. . . .  
¿Por qué en tus ojos el azul sereno  
Con llanto de ternura se cubría? . . .  
El eco que la brisa nos traía  
Era el cantar de rústico pastor. . . .

Cual atractivo inexplicable viste  
En el trémulo brillo de una estrella?  
Mas ardiente tal vez, quizá mas bella  
En el espacio fulguraba ayer. . . .  
Ah! la ilusión de nuestro amor primero  
En todo hallaba mágica belleza,  
Nos adormía en lánguida tristeza,  
Nos inundaba en celestial placer. . . .

Y aquella dicha candorosa y pura,  
 Aquel tranquilo bienestar profundo,  
 No era el placer con que adormece el mundo  
 A su frívola y torpe sociedad.  
 Era una santa aspiracion del cielo,  
 Una oracion purísima. . . . el perfume  
 Que silenciosamente se consume,  
 Elevándose á Dios en el altar!

Perdona, Clementina, si á mostrarte  
 Vuelvo ese sueño de placer divino,  
 Cuando la mano de fatal destino  
 Para sufrir nos viene á despertar.  
 Perdona si despues de tanta dicha  
 Hoy te abrasa la fiebre de mis penas,  
 Perdona si el oprobio y las cadenas  
 Ni en tus brazos me es dado soportar! . . .

Por tí quisiera sin honor ni gloria,  
 Embriagado de amor eternamente. . . .  
 Pero con un baldon sobre la frente  
 Es imposible del amor gozar!

Tal vez amante á mi pasión respondes,  
 Y pienso que me acusas de cobarde;  
 Tal vez la dicha en tus miradas arde  
 Y yo no puedo mi dolor ahogar!

En el cadáver de mi triste patria  
 Mil vampiros se ceban á porfia. . . .  
 ¿Qué falta ya? de infame tiranía  
 Todos sentimos en la frente el pié!

¿Y solo á precio de cobarde crimen  
 Dueño seré de tu beldad divina?  
 Perdóname de nuevo, Clementina,  
 Si siendo esclavo ser feliz no sé!

Ignoro el arte de dorar el crimen,  
 No es mi voz agradable á los tiranos,  
 Y antes que bese sus impuras manos,  
 Del honor en el campo moriré!  
 No es mi destino sucumbir esclavo,  
 Mi vida está á la patria consagrada. . . .  
 ¿Mas cómo separado de mi amada  
 El peso de la vida sufriré?

Bajo el peso de bárbaro anatema  
 Tal vez mañana vagaré proscrito,  
 No olvides tú que mi único delito  
 Es combatir estúpida opresion!  
 No olvides tú que el ideal que llevo  
 Dentro del alma, es una imágen pura,  
 Como tu corazón y tu hermosura,  
 Libre de crimen, libre de ambicion!

Tal vez mañana mi cadáver yerto  
 A la vista tendrás. . . . mas no me llores!  
 Solo demanda cánticos y flores  
 La tumba del patriota que murió!  
 Mas si al fin, destrozados los tiranos,  
 Torna á lucir de Libertad el dia,  
 Y libre puedo al fin llamarte mía. . . .  
 ¿Quién será entonces mas feliz que yo?

Noviembre 10 de 1861.

## FELICIDAD IMPOSIBLE.

Y busco aún y busco codicioso,  
Y aun deleites el alma finge y quiere:  
Pregunto, y un acento pavoroso  
"¡Ay, me responde, desespera y muere!"

ESPRONCEDA.

Lo sé por fin! . . . tu virginal secreto  
Envidia de los ángeles, Teresa,  
Balsámico perfume de pureza,  
Del vaso de alabastro se escapó!  
Amigo labio lo vertió en mi oído,  
Causándome emoción desconocida,  
Una alma sin virtud y maldecida,  
Abrirse el cielo de improviso vió!

Mas ¡ay de mí! tu amor incomprensible  
En tortura espantosa se convierte. . . .  
Esa pasión tal vez será tu muerte,  
Sin que logre mi vida reanimar!  
¿Como gozar envuelto en el hastío  
De un afecto purísimo y sagrado?  
El corazón vacío, desgarrado,  
Solo en el crimen se adormece ya!

Y sin embargo, es cierto que mi nombre  
Triste, á tu labio virginal se ofrece! . . .  
¿Es cierto que mi sombra te aparece  
A cada instante sin causarte horror?  
¿Es cierto que vagando mi recuerdo  
En la bóveda oscura y solitaria,  
Al murmurar tu labio la plegaria  
Dulce suspiro murmuró de amor?

Triste de mí! . . . cuan bello es el perfume  
Del alma virginal casta y sencilla!  
Como la estrella tímida que brilla  
De tibia noche en el sereno azul.  
Como en mares de arenas abrasadas  
Brotó gentil consoladora fuente,  
¿Y cuan feliz el alma que inocente  
Puede gozar de su apacible luz!

Tras de las rejas de callado coro  
Arrodillada estabas. . . y me viste. . . .  
¿Como fué que al instante comprendiste  
La fiebre que abrasaba el corazón?  
Al contemplar mi pálido semblante  
Sintió la tempestad tu alma inocente,  
Tiñó el rubor tu candorosa frente,  
Y alzaste al cielo férvida oración!

Las elevadas bóvedas llenando  
El órgano elevó canto sublime,  
Voz de la triste humanidad que gime  
Del Ser Eterno al demandar piedad!

Tú derramabas abundante llanto,  
Y, el corazon sensible dolorido,  
Cual si te lo dijese al oido  
Adivinabas mi dolor mortal!

Lo adivinaste, sí, cándida niña,  
Paloma del oscuro monasterio,  
Adivinaste que fatal misterio  
Flotando vaga en derredor de mí!  
Ángel sin patria, suspirando siempre,  
Flor que brotara en fétido pantano,  
A mi pesar en el banquete humano  
La amarga copa del placer bebí. . . .

Mas aun ignoras el abismo horrible  
En que estoy para siempre sumergido,  
Ignoras que en la vida ya he perdido  
Con la inocencia y la virtud la fe!  
No sabes que mis años juveniles  
En fria tumba se hundirán mañana,  
Y que imbécil á torpe cortesana  
Mi corazon de niño le entregué!

Sin duda mis palabras descreidas  
Sobre tu corazon están cayendo  
Cual gotas rojas de metal hirviendo,  
Matando cada gota una ilusion!  
Sin duda están mis manos destrozando  
Los pétalos suáves de una rosa;  
Mas ¡ay! existe funeraria losa  
Donde creiste hallar un corazon! . . .

Es la verdad, Teresa, se apagaron  
Mis dulces juveniles ilusiones,  
El fuego abrasador de las pasiones  
Es destructora lava de volcan. . . .  
Las flores desaparecen. . . .  
En derredor un tétrico desierto. . . .  
Un corazon para la dicha muerto  
Despedazado por continuo afan!

Y tú me amas! . . . si fuera concedido  
Calmar del alma roedora pena,  
Si en la fuente mas pura y mas serena  
Templára el labio su ardorosa sed! . . .  
Si pudiera alcanzar la dulce calma  
Tantas veces en vano apetecida;  
Si dable fuera reanimar mi vida  
Con el divino amor de una muger! . . .

Vana ilusion! la acaricié un instante  
Al sacro fuego de tu amor ardiente;  
Pero bien pronto se nubló mi frente,  
El corazon helado se oprimió!

¿Puede el genio del mal vivir felice  
De la virtud entre las blancas flores,  
El pecho inerte palpar de amores  
Y sus tormentos olvidar? ay! no!

Olvidame, Teresa, ángel hermoso!  
Las alas sin mancha tiende al cielo,  
Yo entre los vicios propios de este suelo  
Continuaré arrastrando á mi pesar,

Sí unieses tu destino con el mío,  
 En mis brazos marchita quedarías,  
 Tu aureola brillante perderías. . . .  
 Solo de lejos me podrás amar! . . .

Es mi vida la espuma vacilante  
 Siempre agitada por el mar sombrío,  
 La fiebre de la duda y el hastio  
 Tenaces la devoran sin cesar.  
 Déjame abandonado á mi destino  
 Persiguiendo sin fin una quimera,  
 No pienses ora en mí. . . . mas cuando muera,  
 En mi tumba sin luz ven á llorar!

## ¡EL CUARTO DEL HOTEL!

Ayl cuando el prisma engañoso  
 Despedaza la razon,  
 Ya está destrozada el alma  
 Y marchito el corazon!

\*\*\*

Triste cuarto del hotel,  
 ¡Cuantos placeres vulgares  
 Con su fastidiosa miel,  
 Donde yo apuré la hiel  
 De mis primeros pesares!

Aquí ví desvanecida  
 Mi mas hermosa ilusion. . . .  
 Aquí analicé la vida,  
 Abriendo en mi corazon  
 Cada verdad una herida!

Aquí, en triste duda oscura,  
 Se desvaneció mi fe;  
 Mas sin rencor ni amargura,

Tras un mar de desventura  
Vuelve á pisarte mi pié. . . .

¡Salud, casa sin hogar,  
Donde por mezquino precio  
Puede el vulgo vejetar,  
Reir sin razon el necio,  
Y el desdichado llorar!

Aunque tu venal empleo  
Profana placer y penas  
Segun ageno deseo,  
De mi juventud aun veo  
Palpitantes las escenas!

Allí la sombra querida  
De romántica mujer,  
Sobre su semblante unida  
Del alma profunda herida  
A la risa del placer. . . .

Allí, en la revuelta mesa,  
La impía literatura  
Que matando el alma empieza;

Y sobre ella mi cabeza  
Abrumada de tristura! . . .

Allí mi lecho febril  
Y la pálida bujía  
Alumbrando mi agonía,  
Al crear visiones mil  
Hasta que la luz venia!

Todo, todo lo recuerdo,  
Como si pasara ayer;

Y con extraño placer  
En las memorias me pierdo  
De aquel hondo padecer!

Aquello era concertar  
Un corazón de quince años  
Cuanta hiel pudieran dar,  
Con sus tristes desengaños,  
Largos siglos al pasar!

Era la tierna inocencia  
Asomándose al abismo,  
Era la primer creencia  
Ante el bárbaro egoismo  
De la mundana existencia!

Era ver desvanecida  
La religion del hogar,  
Y convertirse la vida  
En un borrascoso mar,  
Sin una estrella querida! . . .

Allí estaba el esqueleto  
De la fria sociedad,  
Indigno de mi respeto,  
Para el bien tan incompleto,  
Tan perfecto en la maldad!

De la falsa religion  
El fantasma macilento,  
Sin vida, sin corazón,  
Detras de velo sangriento  
Fingiendo la inspiracion!

Allí el cadáver doliente  
De la mujer infeliz  
Con el dolor en la frente;  
O con la risa impudente  
De la infame meretriz!

Allí la cuna del niño,  
Tumba del ser inmortal,  
Donde por suerte fatal,  
Flor de maternal cariño  
Se hunde en sucio cenegal!

Y el seco cráneo del hombre  
Por las pasiones quemado;  
Si el vicio lo ha calcinado  
Lleno de gloria y renombre,  
Y de otra suerte olvidado!

Allí la virtud burlada  
Llorando á solas conmigo;  
Y mi alma desesperada  
Al darle inútil abrigo,  
Sintiéndose destrozada!

Allí la libertad bella  
Desgarrado el noble seno,  
Dejando en pos de su huella  
Oscurecida su estrella,  
Cadalsos, sangre y veneno!

Allí, en fin, toda esa farsa  
Ni bien cómica ni seria,  
En que no hay una comparsa

Que no sienta la miseria,  
Y que á su vez no la esparza!

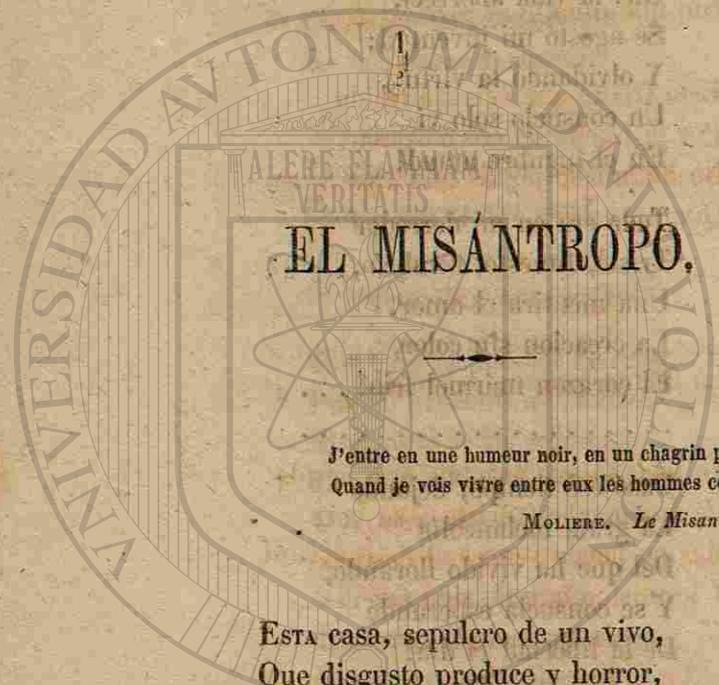
Oh! la vida aborrecí,  
Se agostó mi juventud;  
Y olvidando la virtud,  
Un consuelo solo vi  
En el lúgubre ataud!

Todo era en mí derredor  
Triste, funesto, sombrío,  
Una mentira el amor,  
La creacion sin color,  
El corazón mármol frío! . . .

Pasó ese tiempo, dejando  
La grata melancolía  
Del que ha vivido llorando,  
Y se consuela esperando  
De la libertad el día!

Ya no perturbas mi juicio,  
Triste cuarto del hotel!  
Loco franqueára tu quicio,  
Si allí me turbára el vicio  
Y no el desengaño cruel!

Hoy mi cerebro no inflama  
Aquel intenso dolor:  
Aun está viva la llama;  
Pero aguardo *el fin del drama*  
Para juzgarlo mejor!



EL MISÁNTRPO.

J'entre en une humeur noir, en un chagrin profond  
Quand je vois vivre entre eux les hommes comme ils font,

MOLIERE. *Le Misanthrope.*

Esta casa, sepulcro de un vivo,  
Que disgusto produce y horror,  
A miradas curiosas se cierra  
Porque esconde secreto de amor.

Y amor en la tierra  
Si el vulgo lo nota,  
Se mancha y esplota,  
Se hace fuente de amargo dolor!

Este necio, que loco parece  
Porque no halla en la vida placer,  
De vosotros, hermanos, se aleja  
Porque amar es la ley de su ser. . . .

Y el mundo no deja  
Gozar un afecto  
Tranquilo, perfecto,  
Sin que intente su precio saber. . . .

Esta frente que veis contraída  
Por la huella de eterno pesar,  
No ha creado jamás una idea  
Que á un hermano le fuera fatal,  
Acaso se emplea  
Con afan ardiente,  
En cegar la fuente,  
La fuente fecunda del mal!

Yo bien sé que aceptais una herida  
De quien sabe sufrirla á su vez;  
Mas no puedo vencer al destino  
Y lo mismo que he sido seré,  
Juzgo mezquino  
Ese vil trato,  
Cruel, insensato,  
Y jamás con vosotros lo haré.

Yo no soy, en la dura cadena  
De la vida, muy fuerte eslabon;  
Y al caer sobre el yunque el martillo,  
Cada golpe me causa emocion!

Tal vez sencillo  
Desprecio el oro,  
Y el triunfo lloro  
Si es para otro fatal perdicion!

Es verdad, y negarlo no puedo,  
Que al destino social soy infiel;  
Mas tambien es verdad que en mi pecho  
No se abriga una gota de hiel!

Y acató el derecho  
De la sociedad,  
Si á la humanidad  
Tomando su nombre, no hiere cruel!

Al huir de la vista del hombre  
Solo quise esquivar el dolor,  
Sin que alguno al creerme insensato  
Me prepare funesta traicion. . . .

En vuestro trato  
Es muy frecuente,  
Del inocente  
Burlar sin tener compasion!

¿Es mi culpa si locas pasiones  
En el mundo que amais encontré?  
En mi hogar apacible escondido  
He buscado un asilo á la fe.

Y he construido  
Modesto altar,  
En donde amar  
Ante Dios á los hombres juré!

Que me llamen ingrato, egoista. . . .  
Yo bien sé que no tienen razon,  
Si á mi pecho tocó un desdichado,  
Nunca dentro faltó un corazon!

Está desgarrado,  
Apenas ya late;  
Mas no lo combate  
Ninguna mezquina pasion!

Por carácter hui cuidadoso,  
La bajeza, la vil opresion. . . .  
La existencia que habeis inventado  
No penetra en mi pobre mansion.  
He formado  
Este hogar  
Sin contar  
Con orgullo ni vana ambicion. . . .

Sepultado dejadme en mi asilo,  
Incurable, doliente hasta aquí;  
Mas si acaso os agobia el hastío  
Y quereis acercaros á mí,  
El techo mio  
Traicion no abriga,  
La gente amiga  
El umbral reconoce ante sí. . . .

Si su quicio pasais con idea  
De engañarme con baja traicion,  
Ahondareis las heridas del alma,  
Y vereis mi semblante feroz. . . .

Ni paz ni calma  
Tendré un momento,  
Mi sufrimiento  
Os acusa delante de Dios!

Mas si acaso una chispa divina  
De verdad me dejais entrever:  
En mis ojos, que el lloro ha secado,  
Hallareis espresion de placer. . . .

Y sosegado  
Mi pecho triste,  
Por cuanto existe  
No quisiera dejaros de ver!

Ya sabreis si es el odio del hombre  
El que me hace del mundo apartar,  
Cuando muestre el tesoro divino  
Que en silencio he logrado juntar;  
Porque el destino  
Que me ha tocado  
Es ignorado,  
Adorar la verdad en mi hogar!

Entre tanto que el mundo no cambie,  
Mi tímida puerta cerrada estará,  
Y del triste recluso la historia  
Sin remedio la misma será.

Su mayor gloria  
Vivir oscuro,  
Y alzar un muro  
Que contraste las ondas del mar!

Mas si un día, queridos hermanos,  
Ruines miserias quereis abolir,  
En mi frente, vecina al sepulcro,  
Placer puro vereis relucir!

Dejaré luego  
La casa mia,  
A vuestro fuego  
Vendré á reír;  
Tristeza impi,  
Misantropía,  
No sabré lo que quieren decir!

LA TIERRA-FRÍA.

A MI QUERIDO AMIGO ABRAHAM TAPIA.

Donde se marchitaba mi existencia:  
Tú has podido vivir en dulce calma;  
Es á veces hermoso el sufrimiento,  
Pero es mas bella la quietud del alma.

\*\*\*

De México en el valle delicioso  
Feliz dejaba resbalar mi vida,  
Cuando por un destino misterioso  
Sentí en el alma dolorosa herida! . . .

Y aborreciendo el esplendente cielo,  
La tibia luz y el aire perfumado,  
En apartado solitario suelo  
Buscó la paz mi corazón llagado.

Las variadas zonas tropicales,  
Próximos muestran diferentes climas,  
Y al pie tal vez de las nevadas cimas  
Se estienden abrasados arenales. . . .

Dejando, pues, bajo su sol de fuego  
A México mecido en la alegría,  
Pedí el alivio de letal sosiego  
A las neblinas de la tierra-fría.

Romántico retiro fué mi asilo  
Que en parte ya la destrucción derrumba,  
Tan solitario siempre y tan tranquilo  
Como el recinto de ignorada tumba.

Los verdes musgos, sobre toscas piedras  
Su muelle alfombra por do quiera tienden,  
De antiguos techos las hojosas hiedras  
Sobre paredes rotas se desprenden. . . .

Allí profundizaba mis pesares  
Al resplandor de solitaria llama,  
Oyendo los monótonos cantares  
Del ave triste que las sombras ama.

Érale grato á mi tenaz tormento  
Mecerse de la noche en las quimeras,  
Mientras silbaba sin cesar el viento  
En las cañas de secas sementeras.

Triste la frente, la mirada incierta,  
Las vibraciones del reloj contaba,  
Y en cada oscilacion me figuraba  
Ver alejarse una esperanza muerta!

O bien, abriendo al campo mi ventana,  
Inmenso mar de oscuridad veía,  
Y el débil brillo de una luz lejana  
Donde el pastor sin inquietud dormía.

Del marz las fantásticas hileras  
 Un ejército inmóvil semejaban,  
 Y con eco doliente resonaban  
 Del indio las canciones lastimeras.

¡Cuán ignorantes y felices viven  
 Hambrientos y desnudos esos seres;  
 Y sin cuidar del porvenir, reciben  
 Indiferentes penas y placeres!

Tanta miseria y tanta confianza,  
 Tal abandono y tan dichosa vida!  
 En su inocente corazón anida  
 La inextinguible luz de la esperanza. . . .

Simpatizando así mi pesadumbre  
 Con el genio que habita aquel retiro,  
 Pábulo daba á la espirante lumbre,  
 Y exhalaban mis labios un suspiro.

La grata calma del nocturno duelo  
 Entre sus sombras un misterio encierra. . . .  
 Es evidente que se inclina el cielo  
 En el silencio, á consolar la tierra.

Y el alma de sus lazos desprendida,  
 A las regiones del no ser volaba,  
 Hasta que el dedo ardiente de la vida  
 El frío hielo de mi sien tocaba!

¡Qué triste es despertar cuando la pena  
 Cada latir del corazón devora,  
 En tanto que en la atmósfera serena  
 Un sol de fuego el horizonte dora!

Mas allí las miradas no ofendian  
 Imágenes risueñas de ventura;  
 Lánguidas en la tétrica llanura  
 Las pálidas neblinas se tendían. . . .

Todo era triste; y al abrir mi puerta  
 La densa masa de confusa niebla  
 Que hasta el confin del horizonte puebla,  
 Se introducía en la mansión desierta!

A lo lejos los árboles gigantes,  
 Fantasmas de los campos solitarios,  
 Parecían ancianos vigilantes  
 Llorando sobre lechos funerarios.

Mas allá, cual pirámide de nieve,  
 La torre de una rústica capilla  
 Envuelta casi en el sudario leve,  
 Dejaba ver su construcción sencilla. . . .

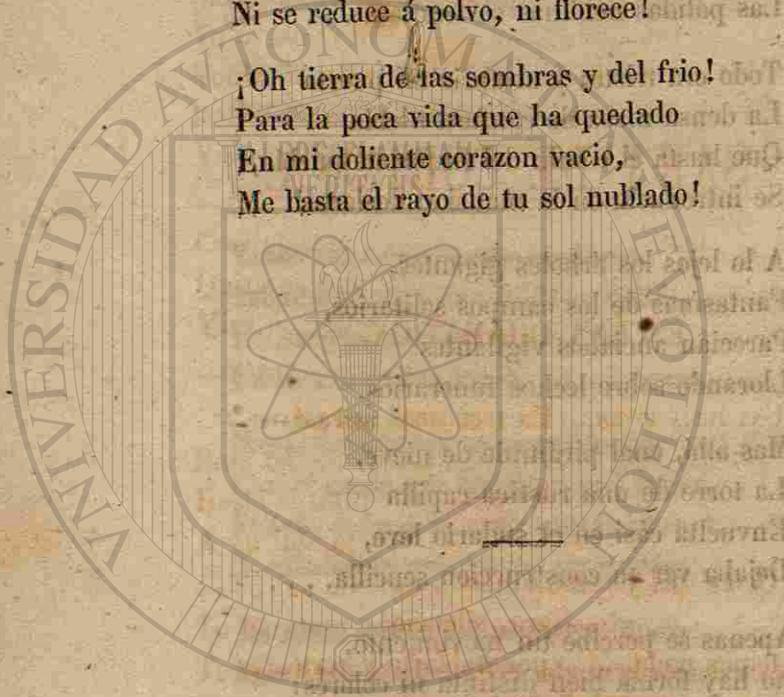
Apenas se percibe un movimiento,  
 No hay forma bien distinta ni colores;  
 Solo se escucha el dolorido acento  
 Del indio que comienza sus labores. . . .

Al través del confuso cortinaje  
 De la menuda lluvia que descende,  
 Se ve á veces el pálido paisaje  
 Como ilusión que apenas se comprende. . . .

En los vagos contornos nebulosos  
 Los rústicos objetos confundidos,  
 Parece que fantasmas misteriosos  
 Pasean por los campos adormidos. . . .

Y el alma en el silencio se adormece  
Como la planta que cubriera el hielo,  
Sin ver la luz del esplendente cielo  
Ni se reduce á polvo, ni florece!

¡Oh tierra de las sombras y del frío!  
Para la poca vida que ha quedado  
En mi doliente corazón vacío,  
Me basta el rayo de tu sol nublado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## SARA DE CÓRDOVA.

### ESCENA DRAMÁTICA.\*

(UNA JUDÍA JÓVEN. UN INQUISIDOR DISFRAZADO.)

—¿QUÉN sois y cómo audaz. . .

—Sara, silencio!

No temas nada. . . por hablarte y verte. . .

—Ester! socorro! Ester!

—Silencio ó muerte! *(amenazándola)*

Que á todo estoy resuelto, vive Dios! *(con un puñal.)*

En tu casa no entré para volverme

Como un imbécil. . . calla ó te asesino!

—Santo Dios!

—Ya te he dicho que el destino ®

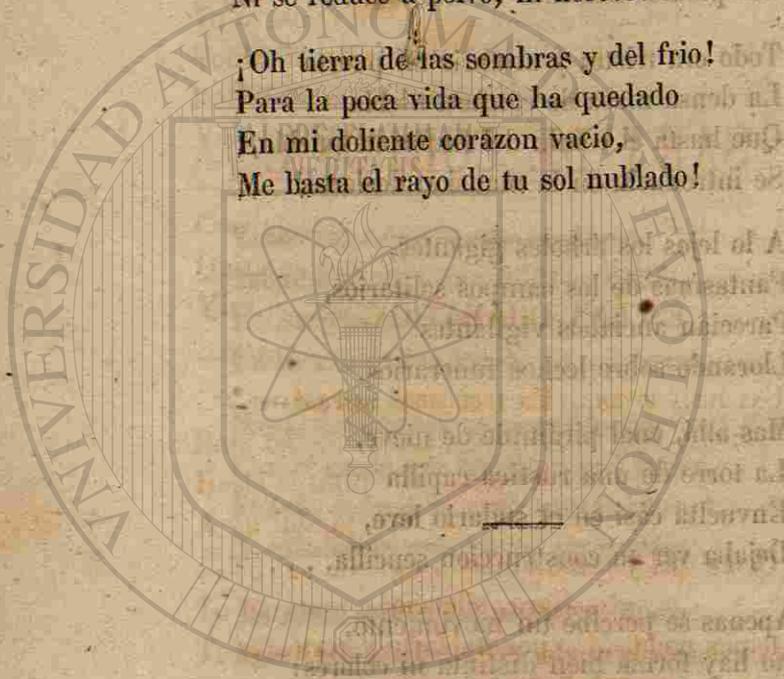
Con fatídico lazo nos unió!

—Pero quién sois?

\* Esta escena pertenece á un drama que se ha suicidado convencido de su poco valer,  
y temeroso de sufrir el tormento llamado "censura" y otros. . .

Y el alma en el silencio se adormece  
 Como la planta que cubriera el hielo,  
 Sin ver la luz del esplendente cielo  
 Ni se reduce á polvo, ni florece!

¡Oh tierra de las sombras y del frío!  
 Para la poca vida que ha quedado  
 En mi doliente corazón vacío,  
 Me basta el rayo de tu sol nublado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## SARA DE CÓRDOVA.

### ESCENA DRAMÁTICA.\*

(UNA JUDÍA JÓVEN. UN INQUISIDOR DISFRAZADO.)

—¿QUÉN sois y cómo audaz. . .

—Sara, silencio!

No temas nada. . . por hablarte y verte. . .

—Ester! socorro! Ester!

—Silencio ó muerte! *(amenazándola)*

Que á todo estoy resuelto, vive Dios! *(con un puñal.)*

En tu casa no entré para volverme

Como un imbécil. . . calla ó te asesino!

—Santo Dios!

—Ya te he dicho que el destino ®

Con fatídico lazo nos unió!

—Pero quién sois?

\* Esta escena pertenece á un drama que se ha suicidado convencido de su poco valer,  
 y temeroso de sufrir el tormento llamado "censura" y otros. . .

—Un hombre que te adora (*desembozándose.*)  
 Y que sin tí detesta la existencia;  
 Un hombre que no mas en tu presencia  
 Siente agitado el corazon latir.  
 Yo te amo con delirio, y esta hoguera  
 Voraz, inextinguible, que me abrasa,  
 De los comunes límites traspasa  
 Y sin poseerte yo no sé vivir!  
 —Callad! callad, y no esperéis que nunca  
 Corresponda á ese fuego que el infierno  
 Quizá os comunicó, y el Dios eterno  
 Mira desde los cielos con horror!  
 —Sara!  
 —No lograreis amedrentarme,  
 Pues aunque muerta á vuestros piés cayera,  
 Hasta el último instante aborreciera  
 A un infame cobarde seductor!  
 —Tú me aborreces, pero yo te adoro,  
 Tu hermoso rostro mi pasión atiza,  
 Tu esbelto talle, tu mirar me hechiza,  
 Y tu ser se apodera de mi ser!  
 Contigo sueño, con tu imágen vivo;  
 Por alcanzar la dicha de poseerte,  
 No me aterra ni el crímen ni la muerte,  
 Contigo solo encontraré placer!  
 Desde que ví tu celestial imágen,  
 Indefinible afán mi pecho llena;  
 Y si de tí me alejo, amarga pena  
 Atormenta mi esclavo corazon!  
 Ni los arduos cuidados de mi empleo,  
 Ni en el templo apartarte de mí puedes,

Tu sombra se dibuja en las paredes  
 Oscuras de la triste Inquisicion! . . .  
 —Vos un inquisidor!  
 —Sí! . . . no pretendo  
 Ocultártelo, Sara; está en mi mano  
 La espada formidable que el cristiano  
 Terrible empuña, vengador de Dios!  
 Sirvo á la inquisicion. . . yo nada creo;  
 Mas hago á los herejes dura guerra,  
 Y hasta no esterminarlos de la tierra,  
 Sembraré en sus hogares el terror!  
 —¿Y así un ministro de la fe persigue  
 A infelice mujer que no le ofende?  
 Y un sacerdote del Señor se enciende  
 En tan impura criminal pasión!  
 Así puede un ilustre caballero  
 Que al cinto lleva, como noble, espada,  
 Despedazar, sin contenerle nada,  
 De una mujer el débil corazon!  
 —Yo no soy sacerdote, ni tampoco  
 Soy caballero. . . miro con desprecio  
 Ese vano oropel. . . no soy tan necio  
 Que al honor sacrifique mi placer.  
 Tosco soldado fui, feroz pirata  
 En las revueltas olas del oceano,  
 Mas de una vez el pabellon cristiano  
 Hice pedazos con altivo pié!  
 Hoy sirvo al *Santo Oficio* que me cubre  
 Debajo de su hipócrita careta;  
 Pero hoy, como ayer, nada respeta  
 Sobre la tierra el corazon audaz!

Hoy en vez de lanzarme á los peligros  
 En el ciego furor del abordaje,  
 Hago el papel de santo personaje  
 Y rezo y voy al templo. . . . nada mas!  
 ¿Piensas que esta funesta vestidura  
 Y la hipócrita sombra de mi frente,  
 Hayan helado el corazón ardiente  
 Del hijo de la sangre y de la mar?  
 No! te amo, y serás mía. . . . por lograrlo  
 A merced del azar juego mi vida:  
 Ya sabes mi pasión. . . . enternecida  
 Podrás amarme alguna vez?

—Jamás!

—Jamás! . . . Sara de Córdoba! judía  
 Eres, no me lo niegues. . . . nada ignoro. . . .  
 Y Samuel y Jacobo. . . . con el oro  
 Nada puede ocultárseme, lo sé!  
 Los judíos en México perecen  
 En la hoguera. . . . mas tú puedes salvarte  
 Y salvar á los tuyos . . . adorarte  
 Desde el momento que te ví juré!

—Me dais horror! á mi infelice casa  
 No venís cual pudiera un caballero,  
 La asaltáis como infame bandolero  
 Con vil astucia, armado de un puñal!  
 ¿Y decís que me amáis? y enfurecido  
 Me amenazáis con horrorosa muerte?  
 Es mal mas tolerable, menos fuerte,  
 Que vuestro amor infame y criminal!

—Sara! mil veces resonó en tu oído  
 Tierna la voz de mi amoroso fuego;

Mas siendo inútil mi doliente ruego,  
 A la fuerza ya tengo que apelar. . . .  
 No sé retroceder; ó dulce y grata  
 Premias esta pasión en que me abraso,  
 Y á mí te unes con eterno lazo,  
 O mi ciego furor debes temblar!  
 —Vete, monstruo infernal! . . . yo nada temo  
 Limpia de todo crimen mi conciencia,  
 Aléjate de aquí, que tu presencia  
 Es para mí el suplicio mas atroz!  
 Si ardiente sed de sangre te devora  
 Cruel inquisidor, vierte la mía!  
 Pero no esperes, no, que una judía  
 Por vil temor te entregue el corazón!  
 —A compasión me mueves. . . . si me amas  
 Te elevaré un altar aquí en mi pecho,  
 Sola tú sobre mí tendrás derecho,  
 Y de rodillas yo te serviré!  
 Mas si esquivas me arrojas. . . . muy en breve  
 En oscura mazmorra sepultada,  
 Con tu infame Samuel, vas acusada  
 Ante los tribunales de la fe! . . .  
 —Acusados nosotros! ¿cual delito  
 Nuestra pura inocencia mancharia?  
 —Tan pronto lo olvidaste? . . . eres judía,  
 Y en la hoguera tu vida acabará!  
 Ten piedad de tí misma. . . . tú no sabes  
 Lo que es el tribunal. . . . mas yo te ofrezco. . . .  
 Me amarás algun día?  
 —Te aborrezco!  
 —Si me aborreces, Sara, morirás!  
 —Antes la muerte que tu amor horrible

Penetre al corazón que te detesta,  
 Antes que amarte, á esa mansion funesta  
 Cargada de cadenas bajaré!  
 Y aun allí, libre entre los duros hierros  
 Podré como á n. olvido aborrecerte,  
 Y Dios piadoso me enviará la muerte  
 Poniendo fin á mi destino cruel!  
 —Sí! confía en Dios que tu proscrita raza  
 Ve con placer quemada en una hoguera,  
 Espera, jóven cándida, sí, espera!  
 Muy pronto ha de acabarse tu ilusion! . . .  
 La sola ley que impera sobre el mundo  
 Es la ley del mas fuerte. . . . á ella me atengo. . . .  
 Si no cedes á mí, te lo prevengo,  
 Su infierno te abrirá la inquisicion!  
 Tres dias te concedo. . . . en ese tiempo  
 Lo que mas te conviene reflexiona!  
 Y no pienses no mas en tu persona,  
 No olvides á tu padre ni á Samuel! . . .  
 Alguno viene. . . . á esa calleja oscura  
 Debo volver. . . . por donde? . . . esa ventana. . . .  
 Nada digas. . . . tu lengua. . . . si liviana  
 Es con tu amor, te perderás con él! . . .  
 —¡Huye, traidor. . . . ya se acerca  
 Mi caballero, su espada  
 Reduciria á la nada  
 Tu villana avilantez!  
 Tú que asaltaste mi casa  
 Como bandido sin nombre,  
 Al mirarte frente á un hombre  
 Te arrastráras á sus piés!! . . .

## ORACION INUTIL. VENGANZA.

TRADUCCION DE SAKENSPEARE.

EL REY.

Me dice la conciencia que mi fatal delito  
 Exhala hácia los cielos un pestilente olor! . . .  
 Contra mi crimen se alza eterno, horrible grito,  
 Del primer fraticida funesta maldicion!

Orar no puedo! . . . en vano quiere elevarse el alma!  
 Excede el peso enorme del crimen á la fe. . . .  
 En opuestos afectos vacilante y sin calma,  
 Hundido en la tiniebla por do empezar no se.

Mas aunque me formase la sangre de mi hermano  
 Una horrorosa mancha, una costra fatal  
 Mas pesada y espesa que esta maldita mano, . . .  
 ¿Lavarla no podria la gracia celestial?

¿De qué sirve la fuente de la bondad divina  
Si no borra el delito; y de qué la oracion  
Si no sostiene al débil que la maldad inclina,  
Si no alcanza al culpado el celestial perdon?

Roguemos! sí, roguemos! . . . el crimen está hecho!  
Mas ¡ay! ¿de qué manera mi súplica espresar? . . .  
Perdon á mi atroz crimen? . . . no tengo, no, derecho,  
Y ni débil motivo me queda de esperar! . . .

Imposible! el Eterno jamás, jamás perdona  
Al que el fruto del crimen abriga con placer. . . .  
Y yo conservo el trono, la esposa y la corona  
Que el cruel asesinato me hicieron cometer!

En el mundo con oro la justicia se aleja,  
El crimen con sus frutos adquiere impunidad;  
Mas allá arriba, inútil es la excusa y la queja,  
Y aparece desnuda la horrible realidad!

Qué recurso me queda? del arrepentimiento  
Es grande la eficacia. . . . ¿mas cuál es su poder  
Con el que arrepentirse no puede ni un momento?  
¡Situacion espantosa que me hace estremecer!

¡Oh conciencia tan negra como la muerte misma! . . .  
Has caido en el lazo, alma mia infeliz!  
Tu esfuerzo miserable te confunde y abisma. . . .  
Ángeles socorredme! rogad á Dios por mí!

Dóblense mis rodillas y mi altanera frente. . . .  
Tú, corazon, las fibras de acero ablanda ya  
Cual las del tierno niño al nacer inocente,  
Y no es perdido todo. . . . piedad podré esperar!

HAMLET.

La ocasion es propicia. . . . está rezando.  
Muera! . . . pero si muere en este instante  
Su alma el cielo alcanza  
Y no se satisface mi venganza.  
Reflexionemos! . . . muere asesinado  
Mi padre á manos de ese infame. . . . ahora  
Yo abro el cielo al malvado. . . .  
Recompensa seria y no castigo!  
Él ha muerto á mi padre en una hora  
En que sumido en locos devaneos,  
Como *al calor del sol crecen las plantas,*  
Crecian sus pecados y deseos.  
Y quién sabe la cuenta formidable  
Que en el severo tribunal del cielo  
Habrá rendido al juez inexorable?  
Segun la sombra dice, una sentencia  
Terrible le condena—¿mi venganza  
Será inmolar al pérfido asesino  
Cuando el alma prepara y purifica  
Para emprender ese fatal camino? . . .

.....  
Vuelve, espada, á la vaina! . . . espera, espera  
El momento de golpe mas terrible. . . .  
Cuando en medio de impura borrachera  
Duerma, ó furiosa cólera le agite,  
Cuando torpes placeres solicite  
En incestuoso lecho, ó en el juego,  
Cuando blasfeme con impío labio  
Y mas distante se halle de salvarse,  
Hiérele sin piedad! vuelva la espalda

Al cielo y pueda su alma condenarse  
 Negra como el infierno que la trague! . . .  
 Vive asesino! . . . arrastra tu existencia  
 Y tus días contados. . . al presente  
 Te concedo una regua solamente!

EL REY.

Mis palabras se elevan,  
 Mis pensamientos se hunden en el suelo.  
 A las palabras solas no oye el cielo!

## LA NOCHE TRISTE.

## IMITACION DE LA SEÑORA AVELLANEDA.

El genio en sus momentos de inspiracion  
 adivina lo que no ha visto, y cuando imprime  
 su sello sobre los acontecimientos pasados,  
 no es dado á los hombres cambiarlo.

SINIÉSTRA y borrascosa

Calló la noche del oscuro cielo  
 Sobre Tenoxtitlan adormecida,  
 Que devoraba su profundo duelo,  
 Ante las plantas de Cortés rendida.  
 Lluvia tenaz los techos azotaba  
 Con triste son. . . en las desiertas plazas  
 Torbellinos de polvo levantaba  
 El viento, al par que destempladas quejas,  
 En torno de los Teócalis oscuros;  
 Ya penetrando por las altas rejás,  
 O ya batiendo los macizos muros.

Al cielo y pueda su alma condenarse  
 Negra como el infierno que la trague! . . .  
 Vive asesino! . . . arrastra tu existencia  
 Y tus días contados. . . al presente  
 Te concedo una plegua solamente!

EL REY.

Mis palabras se elevan,  
 Mis pensamientos se hunden en el suelo.  
 A las palabras solas no oye el cielo!

## LA NOCHE TRISTE.

## IMITACION DE LA SEÑORA AVELLANEDA.

El genio en sus momentos de inspiracion  
 adivina lo que no ha visto, y cuando imprime  
 su sello sobre los acontecimientos pasados,  
 no es dado á los hombres cambiarlo.

SINIÉSTRA y borrascosa

Calló la noche del oscuro cielo  
 Sobre Tenoxtitlan adormecida,  
 Que devoraba su profundo duelo,  
 Ante las plantas de Cortés rendida.  
 Lluvia tenaz los techos azotaba  
 Con triste son. . . en las desiertas plazas  
 Torbellinos de polvo levantaba  
 El viento, al par que destempladas quejas,  
 En torno de los Teócalis oscuros;  
 Ya penetrando por las altas rejas,  
 O ya batiendo los macizos muros.

Ninguna voz humana se escuchaba,  
 Eran do quier profundas las tinieblas:  
 Y solamente al resplandor escaso  
 Del eléctrico fuego, se veían  
 Sombras que espanto al ánimo infundían  
 Al deslizarse con furtivo paso. . . .  
 Y un eco sordo, al parecer salido  
 De las hondas entrañas de la tierra,  
 Donde yacían los paganos dioses,  
 Hacia vibrar en el atento oído  
 El rumor estridente de la guerra;  
 Mientras la tempestad en lontananza  
 Sobre el volcán colérica rugía,  
 Y aguardar impaciente parecía  
 Hora terrible de fatal venganza! . . .

Inquietos los guerreros de Castilla  
 Dentro de su apartado alojamiento  
 Aprestaban las armas y corceles,  
 Porque un aterrador presentimiento  
 (Sombra tal vez del inminente estrago)  
 Había penetrado en sus cuarteles.

Y no eran ya los fieros adalides  
 Que arrostraron con bárbaro ardimiento  
 De Veracruz en las ardientes playas,  
 El ciego azar de interminables lides. . . .  
 Ora con inquietud y miedo vago  
 Recordaban las hórridas crueldades  
 Cometidas en pueblos inocentes,  
 Los campos asolados, las ciudades  
 Destruídas, las vírgenes dolientes  
 A sus piés arrastrándose angustiadas,

En sus brazos torciéndose llorosas;  
 Y al filo del acero, ó al deseo,  
 Con duro corazón sacrificadas,  
 Sin otro crimen que el de ser hermosas!  
 Y sin saber por qué les parían  
 Inciertos ya los venturosos hados;  
 Y decreto implacable de la suerte  
 Que al peso de sus crímenes hallasen,  
 En los campos de Anáhuac profanados  
 Aquella noche desastrosa muerte!

En vano al pecho el acerado peto  
 Con vacilante mano acomodaban  
 Tras él guardando su terror secreto;  
 En vano, completando la armadura,  
 Tras un muro de hierro se escondían. . . .  
 Al resonar de la flexible malla  
 Sobre el pecho turbado y afanoso,  
 No brotaba el aliento generoso  
 Que asegura del triunfo en la batalla! . . .  
 Torva la faz, callados, abatidos,  
 Ceñían el arnés pesadamente,  
 Halagaban la crin de sus corceles  
 Con insólito afán. . . . sobre su frente  
 Se pintaba el espanto, y en el suelo  
 Quizá buscaban un lugar sin sangre  
 Donde dormir, bajo extranjero cielo!  
 Si bien algunos, en su audacia loca,  
 Alentaban fanática esperanza;  
 Y endurecidos ya sus corazones,  
 Revolviendo blasfemias y oraciones  
 Gozaban al rumor de la matanza!

En tanto Hernan Cortés (negar no puedo  
 El valor al tirano de mi patria)  
 Cortés en tanto, inaccesible al miedo,  
 Bajo de la visera levantada  
 Dejaba ver el pálido semblante;  
 Y se apoyaba en su triunfante espada  
 Con ademan sereno y arrogante. . . .  
 No se ocultaba empero á su mirada  
 El pánico terror de sus guerreros;  
 Y deseando alentarlos á la vista  
 Para ellos siempre mágica del oro  
 Que los iba arrastrando á la conquista,  
 Mandó les descubriesen el tesoro  
 De Moctezuma. . . . un rayo de contento  
 Brilló en todos los ojos. . . . la codicia  
 Animó los semblantes al momento;  
 Y olvidando peligros y terrores,  
 A contemplar corrieron con delicia  
 Los rapaces guerreros castellanos,  
 Las espléndidas joyas y metales  
 Que en las venas de América circulan,  
 Causa fatal de sus acerbos males!

No mas veloz sobre indefensa presa  
 Se desprende el alcon. . . . ávidas manos  
 Cuanto pueden abarcan con presteza,  
 Registran por do quiera los rincones  
 Trémulas de codicia, sin sosiego,  
 Tratan de arrebatarse mutuamente  
 El botin anhelado. . . . brilla el oro  
 Un momento fugaz, brilla el acero  
 Despues desnudo á los voraces ojos

Del torpe y ambicioso compañero  
 Que esperando lograr otros despojos,  
 Aplaza la venganza, se retira,  
 Y á todas partes codicioso mira! . . .  
 No racionales seres parecian  
 Bregando sobre el suelo polvoroso,  
 Donde con ansia torpe se arrastraban;  
 Sino fieras que en antro cavernoso  
 Se disputan con furia devorante  
 Un pedazo de carne palpitante!  
 Al verlos los guerreros de Tlaxcala,  
 Dejaban asomar sus blancos dientes  
 Con sardónica risa, recordando  
 Que en tiempo no remoto, aquellas gentes  
 De instintos tan mezquinos y feroces,  
 A las que el oro la razon perturba,  
 Les parecieron inmortales Dioses!

Joyas, metales, ropas y plumajes,  
 Todo fué arrebatado y conducido  
 Con voraz avidez á los vagajes;  
 Quedándose además cada soldado  
 Inminente la lid, mas que debiera,  
 Con el botin magnífico abrumado!  
 En tal momento, aprovechó el caudillo  
 El frenesí de la codicia hispana.  
 Ordenóse la marcha: algunas horas  
 Antes que despuntase la mañana,  
 Salió la tropa de ávidos tiranos,  
 De terror y codicia poseida,  
 Sin parecer notaban su partida  
 En profundo estupor los mexicanos!

Ejemplo dando á su animosa guardia,  
Cortés y Sandoval iban delante:  
Despues el escuadron desordenado  
De Tlaxcala, fijando á retaguardía  
Su pié sangriento el bárbaro Alvarado!

## II

A favor de la noche tenebrosa  
Cual conviene á tiranos y bandidos,  
Atravesó la tropa silenciosa  
De la ciudad los barrios y cuarteles  
En profundo silencio sumergidos,  
Ni una palabra sola, ni un acento,  
Pronuncia el español ni el tlaxcalteca. . . .  
Cuanto es dable contienen el aliento:  
Y si marca el corcel una pisada,  
Estienden por los ámbitos oscuros  
Recelosa é inquieta la mirada,  
El metálico son de sus tesoros  
Ahogan, y el rumor de la armadura. . . .  
Tal vez escucha su áspero crujido  
El feroz enemigo guarecido  
Entre las sombras de la noche oscura,  
Do lo desvela inquieto la esperanza  
De que aun ofrezcan sus vencidos dioses,  
Algun dios favorable á la venganza!

Así temblando jefes y soldados,  
De la imperial Tenoxtitlan salian;  
Y de temor y de botin cargados,  
Su salvacion de las tinieblas fian,

Y cual si el sueño derramado hubiera  
Letal sopor en todo cuanto existe,  
Sus ojos solo hallaban por do quiera,  
Favorables á un tiempo y azarosas,  
Las mudas sombras de la noche triste!

Atrás, dejando la ciudad dormida,  
Despues de larga marcha silenciosa,  
Asentaron la planta en las calzadas  
Guerreros y corceles, respirando  
Cual si tornasen á sentir la vida,  
Con júbilo las brisas perfumadas  
De la orilla florida,  
Donde, al vaiven de las serenas olas,  
Flotando van magníficos jardines  
Cubiertos de claveles y amapolas.  
Allí el brio recobran y el aliento  
Los opresores de region tan bella:  
Y creyéndose libres de peligro,  
Alzan al cielo fervoroso acento  
Dándole gracias por su buena estrella! . . .

Al mismo tiempo del oscuro lago  
Se alzó vibrante fúnebre gemido,  
Que en los lejanos montes repetido,  
Llenó de espanto el horizonte vago! . . .  
Eléctrico terror de los guerreros  
Invadió el corazon. . . . aquel acento  
Vencedor del silencio de la noche,  
Parecióles un grito de contento  
Por el genio del mal articulado. . . .  
Y quedaron inmóviles las filas,

Fija la vista y el oído atento,  
 Sucumbiendo al horror inesperado,  
 Cual tropa de fantasmas colosales  
 Que creyendo tocar el paraíso,  
 Pisasen las regiones infernales! . . .  
 Cada guerrero penetrar intenta  
 La sombra espesa de la noche oscura;  
 Y en hondo afán el sepulcral silencio  
 Que reina en torno, interrogar procura. . . .

¿Cuál puede ser el genio que á deshora  
 Turbó la calma de la noche fría?  
 ¿Un grito fué de bárbara alegría,  
 O triste acento de mujer que llora?  
 ¿Acaso el viento al revolver las olas  
 Causa importuno ese rumor siniestro  
 En torno de las huestes españolas? . . .  
 ¿Y las sombras que surgen en el lago  
 Y se deslizan rápidas y mudas,  
 Son acaso las almas condenadas  
 De los tiranos, que al dejar sañudas  
 La mansion infernal de los dolores,  
 Allí se agolpan, con sonrisa fiera,  
 A despedirse por la vez postrera  
 De sus amedrentados vencedores? . . .

No! fiero Hernan! el corazón de bronce  
 Apercibe á la lid, son los esclavos  
 Que tu planta pisó! . . . rotos los hierros,  
 Ora te asaltan cual leones bravos,  
 Ora se acercan con el odio audaces  
 A destrozar tus fugitivas haces,

A cebarse en la bárbara matanza,  
 Y apagar en tu sangre aborrecida  
 La abrasadora sed de la venganza,  
 O terminar el odio con la vida!  
 Los mexicanos son! bien puedes verlos  
 Del relámpago al cárdeno vislumbre,  
 Aproximarse en número infinito,  
 Cubriendo la confusa muchedumbre  
 De leves barcas, el revuelto lago  
 Desde la falda del volcan sublime,  
 Hasta donde las aguas silenciosas  
 Con peso enorme la ciudad oprime!  
 Los mexicanos son! ¡bravos guerreros  
 Del quinto Carlós! que la cruz divina  
 Signo de salvacion para la tierra,  
 Llevais unida á bárbaros aceros,  
 Hasta do el mundo de Colon termina!  
 Los mexicanos són! aventureros  
 Rapaces de Castilla. . . . es imposible  
 Salud hallar en vergonzosa huida. . . .  
 Allí está el indio en su furor terrible,  
 Las águilas de Anáhuac os rodean:  
 Mirad si el hierro salva vuestra vida,  
 Mirad si el fuego cambiará la suerte;  
 Y pues que sois los dioses de la guerra,  
 Atestad de cadáveres la tierra,  
 O recibid ignominiosa muerte!

¿Cómo pintar los bárbaros horrores  
 De la nocturna lid?—el negro manto

De la noche piadoso los cubria;  
 Si bien escenas de furor y espanto  
 La luz fugaz del rayo iluminaba,  
 O las teas, que manos convulsivas  
 Llevaban sobre el campo de la lucha,  
 Reflejando sus llamas vacilantes,  
 En la pálida frente de los muertos  
 O de sangre en los charcos humeantes!  
 A la honda calma que momentos antes  
 Reinó en el lago, sucedió el ruido  
 Sin transición. . . . el bárbaro alarido  
 De inmensa muchedumbre enfurecida  
 Subió al cielo, venganza demandando,  
 Mientras sobre las olas resbalando  
 Rápidas barcas, miles de guerreros  
 Ébrios de saña, de venganza ansiosos,  
 A estrellarse volaban animosos  
 En el corto escuadron de los iberos,  
 Que ya depuesto el pánico desmayo,  
 Los aguardaba firme en las calzadas  
 Las aceradas manos preparadas  
 Para lanzar sobre su frente el rayo!

Fué horrible y desigual el primer choque!  
 Apenas los aztecas alcanzaron  
 La peligrosa orilla, brotó el fuego  
 En hirviente volcan de los cañones;  
 Y los guerreros, que en su arrojo ciego,  
 Saliendo de las aguas se lanzaron  
 Frente á los broncees, con altivos pasos,  
 Volvieron á caer sobre las olas  
 Informes masas, hechos mil pedazos!

Mientras otros que el fuego recibian  
 Del arcabuz en el desnudo pecho,  
 Trémulo el pié sobre el recinto estrecho,  
 Ante el armado vencedor caian! . . .

Mas ¿á qué describir tantos horrores?  
 La pluma se resiste, y el aliento  
 Me falta. . . . al remedar el ronco acento  
 De la muerte y los bélicos furores,  
 Paréceme que en torno se levantan  
 Torvos fantasmas de mirar terrible,  
 Pálida faz, sangrientas cabelleras,  
 Que con aullidos de rabiosas fieras  
 Bebiendo sangre la venganza cantan! . . .  
 Y que van sepultándose en el lago  
 Mil víctimas, con ansias congojosas,  
 Sobre bultos extraños y deformes  
 Cerrándose las aguas silenciosas.  
 Mientras el negro genio del abismo  
 Meciéndose en las nubes agitadas,  
 Gozándose en el triste fatalismo,  
 La destruccion de infieles y cristianos  
 Aplaude con sonoras carcajadas!

Horrible noche! . . . al fin el claro dia  
 Asomó sobre el campo de batalla,  
 Revelando la atroz carnicería  
 Cumplida en las tinieblas—por do quiera  
 La luz del sol heria,  
 En los fragmentos de acerada malla  
 Sembrados en el polvo, en la cimera  
 Hollada, y el escudo relumbrante,

Y el solitario casco desprendido  
 De la sangrienta frente,  
 Que á cubrir en la lid no fué bastante!  
 Los mónstruos espantosos  
 De doble form<sup>a</sup>, y de veloz carrera,  
 Hijos del raudó viento,  
 Están sin movimiento  
 Tendidos en la plácida ribera!  
 Los hijos de los dioses,  
 La stirpe esclarecida  
 De los genios divinos del Oriente,  
 Están allí, la vencedora frente  
 En el polvo, y sin vida!  
 Y mas allá, bajo árbol magestoso  
 Sentado Hernan Cortés, rota la espada,  
 La cabeza inclinada  
 Sobre el herido pecho,  
 Al ver de sus guerreros los despojos  
 De sus ardientes ojos  
 Una lágrima vierte de despecho!

SONETOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## LA MUERTE DEL SALVADOR.

### SONETO.

Se ve del sol á la dudosa lumbre,  
Una cruz triste, un Dios agonizante,  
Y la llorosa Virgen palpitante  
Del Gólgota fatal sobre la cumbre.

Relámpagos de cárdeno vislumbre  
Atraviesan la esfera cada instante;  
Y el huracan en el confin distante  
Ruge para mostrar su pesadumbre.

Del monte en tanto hebreos y romanos  
Bajan, de Dios huyendo los enojos,  
Tintas en sangre las cobardes manos,  
De espanto lleno el corazon impío.  
Jesus los ve con moribundos ojos,  
Y murmura: «perdoná Padre mio!»

GALILEO.

SONETO.

Ex un rincón de su prisión oscura  
Callado el genio con dolor suspira  
Ante un fantasma que delante mira,  
De triste faz y negra vestidura. . . .

Es el inquisidor que grita: «abjura!»  
Renuncia de tu herética mentira!  
Dí que la tierra está. . . . «la tierra gira»  
Le contestaba el sabio con dulzura.

Añada planta hiera el pavimento;  
Y por oscuro callejón torcido  
Asoman el verdugo y el tormento. . . .

Al punto triunfa la ignorancia aleva;  
Y esclama el sabio, triste y abatido,  
«Y sin embargo, siento que se mueve!» . . . .

AL CASTILLO DE CHILLON.

SONETO DE LORD BIRON.

NUNCA tu luz resplandeció mas viva  
¡Oh sacra libertad! que entre prisiones,  
Que allí tienes tu trono en corazones  
Que solamente tu beldad cautiva!

Siempre que á un héroe saña vengativa  
Sepulta vivo en negros torreones,  
De allí la libertad de cien naciones  
Sale en alas del aura fugitiva!

Oh Chillon! tus mazmorras espantosas  
Un templo son—sus huellas estampadas  
Dejó Bonivard en tus yertas losas.

Jamás, jamás se borren sus pisadas,  
Que están allí sobre el impuro suelo,  
De los tiranos apelando al cielo!

## AL LAGO LEMAN.

SONETO DE LORD BIRON.

Rousseau, Voltaire, Gibbon, Stael divina!  
Hermoso Lemán! esos nombres bellos  
Muy dignos son de tí; y es digna de ellos  
Tu encantada ribera peregrina!

La gloria de esos sabios ilumina  
Tus bordes con magníficos destellos,  
Y marca el genio con eternos sellos  
Tus nobles monumentos en ruina. . . .

En recompensa, tu ideal belleza  
A quien cruza tus olas argentadas,  
Revela tídicemente la grandeza  
De esas ardientes almas inspiradas,  
Que en su heroísmo asombran á la historia,  
Realizando los sueños de la gloria!

## A D. SANTOS DEGOLLADO.

SONETO.

¡CUANTAS veces negó con faz airada  
La instable diosa su favor al bueno!  
Por premio hallaron un letal veneno  
Sócrates y Focion, Bruto la espada!

Mas cual rechaza un dardo la acerada  
Cota, el heróico corazón sereno,  
De altas virtudes y grandeza lleno,  
Contrasta el hado sin turbarle nada!

¡Oh de mi patria ilustre ciudadano!  
Si la sombría reina de los mares  
Te acusa injusta, con empeño vano,  
Al ver tu noble abnegacion y brío  
Grecia clamára. . . . ven á mis altares!  
Y la severa Roma. . . . es hijo mio!

## A GUATIMOCZIN.

### SONETO.

¡VICTIMA ilustre del destino aciago  
Que persigue á la América inocente!  
No necesita tu gloriosa frente  
De la fortuna el mentiroso halago!

Calló destruida la ciudad del lago  
Ante la planta de extranjera gente:  
De Moctezuma el trono delincuente  
Se desplomó con espantoso estrago.

Pero sobre las ruinas colosales  
Que causaron terror á los mortales  
¡Águila del Anáhuac moribundo!

Te levantaste tú, grande y hermoso,  
Concentrando en tu pecho generoso  
El heroísmo del perdido Mundo!

## 20 DESPUES DEL BAILE.

### SONETO.

Ex el salon donde pasó la orgía  
Está la hermosa jóven, reclinada  
Sobre oriental divan, aprisionada  
En blanda seda y rica pedrería.

En la llama de pálida bujía  
Fijaba indiferente su mirada,  
A tiempo que en la estancia perfumada  
Se deslizó la claridad del día. . . .

En la torre vibrando el bronce herido  
La alborada sonó, solemne y grave  
Himno que eleva al Hacedor la tierra. . . .

La jóven en el pecho ahogó un gemido,  
Derramando una lágrima que sabe  
Todo el dolor que en el placer se encierra!

## A LOS POETAS MEXICANOS.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS SONETO.

¡GENIOS de mi país desventurado,  
Cuanto en la soledad habeis sufrido!  
Cada verso inmortal es un gemido,  
Cada risa un sollozo sofocado. . . .

Yo, con el corazon despedazado,  
Cual niño vacilante os he seguido,  
Por un campo de sangre enrojecido,  
De marchitos laureles alfombrado!

Mas pedid al dolor nueva armonía,  
Si de un hermano en sombras del ocaso  
Algo merece el espirante ruego. . . .

Ved que respira Italia todavía,  
Donde llanto de sangre vertió Tasso,  
Y lloró el Dante lágrimas de fuego! . . . .

## ¡LACRIMARUM, FONSI!

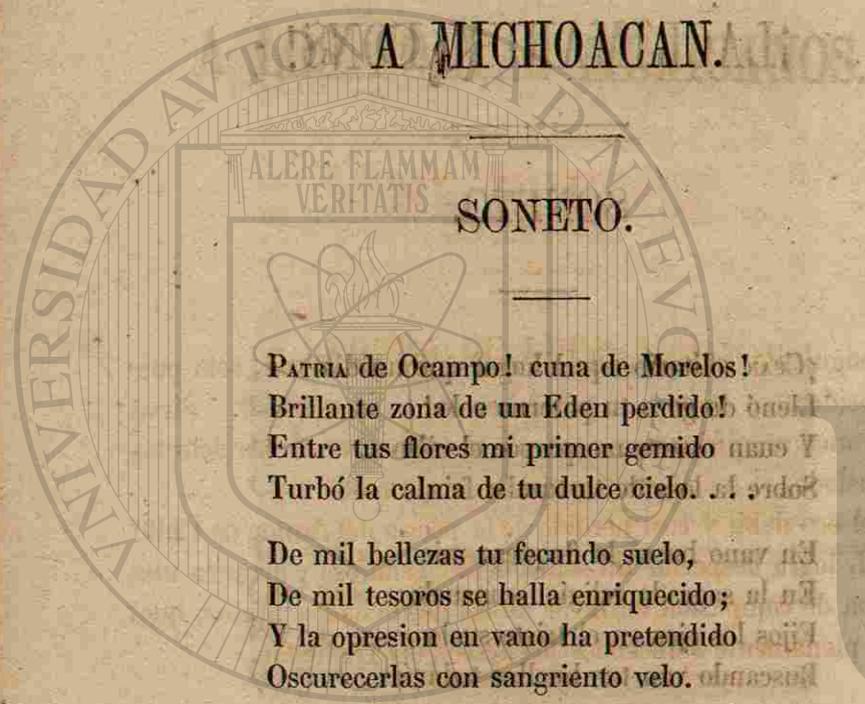
SONETO.

¡CUAN solitario aquel hogar que un día  
Llenó de gozo tu paterno celo!  
Y cuan oscuro me parece el cielo  
Sobre la losa de tu tumba fría!

En vano busca la flaqueza mía  
En la sagrada religion consuelo:  
Fijos los ojos en el triste suelo  
Buscando van tus huellas todavía. . . .

Y no derraman lágrimas; que el llanto  
Al desatar sus plácidos raudales,  
Benigno alivia el interior quebranto;

Y yo ni gozo de apacible calma,  
Ni pudiera espresarse con señales  
El hondo afán que me devora el alma!



SONETO.

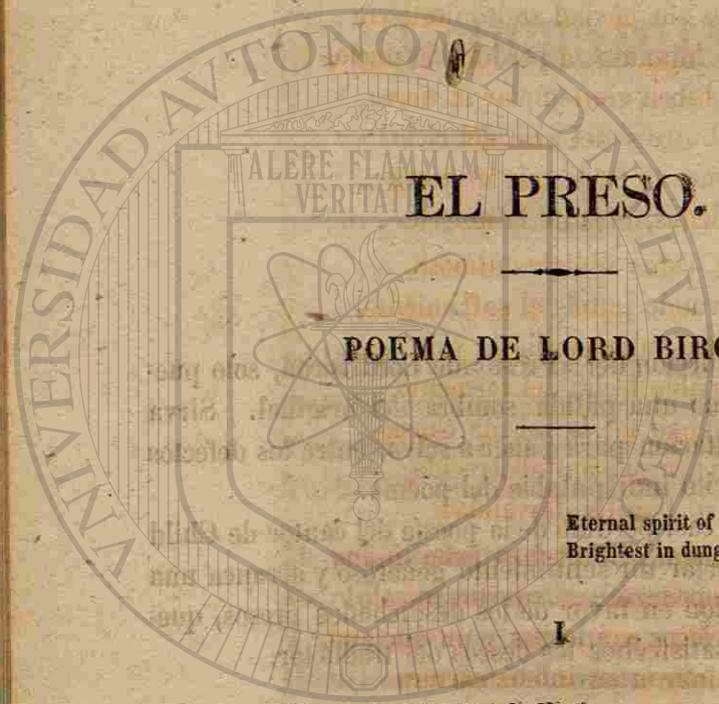
Patria de Ocampo! cuna de Morelos!  
Brillante zona de un Eden perdido!  
Entre tus flores mi primer gemido  
Turbó la calma de tu dulce cielo.  
De mil bellezas tu fecundo suelo,  
De mil tesoros se halla enriquecido;  
Y la opresion en vano ha pretendido  
Oscurecerlas con sangriento velo.

Tus hijos predilectos son dechado  
De amor patrió, virtudes y talentos,  
Y herencia noble al espirar te dejan.  
¡Feliz yo si los duros sufrimientos  
Que mi sensible pecho han desgarrado,  
Lumbre de gloria sobre tí reflejan!

EL PRESO.

La siguiente traduccion del «Preso» de Lord Byron, solo puede considerarse como una pálida sombra del original. Sirva esta franca manifestacion para poner á salvo, entre los defectos del traslado, el mérito indisputable del poema.

Si el eco débil y casi perdido de la poesia del cantor de Child Harold, logra despertar un sentimiento generoso y arranca una lágrima de compasion en favor de los desdichados presos, quedarán plenamente satisfechos los deseos del traductor.



# EL PRESO.

POEMA DE LORD BIRON.

Eternal spirit of the chainless Mind  
Brightest in dungeon Liberty thou art!

Blanco está mi cabello!  
 Mas no en verdad porque los tardos años  
 En él dejáran al pasar su sello;  
 Ni le ví en una noche encanecido,  
 Como á otros infelices asaltados  
 De improviso terror ha sucedido.  
 Yertos están mis miembros y doblados;  
 Mas no por los afanes  
 De una existencia activa:  
 Al contrario, la influencia corrosiva  
 De forzado reposo

Los redujo á ese estado, porque fueron  
 Triste presa de oscuro calabozo;  
 Y mi suerte la de esos desdichados  
 A quienes sin piedad se les destierra  
 Del trato humano, á perdurable duelo,  
 Y les prohíben contemplar la tierra,  
 Gozar del aire y del azul del cielo!  
 Por sostener la fe de mis mayores  
 Llevé cadenas, afronté la muerte. . . .  
 Mi padre, como mártir animoso,  
 No esquivando jamás el sufrimiento,  
 Con heroico valor perdió la vida  
 En el horrible lecho del tormento,  
 Confesando su fe: la misma causa  
 A esta oscura prision aborrecida,  
 Arrojó á su familia desvalida!  
 Éramos siete. . . . el fanatismo insano  
 A seis despedazó. . . . quedé yo solo!  
 Cinco heroicos mancebos y un anciano,  
 Que terminaron su infeliz carrera  
 Tal como la empezaron, oponiendo  
 Noble orgullo é intrépida energía,  
 A la rabia de odiosa tiranía!  
 Uno espiró en las llamas devorantes,  
 En los combates dos. . . . su sangre pura  
 Entusiastas vertieron;  
 Y ofreciéndola toda en holocausto  
 Al Dios que sus tiranos detestaban,  
 Como su padre, por la fe murieron!  
 De tres, en una cárcel sepultados,  
 A dos piadosa libertó la muerte:

Yo soy la única tabla del naufragio,  
Que aun sufre los rigores de la suerte!

## II

Existen en el hondo calabozo  
De Chillon, siete góticos pilares  
Negros y tristes. . . los alumbrá apenas,  
Con pálido desmayo,  
Un moribundo rayo  
De sol, que acaso resbaló perdido  
Al través de la bóveda sombría,  
Por estrecha abertura,  
Y arrastra luego en la humedad impura  
Inspirando mortal melancolía,  
Cual fosfórica luz que en el verano  
Se ve vagar en lóbrego pantano!  
Fijo á cada pilar está un anillo,  
De cada anillo cuelga una cadena,  
Ay! esos yerros roen lentamente  
Los miembros de los presos infelices.  
Mirad! como recuerdo de mi pena,  
Dejaron en mi cuerpo estas señales  
Que no se borrarán mientras exista!  
Do quier irán conmigo,  
Hasta que hundido al peso de mis males  
La grata luz del sol pierda de vista. . .  
Esa luz pura, para mí tan nueva,  
Que mirarla no pueden sin enojos  
Mis doloridos ojos,  
Acostumbrados á perpetua noche  
Durante tantos años, . . . no recuerdo  
Su número. . . ; ay de mí! . . . perdí la cuenta

El día que mi hermano desdichado  
Cansado de sufrir, murió á mi lado!

## III

Uno á cada pilar encadenaban;  
Y siendo tres en la prision sombría,  
Estábamos allí juntos y solos!  
Apenas la cadena permitía  
Dar un paso, posible era mirarnos;  
Mas la luz macilenta que alumbraba  
En la sombra los pálidos semblantes  
Tanto nuestras facciones alteraba,  
Que en algunos instantes  
Por un fatal y doloroso engaño,  
Cada uno en su interior se figuraba  
En su hermano infeliz ver un extraño!  
Hallándonos así juntos y solos,  
Sintiendo nuestros brazos las cadenas,  
Y causando su peso insoportable  
Sufrimientos doblados  
A nuestros corazones destrozados,  
Era un alivio á tan horribles penas  
Oír de nuestras voces el sonido,  
Interrumpiendo el silencioso duelo  
Cada cual á su turno,  
Con algunas palabras de consuelo!  
Uno contaba la olvidada historia  
En crónicas antiguas consignada;  
El otro al son de una canción de guerra  
Hacia robustos despertar los ecos  
En el profundo seno de la tierra. . .  
Mas aun este placer tan inocente

Pronto acabó. . . tomaron nuestras voces  
 Un acento confuso y estridente,  
 Eco de la prision, sordo, angustioso,  
 Bien distinto del que antes producian,  
 Lleno de encanto libre y armonioso!  
 Sin duda fué fantástica quimera  
 Que mi débil espíritu turbaba;  
 Mas nuestro acento para mí no era  
 El que en las altas bóvedas sonaba! . . .

## IV

Yo era el mayor; y mi deber sin duda  
 Alentar el valor de mis hermanos. . .  
 Hice, en verdad, cuanto me fué posible  
 Y los otros también: el mas pequeño  
 A quien amaba con pasión mi padre,  
 Porque eran sus facciones fiel diseño  
 Del apacible rostro de mi madre,  
 E igual á ella en sus hermosos ojos,  
 Blandos y azules como el mar en calma,  
 Era el que mas me destrozaba el alma!  
 Y aunque faltase el maternal cariño,  
 ¿Quién no mostrara corazón sensible  
 Viendo encerrado á tan precioso niño  
 En un lugar tan tétrico y horrible?  
 Era tan bello como el claro día  
 (Cuando era el día para mí mas grato  
 Que á las soberbias águilas que vuelan  
 En el espacio, llenas de alegría).  
 Bello como uno de esos días polares  
 Hijos del sol, bajo el ropaje frío  
 De la nieve, que sombra no conocen

Hasta el morir de prolongado estío.  
 Y á su belleza el jóven apreciable,  
 Reunia un corazón cándido, amable,  
 Y una mente tan pura y tan serena,  
 Que su ingenua alegría  
 Únicamente lágrimas tenia  
 Para llorar la desventura agena!  
 Entonces sí, corrían ardorosas  
 De sus ojos dos fuentes,  
 Como bajan, en ondas presurosas,  
 Crecidos con la lluvia los torrentes! . . .

V

Era igualmente generoso y puro  
 El corazón del otro; mas templado  
 Para la lucha y el combate duro.  
 Ágil, robusto, activo y denodado  
 En los azares de naval armada  
 Muriera con placer como valiente  
 Sonriendo á la lid ensangrentada;  
 Mas no estaba formado ciertamente  
 Para languidecer en las prisiones;  
 Al ronco son de la cadena odiosa  
 Se estremecía su alma generosa!  
 Observé que en silencio declinaba  
 Su valor, ¡ay de mí! también moria  
 El que en mi triste corazón quedaba! . . .  
 Y sin embargo cuanto pude hice  
 Por contrastar los golpes de la suerte,  
 Y libertar de desastrosa muerte  
 A mi hermano infelice.  
 Él era un cazador, en otro tiempo

Ligero, audaz y lleno de alegría,  
 Al ágil ciervo, al carnicero lobo,  
 En las patrias montañas perseguía. . . .  
 La tenebrosa cárcel  
 Para él era un infierno;  
 Y el peor de los males verse vivo  
 De sepultura lóbrega cautivo,  
 En honda calma y en silencio eterno!

## VI

El Léman baña los macizos muros  
 De Chillon. . . . bullen sus profundas ondas  
 A mil piés bajo de ellos (á lo menos  
 Eso miden las sondas  
 Desde los blancos muros del castillo)  
 En un islote solitario se halla,  
 Formando á las murallas por do quiera  
 El turbulento lago otra muralla.  
 Dobles prisiones! una eternamente  
 Firme, callada, en pié—la otra viviente!  
 El subterráneo oscuro que de tumba  
 Nos sirvió tanto tiempo, está cavado  
 Bajo el nivel del lago, de manera  
 Que en torno noche y día  
 Su triste y ronco rebramar se oía;  
 Y las olas monótonas pasando  
 Sobre nuestras cabezas en las rocas,  
 Continuamente estaban azotando.  
 En el invierno con violencia suma  
 Al través de las rejas  
 Se introducía su blanquiza espuma,  
 Mientras corrían olas agitadas

Por los vientos, que libres y felices  
 Gozarse parecían  
 Ejerciendo su loco poderío  
 En la estension inmensa del vacío. . . .  
 Entonces de la bóveda al ciónto  
 Temblaba la prision estremecida,  
 Como si amenazando nuestra vida  
 A desplomarse fuera—aquel momento  
 Aguardaba yo siempre alborozado,  
 Porque al menos la muerte  
 Me hubiera para siempre libertado!

## VII

Os dije que el mayor de mis hermanos  
 En silencioso afán se consumía,  
 De tan larga prision al peso enorme  
 Su corazón heróico sucumbía.  
 Inmóvil y callado  
 Rehusaba el alimento;  
 No por ser tan escaso y miserable,  
 Ni por mal preparado,  
 Pues avezados á la dura vida  
 Del cazador, nos importaba poco  
 La tosca calidad de la comida.  
 A la leche que en tiempos mas dichosos  
 Las cabras en el monte nos brindaban,  
 Había el carcelero sustituido  
 Agua hedionda y revuelta de los fosos. . . .  
 El negro pan, del tiempo endurecido,  
 Era el mismo que riegan con su llanto  
 Todos los presos, desde el día horrible  
 En que el hombre, tornándose insensible,

Formó cavernas con rigor tirano,  
 Donde como á una fiera peligrosa,  
 Hizo encerrar á su infeliz hermano! . . .  
 Tan dura privacion para nosotros  
 Era bien poca cosa—no era esa  
 La causa que abatia  
 Del noble corazon la fortaleza.  
 En medio de palacio suntuoso,  
 Rodeado de placeres y de halagos,  
 Su aliento generoso  
 Tambien desfalleciera, si negada  
 La facultad le fuera de lanzarse  
 A las quiebras y cimas de los montes,  
 Do recorrer pudiese su mirada  
 Bellos é ilimitados horizontes. . . .  
 ¿Por qué rehusa relatar mi labio  
 La funesta verdad? . . . murió! . . . yo mismo  
 Le vi espirar, sin que me fuera dado  
 Sostener en mi seno su cabeza,  
 Ni tocar con la mia  
 Su débil mano, y estrecharla fria!  
 En vano con furor desesperado  
 Quise romper mis hierros. . . . murió el triste!  
 Y abrieron sus verdugos la cadena  
 Para bajarlo á helada sepultura,  
 Que en el suelo cavaron  
 De la prision oscura!  
 Yo entonces, como grande beneficio,  
 Pedí que su cadáver se enterrara  
 Donde del sol la claridad llegara,  
 Pues de improviso me asaltó la idea

Que el alma libre de mi pobre hermano  
 Reposar no podria  
 Quedando el cuerpo en la prision sombría!  
 Tan estériles ruegos  
 Debiera yo omitir. . . . únicamente  
 Con irónica y fria  
 Sonrisa contestaron  
 Y el pálido cadáver sepultaron!  
 Tierra estéril sin céspedes ni flores  
 Cubrió en el velo del eterno olvido  
 A nuestro pobre hermano tan querido!  
 Su cadena, cesando el movimiento,  
 Quedó pendiente sobre el suelo ingrato  
 Lúgubre signo, triste monumento  
 Del cruel asesinato!

## VIII

Y tambien él. . . . mi jóven favorito  
 La flor mas estimada  
 De mi pobre familia desdichada,  
 El apacible niño  
 Que fué desde la cuna dulce objeto  
 De nuestras atenciones y cariño,  
 El hermoso retrato de mi madre  
 Que todos sus hermanos adoraban,  
 Último pensamiento en la agonía  
 De nuestro padre mártir. . . . por él solo  
 Mi vida en el dolor se sostenia,  
 Pues aun no abandonaba la esperanza  
 De que lo sostuviera mi consuelo,  
 Y volverlo algun dia  
 Al aire libre y á la luz del cielo!

Él también, que hasta entonces conservára  
 Su ingénita alegría  
 Por celestial inspiración sin duda,  
 Comenzó á declinar, cual flor que hierde  
 El ábrego abrasado con su soplo,  
 Inclina el tallo, se marchita y muere!  
 Oh Dios! siempre es terrible  
 Ver cual dirige á otra región el vuelo  
 El ánima inmortal, cualquiera sea  
 La forma en que se lance  
 A la sublime altura  
 Abandonando la materia impura. . . .  
 Yo la he visto volar entre torrentes  
 De sangre. . . . yo la ví sobre las olas  
 Airadas debatirse convulsiva;  
 Y hasta el ardiente lecho y el martirio  
 En que se agita agonizando el crimen  
 Lleno de espanto, presa del delirio. . . .  
 Horrores repugnantes! . . . mas la muerte  
 De mi hermano en extremo lastimosa  
 Sin esa forma horrible y espantosa.  
 Era la consunción lenta y segura  
 De antorcha vacilante que se apaga. . . .  
 Moría el pobre niño  
 Con sonrisa tan pura,  
 Con languidez tan suave y hechicera,  
 Que un pecho de diamante  
 Al contemplarlo así se conmoviera!  
 No derramaba lágrimas. . . . acaso  
 Sensible y generoso,  
 Sufría por los tristes que quedarán

Cuando él muriera en este mundo odioso!  
 El bello colorido  
 De sus mejillas, animado siempre,  
 Desafiar la muerte parecía;  
 Y en efecto, no fué desvanecido  
 Sino á la última hora, semejante  
 Al vaporoso velo  
 Con que en su último rayo  
 Tiñe el arco iris el azul del cielo!  
 Sus ojos irradiaban  
 Tan esplendente claridad á veces,  
 Que el negro calabozo iluminaban. . . .  
 No exhaló ni una queja,  
 Ni siquiera un suspiro  
 Por su funesto fin. . . . grato le era  
 Acordarse de tiempos mas dichosos;  
 Y habiéndose apagado su esperanza,  
 Risueño me decía  
 Que aun la guardaba entera,  
 Niño infeliz, por alentar la mía!  
 Porque abatido, triste, silencioso  
 Estaba yo cual si cadáver fuera,  
 Viendo que ya el momento era venido  
 De sufrir el tormento mas horrible  
 Y en lo íntimo del alma ser herido! . . .  
 . . . . .  
 Cuando ya sus gemidos sofocados,  
 Indicio de los últimos momentos,  
 Mas débiles se hicieron y penosos,  
 Escuché con el alma congojada  
 Y el corazón latiente. . . . no oí nada,

Y alcé la voz llamándole . . . el delirio  
 Trastornaba mi mente. . . .  
 Sin esperanza ya por un momento  
 Engañarme quería  
 Y alejar de su muerte el pensamiento!  
 Le llamé una vez y otra. . . . débilmente  
 Sonó al fin en mi oído  
 Un lánguido gemido. . . .  
 Hice un horrible esfuerzo. . . . la cadena  
 Rompióse y arrojéme hácia mi hermano. . . .  
 Su cadáver hallé. . . . todo era en vano!  
 Ya no existía, solo yo quedaba  
 Con vida, respirando el aire impuro  
 Del calabozo oscuro!  
 En él también estaban mis hermanos  
 Uno en la tumba, bajo el suelo impío,  
 Y cubriéndolo el otro  
 Con su cadáver frío!  
 No conservé ni libertad ni aliento  
 Para cambiar de sitio. . . . entre mis manos  
 Otra mano estreché sin movimiento,  
 Dura, helada. . . . la mía  
 También estaba inanimada y fría!  
 No sé qué me impidió morir entonces  
 Sin libertad ni amor sobre la tierra;  
 Mas la fe me vedaba  
 Acojerme á la muerte  
 Para evitar los golpes de la suerte!

## IX

Qué aconteció despues? no supe entonces  
 Ni despues lo he sabido. . . . caí al suelo

Mudo, insensible á lo que en torno había:  
 A la existencia, y á la luz y al aire  
 Y aun á la misma oscuridad sombría.  
 No alumbraba mi mente el pensamiento,  
 Ni el destrozado corazón latía  
 Por algun sentimiento.  
 Era como una piedra inanimada  
 En medio de las piedras de la cárcel,  
 Sin conservar conciencia de mí mismo,  
 Tal como aislada roca rodeada  
 De nubes en el borde de un abismo.  
 Todo en mi derredor estaba yerto,  
 Confuso todo, inconcebible, incierto.  
 No era la noche ni tampoco el día,  
 Ni la luz de la cárcel tan odiosa  
 A mi vista turbada.  
 Era el caos profundo, era la nada  
 Absorviendo el vacío.  
 Era una horrible calma sin reposo.  
 Ya para mí no había  
 Tierra ni cielo, tiempo ni existencia,  
 Ni crimen ni virtud; sino el silencio!  
 Un soplo vago, una quietud inerte  
 Que no era ni la vida ni la muerte!  
 Mar inmensa, estancada,  
 Sin claridad ni límites precisos,  
 Inmóvil y callada!  
 X  
 Una luz repentina  
 Mi espíritu alumbró. . . . cantaba una ave  
 Con acento suave

Interrumpiendo de improviso el canto  
 Y volviendo á empezar con nuevo encanto. . . .  
 Era un dulce sonido  
 El mas armonioso y agradable  
 Que ha resonado en el humano oido. . . .  
 Mi pecho nuevo aliento respiraba,  
 Mi corazon latia agradecido,  
 Y mis ojos erraban por do quiera,  
 Al grato sentimiento  
 Olvidando mis penas un momento!  
 Tornaron poco á poco mis sentidos  
 A recobrar la calma: ví de nuevo  
 La húmeda tierra, los macizos muros,  
 Los góticos pilares,  
 Y aquel rayo de sol que de la altura  
 Descendia al través de la hendedura.  
 Era allí donde el pájaro armonioso  
 Por dicha habia posado,  
 Cual si la áspera roca fuera el árbol  
 Donde su nido hubiese colocado.  
 Era un pájaro hermoso  
 De espléndido plumaje,  
 Y sus cantares mil cosas decían  
 Que al parecer á mí se dirigian. . . .  
 Como yo, parecia estar privado  
 De un tierno compañero;  
 Mas él estaba menos angustiado. . . .  
 Sin duda vino allí compadecido  
 Para que la aflicción no me matára,  
 Y para amarme cuando ya no habia  
 Nadie que con su amor me consolára.

Yo no sé si la jaula abandonando  
 Tímido y receloso todavía  
 De gozar y ser libre  
 En mi prision á reposar venia;  
 Pero yo desdichado  
 Sabia cuan horrible es estar preso  
 Para no desear, pájaro amado,  
 De tu preciosa libertad privarte  
 Aunque me complacia dulcemente  
 Oir tu grata voz y contemplarte!  
 ¿Era tal vez un mensajero alado  
 Que á visitarme del Eden bajaba  
 En tan hermosa forma? . . . un pensamiento  
 Perdónemelo Dios, llorar me hizo  
 Y sonreír en el primer momento.  
 Imaginé que bien pudiera el ave  
 Ser el alma dichosa de mi hermano  
 Que descendiera á mi prision amante;  
 Mas no era así. . . . su vuelo  
 Alzó á los aires dentro de un instante;  
 Y si mi hermano fuera  
 ¿Abandonarme en la prision pudiera?  
 Nunca mi hermano me dejara solo,  
 Solo como eadáver en la tumba,  
 Solo como la nube abandonada  
 En un cielo sereno, nube oscura  
 Que no debe mostrar su faz odiosa  
 Cuando la tierra sonriendo goza  
 Y brilla el sol en la celeste altura!

## XI

Mutación increíble

Hubo en mi suerte desde aquel momento. . . .  
 El carcelero se mostró sensible  
 A mi hondo padecer. . . . la causa ignoro.  
 Su corazón á la piedad cerrado  
 Estaba acostumbrado  
 A escenas de dolor. . . . los eslabones  
 De mi cadena fueron destrozados  
 Y no volvieron á reunirlos, tuve  
 Libertad para andar en las prisiones!  
 Y por burlar la lentitud del tiempo  
 Iba vagando en todas direcciones  
 Junto al muro y en torno á los pilares;  
 Mas evitaba cuidadosamente  
 Pisar las tumbas de mis dos hermanos,  
 Pues si acaso marchando distraído  
 Pensaba que mi planta profanaba  
 Su sepultura fría,  
 Mi aliento se agotaba,  
 El corazón saltárame quería,  
 Y súbito furor desesperado  
 Agitaba mi espíritu turbado!

## XII

Hice unos escalones en el muro. . . .  
 No por huir de la prision. . . . la tierra  
 Ocultaba en su seno  
 A cuanto amé en la vida: el mundo lleno  
 Para otros de placeres, á mis ojos  
 Solo inmensos desiertos ofrecía  
 Y una prision mas vasta que la mía.  
 Ya ni padres, ni hijos,  
 Ni hermanos, ni parientes, ni un amigo

Que de mi suerte atroz fuera testigo!  
 Y esta idea fatal me consolaba,  
 Tanto el dolor mi mente perturbaba!  
 Mas tenia deseo  
 De subir una vez hasta las rejas  
 Por descubrir hermosos horizontes,  
 Y reposar mis ojos fatigados  
 Sobre las altas cimas de los montes!

## XIII

Los ví por fin! inmóviles y eternos!  
 No habian cambiado como yo! . . . Brillaba  
 Cándida nieve en sus altivas cimas,  
 A sus piés ondulaba el lago inmenso,  
 Y tocando las olas plateadas,  
 Arrastraba sus aguas azuladas  
 El río melancólico. . . . á mi oído  
 Llegaba el son del rápido torrente  
 Despeñado en las rocas y raíces  
 Que pone á descubierto la corriente.  
 Ví á lo lejos el blanco caserío  
 De la ciudad, y las graciosas velas  
 Cuyo contorno vago  
 Veloz cruzaba el cristalino lago.  
 Una preciosa islita, sobre todo,  
 Me cautivó, pequeña  
 Cual mi prision; pero feliz, risueña,  
 Cubierta de verdura,  
 Blando nido de amor y de ventura!  
 Todo lo hallaba hermoso,  
 Todo á la vez magnífico y sencillo. . . .  
 Los peces jugueteaban en el lago

No lejos de los muros del castillo,  
 Y allá perdida en el azul del cielo  
 La águila audaz lanzábase tranquila  
 Meciéndose en las ráfagas del aire. . . .  
 Nunca creí tan rápido su vuelo,  
 Ni nunca tanto la envidié tampoco! . . .  
 A mi pesar me conmoví. . . . rodaron  
 Mis lágrimas en fuerza de mi pena,  
 Y sentí haber dejado  
 Por un breve momento mi cadena!  
 Cuando bajé al recinto de la cárcel,  
 Halléla tenebrosa con exceso,  
 Sus sombras sobre mí se desplomaron  
 Como un inmenso insoportable peso,  
 Fué para mí como una nueva tumba  
 Que encima de la antigua se cerraba;  
 Sin embargo, mis ojos fatigados  
 Por la vista del sol esplendoroso,  
 Necesitaban ya de aquel reposo!

## XIV

Trascurrieron los meses y los años  
 Sin que yo los contase. . . . la ventura  
 No volvió á sonreírme. . . . yo esperaba  
 Hallar en la prision mi sepultura  
 Y nada mas: entonces de improviso  
 Vinieron á decirme que era libre,  
 Y no les pregunté por qué quebraban  
 Mis cadenas, ni dónde me llevaban!  
 Érame ya del todo indiferente  
 Pasar mi vida entera en las prisiones  
 O volver á habitar entre la gente.

Amaba el sufrimiento de manera,  
 Que cuando me ordenaron que saliera,  
 Consideraba aquellos tristes muros,  
 El gótico pilar y el suelo frio,  
 Como un templo sagrado  
 Por el continuo padecer ya mío!  
 Las lágrimas vinieron á mis ojos  
 Y se angustió mi pecho,  
 Cual si de nuevo fueran á arrancarme  
 Al dulce abrigo del paterno techo! . . .  
 En fin, de aquel retiro  
 Salí con los recuerdos de mis penas;  
 Y amando hasta mis hierros y cadenas,  
 Torné á la libertad con un suspiro!! . . .

Amada el sacrificio de la vida  
que cuando me ordenaron que saliera  
Consideraba espaldas tristes tristes

El dolor y el dolor y el dolor

Como un tiempo me quedé en el

Por el camino que me quedé en el

Las lágrimas que me quedé en el

Y se me quedó en el

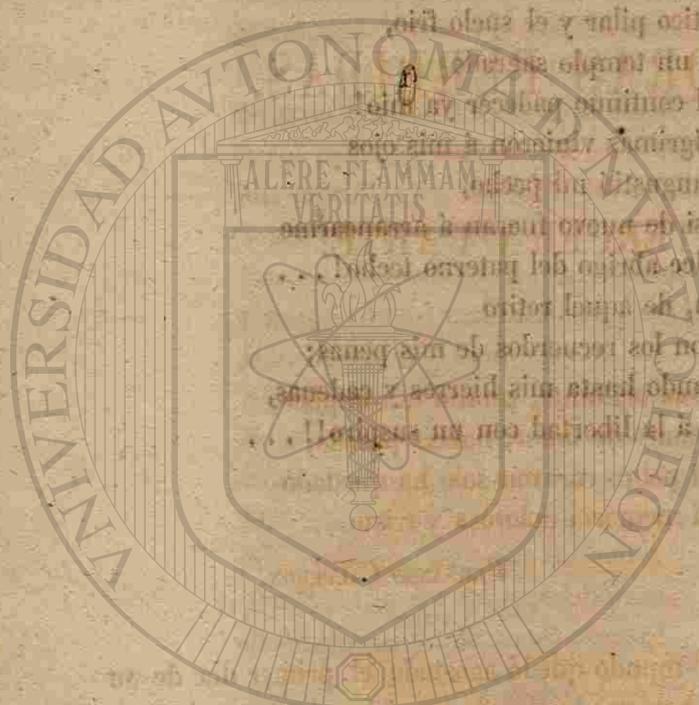
Cual si de nuevo me quedé en el

Al dolor del dolor del dolor

En fin de un dolor

Salí con los recuerdos de mi vida

Y cuando me quedé en el



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# HORAS PERDIDAS.

## TERCERA PARTE.

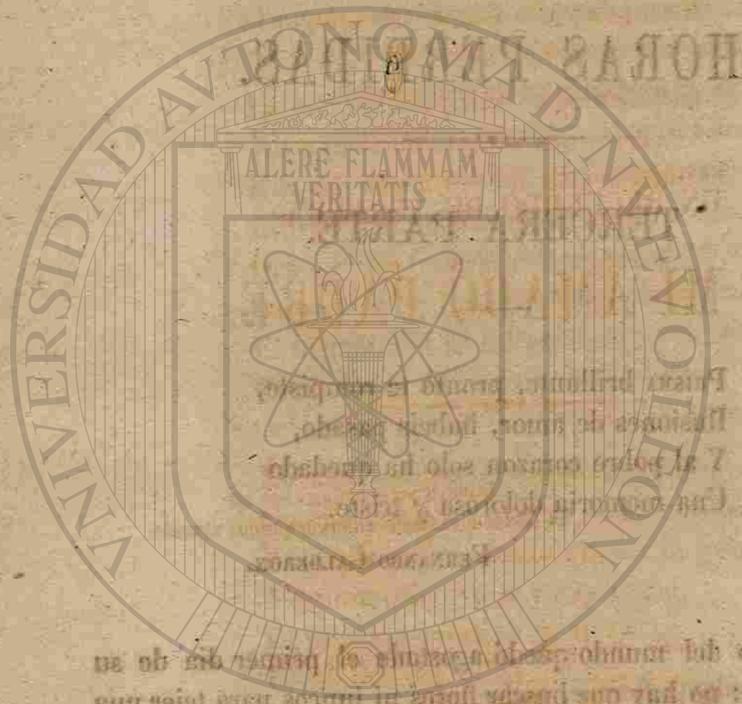
PRISMA brillante, pronto te rompiste,  
Ilusiones de amor, habeis pasado,  
Y al pobre corazon solo ha quedado  
Una memoria dolorosa y triste.

FERNANDO CALDERON.

El paraíso del mundo quedó agostado el primer día de su  
eflorescencia: no hay que buscar flores ni juncos para tejer una  
corona, sino tomar un tronco viejo y ahuecado por los gusanos,  
para arrojarnos al mar de la vida y dejarnos llevar del viento  
que conduce á la playa desconocida de la eternidad. . . .

FERNANDO OROZCO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN RECUERDO DE TERNURA  
A MI AMADO PADRE.

Insuevit pater optimus hoc me  
Ut fugerem exemplis vitiorum quæque notando.  
HORACIO.

El tierno amor de mis primeros años  
Todavía florece, padre mio,  
Aunque está el triste corazón tan frío  
Como el mármol que guarda tu ataúd.  
Siempre que pasa tu adorada sombra  
Delante de mi vista oscurecida,  
El pobre corazón vuelve a la vida  
Respirando un perfume de virtud.  
Tras el oscuro velo de la muerte  
Todavía descubro tus facciones,  
En que las agradables impresiones  
Del paternal cariño recibí.

Todavía me llena de contento  
 La espresion de tu risa placentera,  
 Y me angustia mirar tu faz severa  
 Si alguna vez te disgusté ¡ay de mí! . . .

La inclinacion primera de mi alma  
 Tuya fué candorosa y espresiva;  
 Mas era una atraccion solo instintiva,  
 Era no mas acorde vibracion.  
 Ora que los amargos desengaños  
 Despertaron mi oscura inteligencia,  
 El afecto filial es mi creencia  
 Y son tuyos mi amor y mi razon!

El menos digno de tus tiernos hijos  
 Guarda una idea que su dicha encierra:  
 Entiendo padre amado que en la tierra  
 Ninguno como yo te comprendió.  
 El misterio precioso de tu pecho  
 Escondido del vulgo indiferente,  
 Lámpara solitaria siempre ardiente,  
 A nadie como á mí se reveló! . . .

¡Cuantas veces cruzando por tu frente  
 La huella sorprendí del pensamiento!  
 Cuantas la suave luz del sentimiento  
 Tus miradas sublimes alumbró!  
 Mas al tocar la indiferencia fria  
 Escollo del espíritu que siente,  
 El pensamiento devoró la mente,  
 El entusiasmo al corazon volvió!

La sensibilidad mas delicada  
 De tu alma celestial era la esencia,  
 Ternura que embellece la existencia,  
 Y que el mundo no sabe comprender. . . .  
 Un rayo de entusiasmo generoso  
 De mezquino interés purificado,  
 A un ideal hermoso consagrado,  
 Era el vital aliento de tu ser.

Misterios de placeres y dolores  
 Tu clara inteligencia comprendia:  
 El sufrimiento ageno y la alegría  
 Nunca ocultos pasaron para ti.  
 Y una dulce, benévola sonrisa  
 De caridad divina perfumada,  
 Una tierna, simpática mirada,  
 Eran de tu alma la espresion feliz.

En presencia de sabios orgullosos  
 Callaba siempre tu modesto labio,  
 Aunque en la mente de un ilustre sabio  
 Tu infancia hermosa inspiracion bebió,  
 Aunque atrevida en tu alma generosa  
 Los gérmenes primeros de la ciencia  
 Sembró aquella profunda inteligencia  
 Que libertar un mundo concibió. \*

¡Mas con cuanto placer recuerda mi alma  
 Y con cuanto ternura nuestros viajes,  
 Por los desiertos páramos salvajes  
 Que prolongan al Norte su estension! . . .

\* D. Miguel Hidalgo.

Era tan imponente aquella escena,  
Era por mí tan tierno tu cariño,  
Que lo que allí sentí cuando era niño  
Siempre hará palpar mi corazón! . . .

El sol, después de hundirse en el ocaso,  
Dejaba largas ráfagas de fuego,  
Entre tanto que en plácido sosiego  
La creación mirábamos entrar.  
Refrescaba la brisa nuestra frente,  
Y á la luz del crepúsculo dudosa  
Iban tomando forma caprichosa  
Las encinas, las rocas, el palmar.

Entonces, estrechándome á tu lado,  
Era de mi alma celestial encanto  
El escuchar con entusiasmo santo  
De tu paterna voz el dulce son.  
Entonces aprendí cosas sencillas  
Que el alma comprendió con alegría,  
Y que tras largos años todavía  
Consuelo y norte de mi vida son!

Entonces en mi pecho una creencia  
Fijó tu voz con dulces vibraciones,  
Que ni el fuego voraz de las pasiones  
Ni los sofistas borrarán jamás.  
Allí mientras el vago panorama  
Mostraba una región desconocida,  
Me hiciste comprender que hay otra vida  
De que es esta la sombra nada más!

El dulce nombre de la cara patria  
Con entusiasmo ardiente pronunciabas,  
Y en mi alma enternecida despertabas  
La idea de un amor, de una pasión. . . .  
Al oír de los héroes mexicanos  
Las acciones brillantes y gloriosas,  
Creí mirar sus sombras generosas  
Vagando entre las ráfagas del sol!

Al pié selvoso de áspera montaña  
Que ya profunda oscuridad velaba,  
La luz de nuestro campo se fijaba  
Sintiéndose el desierto en derredor. . . .  
Quizá tras el follaje del palmero  
El salvaje sangriento se escondía. . . .  
Qué importaba? . . . tu labio me decía  
Que en el cielo por mí velaba Dios!

Un Dios! la libertad! el heroísmo!  
El culto de lo bello y lo sublime. . . .  
Ardiente caridad para el que gime,  
Al enemigo injusto perdonar. . . .  
De la verdad el culto sacrosanto,  
Del patriotismo el noble sentimiento,  
Bendecir al Señor en el tormento. . . .  
¡Cuan fecunda y magnífica moral!

¡Feliz yo si pudiera ser el eco  
De una de sus hermosas concepciones!  
¡Feliz si sus divinas ilusiones  
Alguna vez pudiera realizar!

¡Dichoso si en el seno de los hombres  
 Cuando son presa de fatal locura,  
 Una gota de aquella virtud pura  
 Mi torpe voz pudiera derramar!

Virtud y ciencia, y nobles sentimientos  
 Pasaron de los hombres ignorados,  
 En tu sensible pecho sepultados,  
 Cual joyas de grandísimo valor.  
 Y es que no mas en la celeste calma  
 Ciertas flores exhalan su perfume,  
 Y mientras el aroma se consume  
 Solo se digna respirarlo Dios!

Delante de un tirano detestable  
 La multitud imbecil se prosterna,  
 Olvida en su retiro á el alma tierna,  
 Dulce fuente del bien, ángel de paz!  
 Apenas si al cerrarse su sepulcro  
 Vaga en el eco su ignorado nombre,  
 Y en el helado corazon del hombre  
 Un latido se siente de piedad. . . .

Al sepulcro tocaste, como llega  
 Al fin de su obra misteriosa el sabio,  
 La postrera palabra de tu labio  
 Fué un homenaje santo á la verdad.  
 En vano el implacable fanatismo  
 Vertió su hiel sobre la paz de tu alma,  
 Sonriendo pisaste en dulce calma  
 El umbral de la oscura eternidad!

Hoja marchita que arrebató el viento,  
 Sombra que agitan penas y pasiones,  
 Yo le pido á la tuya inspiraciones  
 Y en el alma las siento resonar!  
 Es la esencia de noble pensamiento  
 Que eternamente en la memoria dura,  
 Es ideal de mágica hermosura  
 Que en el seno de Dios vive inmortal!

Nada mas bello encontraré en el mundo,  
 Es lo demás descolorido y frio. . . .  
 No me abandones nunca, padre mio,  
 Y hallaré en el naufragio salvacion.  
 Si al salvar los linderos del sepulcro,  
 De esta existencia sacudiendo el sueño,  
 Tu rostro paternal miro risueño,  
 Será señal que me perdona Dios! . . . .

## HIDALGO.

UN DIOS se torna el hombre cuando inflama  
Su corazón la refulgente llama  
Del sublime heroísmo,  
Y alzándose como águila altanera  
Nada conoce en la creación entera  
Superior á sí mismo!

Si del excelso cielo el rayo ardiente  
Se lanza atronador sobre su frente,  
Le mirareis sereno;

Y sereno también si en dura guerra  
Se agitan mil volcanes de la tierra  
En el profundo seno!

Por eso cuando el vulgo amedrentado,  
Lívido el rostro, trémulo, callado,  
En el polvo se abate,  
Él con placer la tempestad respira,  
En su fragor terrible el alma inspira  
Y se lanza al combate!

Talés fueron los héroes que en sangrienta  
Lid, Zaragoza altiva nos presenta  
En sus rotas murallas,  
Desafiando los hierros y la muerte,  
Porque su noble pecho era más fuerte  
Que las templadas mallas!

Y aun más sublime al opresor tirano  
Hidalgo hirió con poderosa mano  
El corazón impuro,  
Y despertó la patria envilecida,  
Como vuelven los muertos á la vida  
Desde el sepulcro oscuro!

De tres siglos los duros eslabones  
No bastan, no! . . . prendió en los corazones  
La llama de la gloria,  
Y al estallar de Libertad el trueno,  
Sonrióse el héroe y aguardó sereno  
La muerte y la victoria!

Libertad! escuchaba por do quiera  
Del uno al otro mar en la ribera  
El español tirano. . . .

Venganza! libertad! en sus oídos  
Repetía con fúnebres gemidos  
El huracán insano.

Y donde el grito aterrador se escuchó  
Corren en medio de ardorosa lucha  
Ríos de sangre hirviente:  
Que tras larga opresión á Dios le plugo  
La víctima inocente y el verdugo  
Colocar frente á frente!

Es en vano que lance sus conjuros  
 El tribunal que atiza entre sus muros  
 El fuego del infierno;  
 Es en vano. . . . mirad que el anatema  
 Baja del cielo vuestra frente quema  
 El rayo del Eterno!

Jamás apartarán de los valientes  
 Ante las huellas, sus hermosas fuentes  
 Los lagos y los rios;  
 Jamás el sol ocultaráse adusto,  
 Ni oirá el Eterno Juez, sublime y justo,  
 Vuestros votos impíos!

Bajo el amparo del benigno cielo,  
 En breve tiempo ocupará este suelo  
 Un pueblo generoso,  
 Que si llora su suerte desdichada,  
 No doblará la frente resignada  
 Al despotismo odioso! . . .

Mas ¡oh Dios mio! el corazon se oprime!  
 No ha de alcanzar el vencedor sublime  
 La aurora de su gloria;  
 Debe espirar, el pecho traspasado,  
 De libertad ante el altar sagrado  
 Cual víctima expiatoria!

En torno del patíbulo sangriento,  
 Con ecos de dolor turban el viento  
 Los fúnebres tambores. . . .  
 Sereno el rostro, sosegada el alma,  
 Pisa la tumba con solemne calma  
 El héroe de Dolores!

Murió! . . . mas del sepulcro solitario  
 Salió, envuelta en el fúnebre sudario,  
 La sombra venerada,  
 E invisible á la inmensa muchedumbre,  
 Para vencer la odiosa servidumbre  
 Les arrojó su espada!

Do quiera que cesaba el ardimiento  
 Se le oía gritar con firme acento:  
 Independencia! guerra!  
 Hasta que roto el oprobioso lazo,  
 Satisfecha tornó con firme paso  
 A su lecho de tierra!

¡Venid, profanadores de los muertos!  
 A remover esos despojos yertos  
 Que protege la gloria;  
 Y ya que tanto vuestro orgullo humilla,  
 No dobleis ante el héroe la rodilla,  
 Insultad su memoria!

Apartad á las vírgenes que gimen,  
 A cuantos con respeto el labio imprimen  
 En sus fríos despojos;  
 Y ante esa tumba ¡oh genios superiores!  
 Haced pedazos las hermosas flores  
 Y derramad abrojos!

Siniestra brille la incendiaria tea,  
 El recuerdo de sangre que aun humea  
 La discordia acreciente:  
 Que así al mundo dareis sublime ejemplo,  
 Y de la gloria tocareis al templo  
 Con la radiosa frente!

Tú, padre de la América, tranquilo  
 Descansa en paz en tu postrer asilo:  
 El reptil asqueroso  
 Que va arrastrando en el hediondo cieno,  
 No mancha a' sol que baja al hondo seno  
 Del océano grandioso!

Descansa en paz! que por tu sangre pura  
 Un pueblo libre en voz solemne jura,  
 Que si la adversa suerte  
 Quiere imponerle de la infamia el sello,  
 Preferirá sin doblegar su cuello  
 A la cobarde esclavitud, la muerte!!

## ITURBIDE.

(1821.)

Ex fúnebres lechos de rojos laureles  
 Los héroes de Anáhuac rendidos yacian;  
 Sus viles tiranos gozosos reian  
 Mostrando á los pueblos el yugo fatal. . . .  
 Mas bajando Iturbide á la arena  
 Levantó con audacia la frente,  
 Y turbóse el poder insolente  
 Al oírle gritar: Libertad!

Dejando el sepulcro, sedientas de gloria,  
 Circundan al héroe mil sombras queridas  
 Que en lucha terrible perdieron las vidas  
 Por dar á su patria renombre eternal!  
 Y el herdico puñado de bravos  
 Que en el Sur esquivaba los hierros,  
 El silencio turbó de sus cerros  
 Con un grito de gozo marcial!

Tú, padre de la América, tranquilo  
 Descansa en paz en tu postrer asilo:  
 El reptil asqueroso  
 Que va arrastrando en el hediondo cieno,  
 No mancha a' sol que baja al hondo seno  
 Del océano grandioso!

Descansa en paz! que por tu sangre pura  
 Un pueblo libre en voz solemne jura,  
 Que si la adversa suerte  
 Quiere imponerle de la infamia el sello,  
 Preferirá sin doblegar su cuello  
 A la cobarde esclavitud, la muerte!!

## ITURBIDE.

(1821.)

Ex fúnebres lechos de rojos laureles  
 Los héroes de Anáhuac rendidos yacian;  
 Sus viles tiranos gozosos reian  
 Mostrando á los pueblos el yugo fatal. . . .  
 Mas bajando Iturbide á la arena  
 Levantó con audacia la frente,  
 Y turbóse el poder insolente  
 Al oírle gritar: Libertad!

Dejando el sepulcro, sedientas de gloria,  
 Circundan al héroe mil sombras queridas  
 Que en lucha terrible perdieron las vidas  
 Por dar á su patria renombre eternal!  
 Y el herdico puñado de bravos  
 Que en el Sur esquivaba los hierros,  
 El silencio turbó de sus cerros  
 Con un grito de gozo marcial!

Cruzando las ondas de límpido lago,  
El grande Iturbide y el noble Guerrero  
Se estrechan la diestra con gozo sincero  
Jurando reunidos morir ó vencer!

¿Por qué tiembla el tirano orgulloso  
Que fundó en la traicion su derecho?  
Amagando su pérfido pecho  
Vió de pronto mil hierros vibrar!

En tanto en el éter sereno se asoma  
De un ángel hermoso la faz placentera,  
Y libra á los vientos la noble bandera  
Do amantes se enlazan la gloria y la union. . . .

Y al momento, del suelo oprimido  
Sube un coro apacible, armonioso,  
Se estremecen las almas de gozo  
Dulce llanto los ojos nubló!

Ya lanzan al polvo cadenas y aceros  
Bajando las frentes los fieros hispanos:  
Ya no hay opresores. . . . se estrechan las manos,  
Palpitan los pechos de amor paternal!

Ya respira la patria oprimida,  
Y al espacio sublime del cielo  
Levantando nuestra águila el vuelo,  
Al sol puro se atreve á mirar!

Los campos sangrientos recorre Iturbide  
Desnudo el acero, buscando tiranos;  
Mas viéndose en medio de amigos y hermanos,  
Desprende la oliva del casco marcial.

Ni una flor deshojó el ardimiento  
De sus nobles triunfantes corceles;  
Abrumados de verdes laureles  
Viólos México alegres tornar!

El sol baña el cielo y el gozo las frentes;  
Con rostro risueño las hijas hermosas  
De México, cubren al héroe de rosas  
Latiendo su seno con grata emocion. . . .

Allí marchan sus fieles guerreros  
Al acento de graves clarines;  
Y resuenan los patrios confines  
Con mil ecos de gloria y amor!

Tras siglos eternos de luto y oprobio  
La tierra de Anáhuac despierta, palpita,  
Y el pueblo sus masas inmensas agita  
Por ver los pedazos del trono español!  
Así al fin de una noche siniestra  
Su placer el marino no agota,  
Si le alumbran, la nave ya rota,  
Junto al puerto las luces del sol!

Tan dulces trasportes, tan bella esperanza,  
Cobija en sus pliegues la noble bandera:  
Al ver de Iturbide la frente guerrera  
La patria lo aclama feliz vencedor! . . .

Fatal genio le da una corona  
Que fulgores siniestros destella. . . .  
Mas hermosa su frente sin ella  
Con su propio inmortal esplendor!

## II

(1823.)

Un cielo cubierto de cárdenas nubes  
 Anuncia severo las iras divinas,  
 Los vientos se agitan, y en tristes ruinas  
 Mostró la discordia su rostro feroz!  
 Iturbide, proscrito y errante  
 Busca en playas lejanas abrigo...  
 El la gloria llevaba consigo,  
 El furor en su patria quedó!

Ahogando del alma tenaz sufrimiento  
 De pié sobre el barco que lento se mueve,  
 Aun ve de su patria las cimas de nieve  
 Allá en el oscuro brumoso confin,  
 Aun parecele hallarse rodeado  
 En el campo de fieles guerreros,  
 Y que ve relucir los aceros  
 Y que escucha sonar el clarín!...

Por eso en su labio vagó una sonrisa,  
 Si al pié de su trono venganza buscara  
 De viles traidores la sangre bañara  
 Las áridas costas que ciñen el mar...  
 Mas quien dió libertad á su patria,  
 Se sublima en la gloria y perdona,  
 Y ama solo la rica corona  
 Que á la Iberia le supo arrancar!

Allá está dormida la virgen morena,  
 Dos mares la arrullan con plácidas olas,

Si no la profanan manos españolas  
 Se debe á tu espada que el yugo quebró!  
 Ya sus lagos agita la brisa:  
 Sin el ceño de injustos señores  
 En los campos espigas y flores  
 Ilumina mas fúlgido sol!

Bastante luchaste, guerrero invencible,  
 Con viles traidores y gente extranjera;  
 Si el suelo de Anáhuac salvarse pudiera  
 Hallára en tu diestra la dicha y la paz...  
 Cruza, pues, las amargas llanuras,  
 Y en la itálica tierra reposa,  
 O en la reina del mar nebulosa,  
 Y á este suelo no tornes jamás!

## III

¿Y quién desde el borde de estrañas regiones  
 Miró indiferente su patria querida?  
 Y cuál de tus hijos, ¡oh México! olvida  
 Tu suelo encantado, tu mágico Eden?...

Quien de niño respira tus brisas  
 Y miró tu magnifico cielo,  
 Si el destino lo lanza á otro suelo  
 Halla sombra y tristeza do quier.

No importa! al destino los héroes contrastan  
 Con pecho invencible, con frente serena,  
 Ya sople la brisa, ya cruja la entena  
 Y en el roto puente desplómese el mar.

Iturbide padece en silencio  
 Olvidando rencores y agravios;  
 Ni una queja pronuncian sus labios,  
 Ni un gemido se le oye exhalar. . . .

Oh! nunca dejarás del Támesis frío  
 La orilla nublada, do en rica indigencia  
 Sobre áridas rocas fundó la opulencia  
 El pueblo atrevido que al mar dominó!  
 Una mancha de sangre en mi patria  
 Un cadáver de menos hubiera;  
 Y al Eterno quejarse pudiera  
 Del destino sangriento y atroz. . . .

La voz del combate conmueve á Iturbide:  
 Oyendo el crujido de odiosa cadena  
 Que en manos de ocultos tiranos resuena,  
 Su noble ardimiento no es dado calmar.  
 «Nueva gloria en mi patria si es noble,  
 «Si es ingrata, la tumba en su seno! . . . .  
 Y de nuevo confiado y sereno  
 Da su barco á las ondas del mar! . . . .

En vano aparece, cual triste presagio,  
 Insólita sombra que vaga perdida  
 En medio al océano, mostrando la herida  
 Que inunda de sangre su manto imperial. . . .  
 Tristemente el guerrero sonrie  
 Y se vuelve impaciente hácia el viento,  
 Deseando el felice momento  
 En que torne la patria á pisar!

En vano al mostrarse la tierra de Anáhuac  
 Parece una vírgen de luto velada:  
 En vano en las sombras de noche callada  
 Un fúnebre grito las playas turbó. . . .  
 ¿No será la discordia que huyendo  
 A las ondas amargas se lanza,  
 Destrozada su horrible esperanza  
 Ante el héroe que ya la venció? . . . .

Tocaron tus plantas las playas fatales  
 A nobles patriotas, al genio que brilla:  
 Allí está la tumba! . . . allí está Padilla!  
 Allí está el cadalso que el crimen alzó!  
 Allí están los esclavos cobardes  
 Que del yugo fatal libertaste,  
 Esos brazos que tú desataste  
 Cavarán tu postrera mansion! . . . .

## IV

(1824.)

El yertó cadáver tendido en el polvo,  
 Al pié del cadalso conmueve y aterra. . . .  
 Al correr su sangre se agita la tierra  
 Sintiéndose herida del rayo de Dios!  
 Un silencio de muerte suspende  
 En los pechos helados la vida. . . .  
 Al insano furor parricida  
 Ya sucede el espanto, el horror. . . .

Tendió sobre el crimen la noche su velo;  
 Y el mar azotando la playa doliente,

Acoge y saluda con voz imponente  
 La pálida sombra del libertador!  
 Ni la aurora ahuyentó la tiniebla,  
 Triste velo de luto y de muerte  
 Va cubriendo á la América inerte  
 Sepultada en amargo dolor. . . .

Solo el pálido genio de Anáhuac  
 Vaga errante en las cimas de nieve,  
 Y á mirar hácia el cielo se atreve  
 Implorando piedad y perdon. . . .  
 Mas en vano: que el cielo indignado  
 En tinieblas veló la esperanza. . . .  
 La discordia rugiendo se lanza  
 A cumplir la fatal maldición!!

## SUICIDIO

## DEL GENERAL TERAN.

AL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LACUNZA,

EN MUESTRA DE SINCERA  
GRATITUD.

Y hoy ¿dónde el jefe está? dónde está el sabio,  
 El campeón denodado,  
 Que allá en nuestras fronteras colocado,  
 El solo al extranjero detenía,  
 Y un ejército entero nos valía? . . .

JOSE MARIA LACUNZA.

TRISTE como la pálida sonrisa  
 Que vaga de un cadáver en los labios,  
 Muere la luz en el opaco cielo  
 De confusos vapores anublado.  
 No es ya la noche; mas la tarde fría  
 Del moribundo sol sigue los pasos,  
 Y la naturaleza silenciosa  
 Parece hundida en fúnebre letargo!

Acoge y saluda con voz imponente  
 La pálida sombra del libertador!  
 Ni la aurora ahuyentó la tiniebla,  
 Triste velo de luto y de muerte  
 Va cubriendo á la América inerte  
 Sepultada en amargo dolor. . . .

Solo el pálido genio de Anáhuac  
 Vaga errante en las cimas de nieve,  
 Y á mirar hácia el cielo se atreve  
 Implorando piedad y perdon. . . .  
 Mas en vano: que el cielo indignado  
 En tinieblas veló la esperanza. . . .  
 La discordia rugiendo se lanza  
 A cumplir la fatal maldición!!

## SUICIDIO

## DEL GENERAL TERAN.

AL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LACUNZA,

EN MUESTRA DE SINCERA  
GRATITUD.

Y hoy ¿dónde el jefe está? dónde está el sabio,  
 El campeón denodado,  
 Que allá en nuestras fronteras colocado,  
 El solo al extranjero detenía,  
 Y un ejército entero nos valía? . . .

JOSE MARIA LACUNZA.

TRISTE como la pálida sonrisa  
 Que vaga de un cadáver en los labios,  
 Muere la luz en el opaco cielo  
 De confusos vapores anublado.  
 No es ya la noche; mas la tarde fría  
 Del moribundo sol sigue los pasos,  
 Y la naturaleza silenciosa  
 Parece hundida en fúnebre letargo!

Tras el velo de pálidas neblinas  
 Que confunde los límites del campo,  
 Solo se escucha murmurar el río  
 Sus adormidas aguas arrastrando:  
 El agudo silbido de la brisa  
 Cuando conmueve con su soplo helado  
 Las ramas del espino macilento  
 Y vuelve á reposar en el espacio:  
 O el graznido del ave solitaria  
 Que confunde la niebla con el lago!  
 ¿Qué se hicieron del rústico paisaje  
 La variedad y delicioso encanto?  
 ¿Adónde huyó la llama de la vida,  
 Dónde el matiz de los floridos prados?  
 Cubierto está como una jóven bella  
 Bajo los blancos pliegues del sudario. . . .  
 Todo inspira mortal melancolía,  
 Todo induce al espíritu turbado  
 A desprenderse de ilusiones bellas,  
 Grato perfume de floridos años,  
 Para lanzarse en tenebrosas dudas  
 Reviviendo funestos desengaños;  
 Y hastío destructor de la existencia  
 Viene á oprimir el corazón helado. . . .  
 En medio de ese vasto cementerio,  
 Con doliente ademan y lento paso,  
 Como una sombra entre las otras sombras  
 Se ve vagar un jóven solitario,  
 Cuya pálida frente enamorada  
 Acarició la gloria con sus rayos,  
 Fijos los ojos en el mustio cielo,

Y en el noble semblante revelando  
 Una alma ardiente ya sin esperanza,  
 Un corazón sensible desgarrado!  
 ¿Por qué, (pensaba con dolor profundo)  
 Por qué las flores y gloriosos lauros  
 Que en santa lucha conquistó mi espada,  
 Al coronar mi frente se secaron?  
 ¿Por qué las realidades mas hermosas  
 Se vuelven humo despreciable y vano;  
 Y si gozar de una ilusión ansío  
 Solo mezquinas realidades hallo? . . .  
 ¿Cual implacable genio me condena  
 A inquirir con empeño temerario  
 La misteriosa esencia de las cosas  
 Hallando en todas triste desencanto?  
 La gloria, los honores, la riqueza,  
 La ciencia y el amor tuve en mis brazos,  
 Y despues de placeres fugitivos  
 Nada en el alma triste me han dejado,  
 Sino la horrible duda y el vacío  
 Y sed ardiente que á saciar no alcanzo! . . .  
 ¿Adónde es ido el venturoso tiempo  
 Que de jóven beldad enamorado,  
 Preso en lazos de flores, reclinaba  
 La candorosa sien en su regazo,  
 Mientras las horas rápidas volaban  
 Exentas de dolores y cuidados?  
 Ay! por mi mal el corazón marchito  
 Para la dicha se tornó de mármol;  
 Y la ciencia funesta de la vida,  
 Filtrando al corazón veneno amargo,

Hizo que el alma indiferente viera  
 De la pasión el mentiroso halago  
 Apagarse en el hielo de la ausencia,  
 Morir en el hastío y el cansancio.  
 En aquel tiempo el alma enardecida  
 De patriótico amor al fuego santo,  
 El apacible hogar abandonaba  
 Palpitando mi pecho de entusiasmo,  
 Si sonaba el clarín, nuncio de guerra;  
 Y animoso lanzándome en el campo,  
 Enseñé con mi ejemplo á los valientes  
 A combatir al opresor tirano!  
 Mas de una vez sobre su tibia sangre  
 De mi corcel los cascos resbalaron:  
 Mas de una vez el castellano orgullo  
 Se humilló ante el esfuerzo mexicano,  
 Y ceñidas las frentes de laureles  
 Al dulce seno del amor tornamos! . . .  
 Y á qué la sangre derramada entonces?  
 ¿A qué vida y honor sacrificando,  
 Ir á buscar desesperada muerte  
 En el acero de opresor extraño,  
 Si despues en el seno de la patria  
 Vimos alzarse despreciables bandos,  
 Y el lauro que arrancará nuestro brio  
 La frente coronó de los malvados?  
 ¿A qué romper de Iberia las cadenas,  
 Si el alma envilecida del esclavo  
 Saca del polvo miserables dioses,  
 Y es tan fecunda en producir tiranos? . . .  
 Mi esperanza murió. . . viles rencores,

Ambiciones, proyectos insensatos  
 Do quiera ví. . . pasiones detestables,  
 Corazones heroicos mancillando:  
 La sencilla virtud menospreciada,  
 En su lugar los vicios adonados,  
 Por el furor sacrilego cubiertos  
 De horror y sangre los altares patrios. . .  
 El campo donde el soplo de los libres  
 Hizo brotar guerreros esforzados,  
 En triste erial se convirtió cubierto  
 Con sangre generosa de mis bravos. . .  
 Un amigo busqué, bajo mil formas  
 Me mostró el interés su rostro falso! . . .  
 Lejos huí de la mezquina corte,  
 Lejos huí de sus oscuros antros;  
 Y la paz del espíritu doliente  
 Pedí á las soledades de los campos.  
 ¡Oh desiertos del Norte! parecidos  
 Al Eden primitivo, rebosando  
 De los hermosos dones que el Eterno  
 Vertió en mi patria con benigna mano. . .  
 Allí los horizontes infinitos  
 Se muestran á los ojos admirados:  
 Allí regando los eternos bosques  
 Los rios caudalosos y los lagos:  
 Allí la voz de la naturaleza  
 Resuena como en medio del océano. . .  
 ¡Cuántas veces perdido en los senderos,  
 Por la planta del hombre no tocados,  
 Cuántas en la montaña inaccesible  
 Halló consuelo el corazón llagado!

Luego en la calma del hogar tranquilo,  
 Revolviendo los libros de los sabios,  
 Comprender intentaba los prodigios  
 Que admiraron mis ojos extasiados. . . .  
 Horas dulces, tranquilas, misteriosas,  
 Cuando del mundo entero abandonado,  
 Me inundaban delicias celestiales  
 De la creación ante el sublime cuadro!  
 Fué también ilusión! . . . pronto cayeron  
 En insondable abismo desplomados  
 Mis pensamientos gratos, sucediendo  
 En el alma la duda y el cansancio: . . .  
 Plegó la fe sus alas: . . . apagóse  
 La llama de mi férvido entusiasmo.  
 Todo pasó: mentira los amores!  
 Mentira de la gloria los halagos!  
 Mentira las promesas de la ciencia. . . .  
 Mentira los oráculos del sabio! . . .  
 ¡Ay de mí triste! cual doliente sombra  
 Sin esperanza sobre el mundo vago,  
 Y el yerto sol de la terrestre vida  
 Me parece que brilla sobre el caos.  
 ¿Qué me queda que hacer? mi afán ardiente  
 Pueden los hombres comprender acaso?  
 ¿Y puedo yo por tenebrosa senda  
 Seguir tranquilo sus torcidos pasos,  
 Ocultando el desprecio que me inspira  
 La mezquindad de sus proyectos vanos? . . .  
 Jamás! . . . huyamos del mortal hastío  
 Que me está lentamente devorando. . . .  
 Mas dónde? . . . el mal sobre la tierra dura,

Y todo lo que es grande y elevado  
 En breve instante se marchita y muere,  
 Dejando el corazón hecho pedazos. . . .  
 La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,  
 Solo en su frío seno reclinado  
 Encontraré la paz, único voto  
 Que formar debe el corazón del sabio! . . .  
 . . . . .

Anublóse su frente: una sonrisa  
 De sublime demencia por sus labios  
 Pasó fugaz, y su mirar ardiente  
 Interrogaba el horizonte vago,  
 Y allá entre el denso velo de la niebla  
 Creyó mirar la descarnada mano  
 De la muerte cavando su sepulcro,  
 Y amorosa llamándolo al descanso. . . .  
 Su razón se turbó. . . . pero latiendo  
 El corazón con golpe acelerado,  
 Alzaba, antes de helarse para siempre,  
 Una oración al núnmen soberano,  
 Mientras tomando el invencible acero,  
 Tan funesto á traidores y tiranos,  
 La aguda punta se apoyó en el pecho,  
 Y cayó sobre el pomo desplomado,  
 Sublime en su dolor, dejando el mundo  
 Con la muerte del último romano! . . .

Así se apaga un corazón sensible  
 Lleno de sentimientos elevados,  
 Que los hombres destrozan friamente,  
 Sin maligna intención y sin notarlo,

Siguiendo ciegos el brutal instinto,  
 A la necesidad encadenados.  
 Así ¡oh mi patria! una columna tuya  
 Se destruyó por misterioso arcano,  
 Por su propia grandeza derrumbada,  
 Por su propio valor hecha pedazos!  
 El insensible filo del acero  
 Término puso al existir del sabio,  
 Del mismo modo con que muere el crimen  
 En día para México nefasto! . . .

.....  
 Apenas con la sangre del suicida  
 La tierra se manchó. . . . bajó al ocaseo  
 El sol, se desplomaron las tinieblas;  
 Y la rápida lumbre del relámpago,  
 Sobre el cadáver que nadaba en sangre  
 Dejó caer su resplandor aciago,  
 Cual si un genio infernal en el vacío  
 Avivando sus ojos inflamados,  
 Del huracán meciéndose en las alas  
 Se gozase en la sangre y el estrago. . . .  
 Y un acento doliente y lastimero  
 De la América triste, amargo llanto  
 De la patria infeliz desesperada,  
 Oyó al morir el héroe mexicano!

## OCAMPO.

¿Y no es mejor con gloriosa herida  
 Pasado el corazón yacer sin vida  
 Sobre el sangriento suelo,  
 Que arrastrarse cual míseros reptiles  
 Ante las plantas de tiranos viles  
 Y respirar bajo del mismo cielo?

¿Y no es la tumba bienhechor abrigo  
 Al que mira indignado de un amigo  
 El cadáver delante,  
 Y en llanto estéril de dolor deshecho  
 Siente despedazársele en el pecho  
 El corazón de angustia palpitante?

Ah! sí! mil veces tu sangrienta tumba!  
 Eterna maldición al que sucumba  
 Al infamante yugo!  
 Bajar al centro de la tumba helada  
 Víctima sin piedad sacrificada,  
 Antes que respirar con tu verdugo!

Siguiendo ciegos el brutal instinto,  
 A la necesidad encadenados.  
 Así ¡oh mi patria! una columna tuya  
 Se destruyó por misterioso arcano,  
 Por su propia grandeza derrumbada,  
 Por su propio valor hecha pedazos!  
 El insensible filo del acero  
 Término puso al existir del sabio,  
 Del mismo modo con que muere el crimen  
 En día para México nefasto! . . .

.....  
 Apenas con la sangre del suicida  
 La tierra se manchó. . . . bajó al ocaseo  
 El sol, se desplomaron las tinieblas;  
 Y la rápida lumbre del relámpago,  
 Sobre el cadáver que nadaba en sangre  
 Dejó caer su resplandor aciago,  
 Cual si un genio infernal en el vacío  
 Avivando sus ojos inflamados,  
 Del huracán meciéndose en las alas  
 Se gozase en la sangre y el estrago. . . .  
 Y un acento doliente y lastimero  
 De la América triste, amargo llanto  
 De la patria infeliz desesperada,  
 Oyó al morir el héroe mexicano!

## OCAMPO.

¿Y no es mejor con gloriosa herida  
 Pasado el corazón yacer sin vida  
 Sobre el sangriento suelo,  
 Que arrastrarse cual míseros reptiles  
 Ante las plantas de tiranos viles  
 Y respirar bajo del mismo cielo?

¿Y no es la tumba bienhechor abrigo  
 Al que mira indignado de un amigo  
 El cadáver delante,  
 Y en llanto estéril de dolor deshecho  
 Siente despedazársele en el pecho  
 El corazón de angustia palpitante?

Ah! sí! mil veces tu sangrienta tumba!  
 Eterna maldición al que sucumba  
 Al infamante yugo!  
 Bajar al centro de la tumba helada  
 Víctima sin piedad sacrificada,  
 Antes que respirar con tu verdugo!

Mas qué logra el furor? . . . destino aciago  
Pesa sobre la patria, horror y estrago  
Su patrimonio han sido:

En su sangriento suelo cada instante  
Sofoca el opresor con voz tonante  
De la inocente víctima el gemido. . . .

Si acaso brota alguna flor hermosa,  
Cruel mano enemiga la destroza  
Y la arroja en el cieno. . . .

Si un héroe alza la faz, si un genio brilla,  
Lo hiere al punto bárbara cuchilla  
O la calumnia con letal veneno!

Apenas un instante respiraba  
Esa patria infeliz, antes esclava,  
Nuevo golpe la hiere.

No bien de libertad sonó la hora  
Y despuntaba su risueña aurora,  
El noble Ocampo asesinado muere!

Increible maldad. . . . héle allí muerto!  
Solo nos queda ese cadáver yerto  
De aquel genio divino. . . .

Fué dado á la oprobiosa tiranía  
Crear, al soplo de su rabia impía,  
Para tal corazón un asesino!

Gócese, pues, porque ha tendido un velo  
De luto universal, de inmenso duelo

A distancia infinita:  
En los confines últimos del mundo  
Para llorar un crimen tan profundo  
Tal vez un noble corazón palpita!

Ocampo fué una luz resplandeciente,  
Una feliz inspiración viviente:  
Noble genio que gime

Con la opresión, con el ageno agravio;  
Ocampo era elocuente, justo, sabio,  
Y en el amor de su país sublime!

En la patria sus prendas elevadas  
Mal comprendidas fueron ó ignoradas

En tanto que vivía;  
Así como á ninguno ya sorprende  
El claro sol que al firmamento asciende  
Porque en Oriente asoma cada día!

Ay! de ese bello corazón ya frío  
Se derramaba un abundante río

De acciones generosas,  
Tan fácil, dulce y sosegadamente  
Como ligera linfa trasparente  
Que se desliza entre apacibles rosas. . . .

La dulce celestial beneficencia  
Fué de ese noble corazón la esencia;  
Y tan grata le era

Como le es respirar á los vivientes:  
Como es á los tiranos inclementes  
Sangre y horror acumular do quiera.

¿Cuál despreciado é infeliz mendigo  
No halló en su techo hospitalario abrigo

Y en él un tierno hermano?  
¿Qué víctima inocente y desdichada  
En injustas cadenas aherrojada  
No libertó con generosa mano?

Dígalo el estupor, el mudo espanto  
 Que su muerte causó: dígallo el llanto  
 Que brotando del alma  
 Al escuchar el crimen execrable,  
 En cada pobre choza miserable  
 Sonó turbando la nocturna calma!

Ocampo, el grande Ocampo, no era un sabio  
 Sin corazón: por su elocuente labio

La caridad hablaba,  
 Hablaba la virtud, y su creencia  
 Digna de su elevada inteligencia  
 Al Ser Supremo en la verdad buscaba.

Todo, todo acabó. . . . su triste amigo  
 A visitar se llega sin testigo

Su tumba bienhechora,  
 Y ve que allí dobles laureles crecen. . . .  
 Los hijos de la sombra le aborrecen,  
 Y la ilustrada humanidad lo llora.

## AL CORONEL

D. JOSÉ CALDERON.

. . . . illum ex menibus hosticis  
 Matrona bellantis tirani  
 Prospiciens, et adulta virgo  
 Suspiret. . . .

HORACIO.

Al ronco son de fratricida guerra  
 Partió. . . . ¿Sentis estremecer la tierra  
 Con el arranque fiero  
 De su corcel? . . . lanzóse á toda brida  
 Por el furor la frente enardecida,  
 Y fulminando el victorioso acero!

Partió. . . . su acento intrépido revela  
 Bélico ardor, y pues al campo vuela  
 En pos de eterna gloria,  
 Aprestadle magníficos laureles;  
 O bien, si recelais hados crueles,  
 Labradle ya su lápida mortuoria!

Fuerte escuadron de intrépidos soldados,  
 Cual águilas volando alborozados  
 A la sangrienta lucha,  
 Del héroe imitan el ardor intenso. . . .  
 Brillan sus lanzas entre polvo denso,  
 Su ronco grito resonar se escucha! . . . .

Devoran animosos la distancia  
 Los férvidos corceles. . . . la arrogancia  
 Del contrario se abate;

Y sus masas se agitan y disuelven  
 Como las hojas secas se revuelven  
 Cuando furioso el huracan las bate. . . .

Victoria! libertad! mas ¡ay! se agita  
 Trémulo el bronce, y un volcan vomita  
 De destruccion y muerte. . . .

Envuelto en polvo y en sudor sangriento  
 Desplómase un guerrero sin aliento. . . .  
 Es Calderon. . . . ¡oh desdichada suerte!

Templad, templad por un fugaz instante  
 En presencia del cuerpo palpitante

El furor parricida:

Que al ver la patria al héroe moribundo,  
 Resiente en lo más íntimo y profundo  
 Del corazón, la dolorosa herida!

Ni vil flaqueza imagineis ¡soldados!

Esa que en vuestros ojos abrasados  
 Lágrima triste rueda;

Que de tanto heroismo é hidalguía  
 Gloriosa prez de México algun día,  
 Ese misero polvo es lo que queda!

Miradle allí! . . . su manantial no agota  
 La noble sangre, y á torrentes brota  
 Enrojeciendo el suelo;  
 Y de sus ojos que la muerte oprime  
 Por siempre fija la expresion sublime  
 En muda queja se dirige al cielo!

Su mano empuña la brillante espada  
 Jamás vencida, nunca mancillada  
 Por la traicion impura:

Algun dia la patria, en noble ejemplo,  
 La vendrá á suspender como en un templo  
 Al mármol de su noble sepultura!

Era un héroe. . . . murió! . . . pero su mano  
 Hizo temblar al opresor tirano,  
 Y acojerse á las olas

De sus amédrentados batallones,  
 Mientras al mismo pié de sus cañones  
 Ondeaban las rojas banderolas!

Era un héroe. . . . murió! . . . pero la arena  
 Quedó de sangre y de despojos llena

Un espacioso trecho,

Y el campo de la lid asoladora  
 En toda su grandeza aterradora  
 Al herido leon sirvió de lecho! . . .

Débesele á su sombra generosa  
 Una página limpia, fulgorosa,  
 De gloria que no acabe:

Débesele la tumba del guerrero,  
 El laurel del honor que es el primero,  
 Y de la patria el sentimiento grave. . . .

Cesa mi voz. . . . los fúnebres clarines  
 Del campo de batalla en los confines  
 Publiquen duelo y luto:  
 Ronco el cañon los valles asordando  
 Eleve al cielo de uno y otro bando  
 La amarga pena en funeral tributo!

Y la belleza, el amoroso seno  
 De compasion y de entusiasmo lleno  
 Al espirar mi canto,  
 Fije en el héroe su mirar doliente,  
 Y sobre el hielo de esa altiva frente  
 Derrame el fuego de su amargo llanto!

A LA GRATA MEMORIA

DEL C. SANTOS DEGOLLADO.

LOS HÉROES DEL PORVENIR.

Siempre fueron los pueblos ingratos  
 Cuando ensayan las duras cadenas,  
 Y frenéticas Roma y Atenas  
 Inmolaron á Bruto y Foción. . . .

HEREDIA.

Ex otra edad los seres mas atroces  
 Usurparon altivos de los dioses  
 El inmortal asiento,  
 Y ante su faz la humanidad temblando,  
 Iba sus huellas bárbaras buscando  
 Sin voluntad, sin voz ni pensamiento.

Bajo el triunfante carro de la guerra,  
 Muda temblaba de pavor la tierra:  
 Bebia la victoria  
 La sangre de los míseros vencidos,  
 Y á par de sus lamentos y gemidos,  
 Do quier sonaban cánticos de gloria!

Cesa mi voz. . . . los fúnebres clarines  
 Del campo de batalla en los confines  
 Publiquen duelo y luto:  
 Ronco el cañon los valles asordando  
 Eleve al cielo de uno y otro bando  
 La amarga pena en funeral tributo!

Y la belleza, el amoroso seno  
 De compasion y de entusiasmo lleno  
 Al espirar mi canto,  
 Fije en el héroe su mirar doliente,  
 Y sobre el hielo de esa altiva frente  
 Derrame el fuego de su amargo llanto!

A LA GRATA MEMORIA

DEL C. SANTOS DEGOLLADO.

LOS HÉROES DEL PORVENIR.

Siempre fueron los pueblos ingratos  
 Cuando ensayan las duras cadenas,  
 Y frenéticas Roma y Atenas  
 Inmolaron á Bruto y Foción. . . .

HEREDIA.

Ex otra edad los seres mas atroces  
 Usurparon altivos de los dioses  
 El inmortal asiento,  
 Y ante su faz la humanidad temblando,  
 Iba sus huellas bárbaras buscando  
 Sin voluntad, sin voz ni pensamiento.

Bajo el triunfante carro de la guerra,  
 Muda temblaba de pavor la tierra:  
 Bebia la victoria  
 La sangre de los míseros vencidos,  
 Y á par de sus lamentos y gemidos,  
 Do quier sonaban cánticos de gloria!

Y el mónstruo audaz que con orgullo insano  
Se arrancó el corazon dulce y humano  
Para hacerse divino,  
Sonriendo al clamor del vulgo necio,  
Apenas se dignaba con desprecio  
Dictar los fallos del fatal destino!

Muerte al genio, á los libres, á los bravos,  
Cadenas á esos míseros esclavos,  
Esclamaba iracundo,  
No haya mas ley que el vencedor acero!  
Y oyendo el eco del clarin guerrero,  
Eres un héroe! contestaba el mundo.

Lanzábanse guerreros y brídones  
Cual huracan furioso. . . . las naciones  
De horror se estremecian;  
Y al asentar sus plantas el tirano,  
Como en las yermas playas del océano  
La vida y el verdor desaparecian!

Funesta gloria, bárbaro heroísmo,  
Que alzándose del centro del abismo  
Donde los pueblos gimen,  
Ambiciona entre lágrimas y duelo,  
Con la frente inmortal tocar al cielo  
Mientras tiene las plantas en el crimen!

¿Y á qué cuando el coloso derrocado  
Del formidable rayo despojado  
Dios en el polvo aterra,  
Agota la soberbia su tesoro  
Y concurren los mármoles y el oro  
A eternizar el crimen en la tierra?

Áfan inútil. . . . los que amais ardientes  
Sangrientas glorias, y ceñís las frentes  
Con su laurel impuro,

Ya que su brillo seductor os place,  
Jamás llegueis al sitio donde yace  
Un hombre libre en su sepulcro oscuro!

Porque ante ese sepulcro, polvo y nada  
Será vuestra grandeza. . . . avergonzada

La vanidad se humilla,  
Y toda luz es pálida y oscura  
Frente á la llama esplendorosa y pura  
De la virtud que sin rivales brilla!

Los tiranos al verla palidecen;  
Mas las almas sublimes se enardecen  
Enderezando el vuelo

Aun más allá de la terrestre vida,  
A la verdad eterna que escondida  
En el seno de Dios alumbrá el cielo!

En esa tumba que amará la historia,  
Puede inspirarse de heroísmo y gloria  
Una nacion entera;

Y trasmitiendo el ideal divino,  
Arrancar el secreto del destino  
De siglo en siglo á la fatal quimera!

¿Opondreis á tan bellas creaciones  
A través de los tiempos, los blasones  
Que el opresor ostenta,  
Y en frente de cien pueblos libertados,  
Otros mil por el hierro destrozados  
Y un pedazo de púrpura sangrienta? . . .

No de este mármol infecunda fuente  
Brotó de llanto ni de sangre hirviente  
Raudal aborrecible;

Mas un suave celestial perfume  
Que jamás en los aires se consume,  
Una esperanza eterna y apacible. . . .

El ser que allí reposa amó en la vida  
No mas á la virtud esclarecida;

Ni esclavo ni tirano,  
Alzaba ante el poder la osada frente,  
Abria al miserable é indigente  
Brazos de amigo y corazon de hermano!

¿Qué fué en su oído el seductor arrullo  
De la baja lisonja, ó el murmullo  
De la estúpida turba

Que corre en pos de la fortuna loca?  
Resiste inmóvil la gigante roca  
Cuando la mar el huracán conturba. . . .

Ni esclavo ni opresor. . . . en sus hogares  
Tuviste siempre ¡oh libertad! altares:

De sus pasiones dueño,  
Nunca la envidia de la gloria ajena,  
Nunca el orgullo, que entre humildes pená,  
Le enturbió el pecho y arrugó su ceño.

¿Dónde mayor y verdadera gloria?  
Jamás podrá el olvido su memoria  
Velar en sombra oscura:

He allí el terror de pérfidos tiranos,  
Genios nobles, pacíficos, humanos:  
He allí los héroes de la edad futura!

Que pase el tiempo en incansable vuelo  
Y rueden nuevos astros en el cielo  
Con plácida armonía;  
Siempre la luz que la virtud destella,  
En esa tumba brillará mas bella,  
Y lucirá mas pura cada día!

Alumbra como un sol la inteligencia,  
Torne ante los reflejos de la ciencia  
El error á la nada;  
Al genio bienhechor, de polo á polo,  
«Tú eres héroe no mas, grande tú solo!»  
Dirá la humanidad regenerada.

Y tus hijos, horrible tiranía,  
Bajo la marca de altivez sombría  
Que en sus frentes imprimes,  
Al despertar de sus sangrientos sueños,  
Se aterrarán de verse tan pequeños  
En medio de sus víctimas sublimes!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
A LAS  
VÍCTIMAS DE LOS TIRANOS.

11 DE ABRIL DE 1859!

Bañad en sangre, viles tiranos,  
El propio suelo que os vió nacer;  
Mas no ya luego busqueis hermanos:  
He allí su sangre... vedla correr!

Aquí del Ser Eterno en la presencia  
Cayó á los piés del crimen la inocencia!  
Su sangre aquí corrió. . . .

Y traidora venganza fratricida,  
La ilusion de la patria mas querida  
En sepuleral ceniza convirtió!

No hubo piedad. . . . las balas en su pecho  
Penetraron ardientes. . . . fué su lecho  
El suelo ensangrentado;  
Y vióseles inertes y sin vida,  
Triste el mirar, la faz descolorida,  
Tempranas flores que arrancó el arado!

HORAS PERDIDAS.

225

Una sonrisa misteriosa y vaga,  
Última luz de antorcha que se apaga,  
Un ademán altivo,  
El gesto ante la muerte desdeñoso,  
Eran aún de esfuerzo generoso  
¡O vigor juvenil signo expresivo!

Mas ni una mano que el sudor sangriento  
Sobre el triste semblante macilento  
Enjugase piadosa! . . .  
Ni un ay! de compasión que desprendido  
De noble corazón enternecido,  
Endulzase su angustia congojosa!

En torno los verdugos delirantes  
Insultaban sus últimos instantes  
Con gritos de alegría;  
La roja sangre que inundaba el suelo  
En torpe ofrenda consagrandó al cielo,  
Y el infierno con júbilo aplaudía!

Entre la sangre el crimen insolente  
Alzaba en su furor la altiva frente,  
La virtud espiraba. . . .

¡Cuadro espantoso á los tiranos grato!  
El genio del fatal asesinato  
Sobre inocentes víctimas triunfaba! . . .

Triunfaba, sí . . . pero sus tumbas rotas,  
Dejando de mil íclites patriotas

Los fantasmas divinos,  
Ven á los muertos con semblante tierno;  
Y ardiente rayo de anatema eterno  
Fulminan á sus viles asesinos!

«A las heroicas víctimas la gloria,  
 El homenaje eterno de la historia,  
 Un recuerdo profundo;  
 A los monstruos que hollaron la inocencia,  
 El torcedor tenaz de la conciencia,  
 La ira de Dios, la maldición del mundo!

En vano irán en repugnante tropa  
 A buscar á las playas de la Europa  
 Mas felices destinos:

La inmensidad del mar cruzan en vano:  
 Que agitando sus olas el océano,  
 Irá hasta allá á gritarles: ¡asesinos!

Víctimas nobles! crimen sin ejemplo!  
 Es el lugar del sacrificio un templo,  
 Cada tumba un altar,

En donde un pueblo entero consternado,  
 Del infame delito horrorizado,  
 Viene inútil quejas á exhalar!

¿Quién puede indiferente sus despojos  
 Helados contemplar? . . . á vuestros ojos

Se agolpa en turbio río

El llanto del dolor. . . . eran dichosos,  
 Jóvenes, entusiastas, generosos,  
 Y ya reposan en sepulcro frío! . . .

Si hay esclavos aún en esta tierra  
 De libertad, el mármol que allí encierra  
 Cadáveres de hermanos

Remuevan un instante. . . . contemplemos  
 Lo que al furor fanático debemos,  
 Lo que nos han dejado los tiranos!

Esa tumba que ornó nuestro respeto,  
 Un descarnado pálido esqueleto  
 Guarda ya solamente. . . .  
 Dentro de breve tiempo será nada,  
 El acre aliento de esa tumba helada  
 Carcome ya la pensadora frente!

Aquí la destrucción menos activa  
 Una imagen mas tétrica y mas viva  
 A los ojos presenta. . . .

De la materia vil funesta suerte!  
 Mirad la vida devorar la muerte  
 Do la sombría eternidad se asienta!

En ese otro sepulcro. . . . más huyamos  
 De este sitio, que acaso profanamos,  
 Donde la muerte calla,

Donde hablan mil recuerdos espantosos,  
 Y en vista de estos restos lastimosos  
 De indignación el corazón estalla!

Llorad, jóvenes bellas, el tributo  
 Del corazón, el funerario luto  
 Muy bien han merecido

Los que cediendo á un corazón sensible  
 De manera tan trágica y horrible,  
 En la flor de su edad han perecido!

Si al menos en el campo de batalla  
 Les abriese la tumba la metralla  
 De enemigo extranjero!

Mas no, fueron del pueblo los tiranos  
 Indignos y cobardes mexicanos,  
 Sus miserables asesinos fueron!

Llorad sobre los muertos! cuando leve  
 La luna el carro vaporoso y leve  
 Por nuestro hermoso cielo,  
 La paz vertiendo en apacible giro,  
 Consagrad á lo menos un suspiro  
 A los que guarda este sangriento suelo!

Cuando la noble lira del poeta  
 Grabe en el alma dulcemente inquieta  
 Un ideal sublime  
 Muy superior á la terrestre gloria,  
 Traed por un momento á la memoria  
 A los que el sueño de la muerte oprime!

Cuando dulces torrentes de armonía  
 Con vaga misteriosa poesía  
 Halaguen vuestro oído

Y el alma herida ignore lo que siente,  
 Dejad, bajando la divina frente,  
 Escapar de los labios un gemido!

Y gozarán las víctimas amables;  
 Que si viles tiranos detestables

Su sed en sangre apagan,  
 Los mártires heróicos y animosos  
 Que mueren por la patria generosos,  
 De una sincera lágrima se pagan!

• • • • • Abril 10 de 1861.

A MI QUERIDO

HERMANO EPIGMENIO.

¡Oh! cuán triste es ver las flores  
 Ya marchitas en abril,  
 Y ver pálidos colores  
 En semblante juvenil!

EUGENIO DE OCHOA.

¡Ah! nunca falta una ilusión gloriosa  
 Que halague una existencia maldecida,  
 Y en la "mas dulce y apacible vida"  
 Tarde ó temprano es infalible el mal!

CAMPOAMOR.

Cuán apacible el rayo de la luna  
 Resbala por tu losa solitaria!  
 Cuan ardorosa sube la plegaria  
 De una virgen, por tí!

Qué tristes funerales te prepara  
 De tus pobres hermanos la ternura!  
 Es nuestro solo bien la sepultura  
 Porque tú duermes para siempre allí. . .

Llorad sobre los muertos! cuando leve  
 La luna el carro vaporoso y leve  
 Por nuestro hermoso cielo,  
 La paz vertiendo en apacible giro,  
 Consagrad á lo menos un suspiro  
 A los que guarda este sangriento suelo!

Cuando la noble lira del poeta  
 Grabe en el alma dulcemente inquieta  
 Un ideal sublime  
 Muy superior á la terrestre gloria,  
 Traed por un momento á la memoria  
 A los que el sueño de la muerte oprime!

Cuando dulces torrentes de armonía  
 Con vaga misteriosa poesía  
 Halaguen vuestro oído

Y el alma herida ignore lo que siente,  
 Dejad, bajando la divina frente,  
 Escapar de los labios un gemido!

Y gozarán las víctimas amables;  
 Que si viles tiranos detestables

Su sed en sangre apagan,  
 Los mártires heróicos y animosos  
 Que mueren por la patria generosos,  
 De una sincera lágrima se pagan!

• • • • • Abril 10 de 1861.

A MI QUERIDO

HERMANO EPIGMENIO.

¡Oh! cuan triste es ver las flores  
 Ya marchitas en abril,  
 Y ver pálidos colores  
 En semblante juvenil!

EUGENIO DE OCHOA.

¡Ah! nunca falta una ilusión gloriosa  
 Que halague una existencia maldecida,  
 Y en la "mas dulce y apacible vida"  
 Tarde ó temprano es infalible el mal!

CAMPOAMOR.

Cuan apacible el rayo de la luna  
 Resbala por tu losa solitaria!  
 Cuan ardorosa sube la plegaria  
 De una virgen, por tí!

Qué tristes funerales te prepara  
 De tus pobres hermanos la ternura!  
 Es nuestro solo bien la sepultura  
 Porque tú duermes para siempre allí. . .

Reina silencio fúnebre en el campo,  
Su tallo inclinan lánguidas las flores,  
Y perdidos sus vívidos colores

Parecen suspirar!

Los árboles bajando su ramaje  
Esplican mudos su dolor sombrío,  
En las orillas del callado río  
Una apacible voz se oye llorar!

Las plantas y los árboles conocen  
Que el jóven jardinero está ya ausente,  
Y que ninguna mano indiferente

Los cuidará mejor. . . .

Y las aguas comprenden con tristeza  
Que un arbolito verde han destruido,  
Y el mal que á su pesar han cometido  
Lamentan en suspiros de dolor!

Llórale, sí! naturaleza hermosa,  
Por él apaga tu esplendente brillo:  
Que su inocente corazón sencillo

Hallaba en tí placer.

Él mejor que nosotros comprendía  
Tu calma deliciosa y hermosura,  
Faltando solamente á su ventura  
Asociar en su Eden á una mujer.

Una mujer sensible y candorosa,  
Que á la pompa del mundo indiferente,  
De sus labios bebiese dulcemente

Gota á gota el amor.

Una mujer que comprender supiera  
Su alma modesta, ardiente, generosa,  
Y que con su ternura deliciosa  
En placer convirtiera su dolor.

Cuan bello fuera en tu robusto brazo  
El brazo de tu amable compañera,  
Cual se adhiere suave enredadera

Al pino juvenil. . . .

Nunca la faz de la miseria triste  
Viviendo tú á su lado ella vería,  
Ninguna osada mano tocaría  
De tu cariño el mágico pensil!

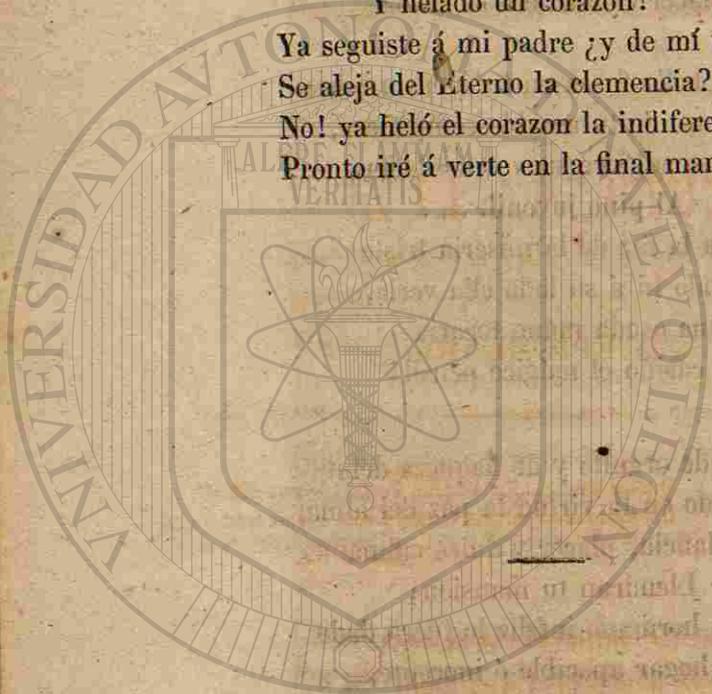
Libre de orgullo y de flaqueza débil  
Gozando en la virtud la paz del alma,  
Abundancia, placer y dulce calma

Llenáran tu mansion;

Y á tu hermano infeliz le fuera dado  
En tu hogar apacible é inocente,  
Ir un momento á reclinar la frente  
Y reposar su herido corazón! . . .

Mas no lo quiso Dios. . . . sombra de muerte  
Nuestra heredad enluta y nuestra casa:  
El labrador que por sus puertas pasa  
Siente el llanto á sus ojos asomar.  
En vano el campo aguarda tu presencia. . . .  
Tu fogoso caballo está impaciente,  
Y vuelve la cabeza inteligente  
Esperando á su dueño ver llegar. . . .

Todo acabó! sobre risueñas flores  
 Derramóse la copa de tu vida!  
 Muy triste es ver una ilusion perdida  
 Y helado un corazon!  
 Ya seguiste á mi padre ¿y de mí triste  
 Se aleja del Eterno la clemencia?  
 No! ya heló el corazon la indiferencia,  
 Pronto iré á verte en la final mansion!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ¡ÚLTIMA LUZ!

A EPIGMENIO.

Il n'est plus! . . . il n'est plus, l'enfant de mon dētre!  
 Il n'est plus qu'un vain son qui frémit sur ma lyre!

LAMARTINE.

Huyamos del mundano desvario!  
 Huyamos al desierto ilimitado:  
 Aquí con un cadáver encerrado  
 Mirando estoy su dolorida faz!  
 Escalemos las cimas encumbradas  
 Donde la eterna nieve toca al cielo:  
 Cubra esa tumba funerario velo,  
 Mientras alcanzo su envidiable paz!

Lo sublime no mas puede una fibra  
 Tocar en ulcerados corazones  
 Que responda con fuertes vibraciones  
 Cuando despojos de la vida son.

Lo sublime no mas, rayo divino  
Que brota con el temple del acero,  
Del tormento del genio verdadero,  
Del hirviente volcan de una pasion!

Es la voz del amor sin esperanza,  
Abismado en el centro de una tumba,  
Es enorme ambicion que se derrumba  
Desde el cielo hasta el fango terrenal!  
Es la pasion cayendo de improviso  
En la fria razon indiferente,  
Cual si en el cráter de volcan ardiente,  
De inmensa altura se arrojase el mar!

Yo lo quiero sentir. . . . al pecho herido  
Ya no penetran tibias emociones,  
No lo conmueven fútiles pasiones,  
Ni lo seducen sombras sin color. . . .  
¿Son precisas las lágrimas del alma?  
Yo las lloré. . . . ¿devorador hastío?  
Mi corazon lanzado en el vacio  
Se consume en la fiebre del dolor. . . .

Llebadme donde el mar entre las rocas  
Con áspero rugido se quebranta!  
Pueda mirar la espuma que levanta  
Al sentir enfrenado su furor. . . .  
Quiero mirar al huracan lanzarse  
Sobre las playas que la mar inunda,  
Y abrir en ella sima tan profunda,  
Como el abismo que cavó el dolor!

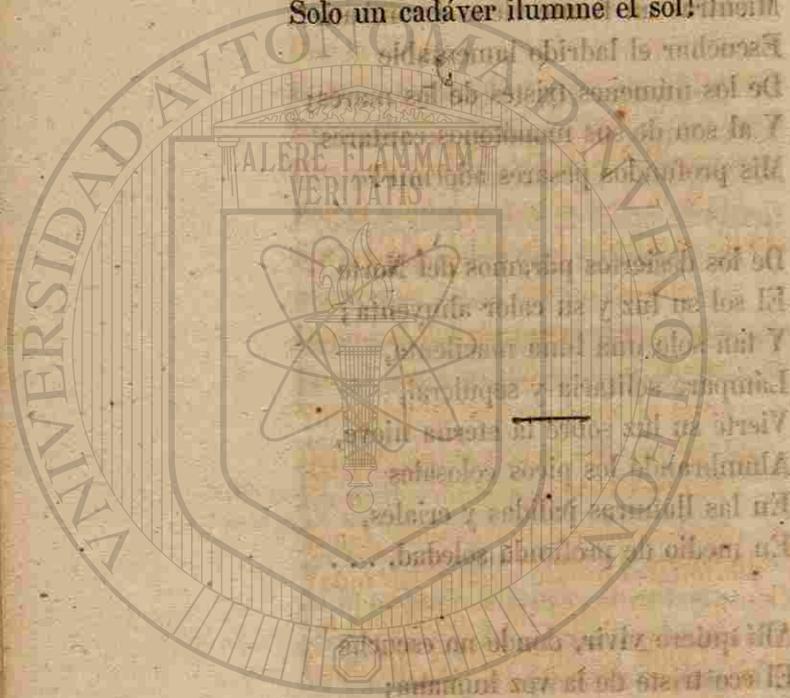
Quiero mirar á las marinas aves  
Vagar cruzando la region vacia,  
Por evitar la tempestad sombría,  
Mientras mi frente viene á combatir!  
Escuchar el ladrido lamentable  
De los númenes tristes de los mares;  
Y al son de sus monótonos cantares  
Mis profundos pesares adormir!

De los desiertos páramos del Norte  
El sol su luz y su calor ahuyenta;  
Y tan solo una luna macilenta,  
Lámpara solitaria y sepulcral,  
Vierte su luz sobre la eterna nieve,  
Alumbrando los picos colosales  
En las llanuras pálidas y eriales,  
En medio de profunda soledad. . . .

Allí quiero vivir, donde no escuche  
El eco triste de la voz humana;  
En donde ayer no haya, ni mañana,  
Ni crimen, ni virtud, ni bien, ni mal!  
Do solo turba el sepulcral silencio,  
De las aves el tétrico gemido,  
O el témpano de hielo desprendido  
Cuando lo azota el fiero vendaval!

Allí quiero vivir en triste noche  
Con el fatal recuerdo que me oprime,  
Buscando lo inmortal y lo sublime,  
Y olvidando la vida ver á Dios!

Y cuando las regiones tropicales  
 Deje la virgen pálida, y la nieve  
 Sienta que ardor intenso la conmueve,  
 Solo un cadáver ilumine el sol!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

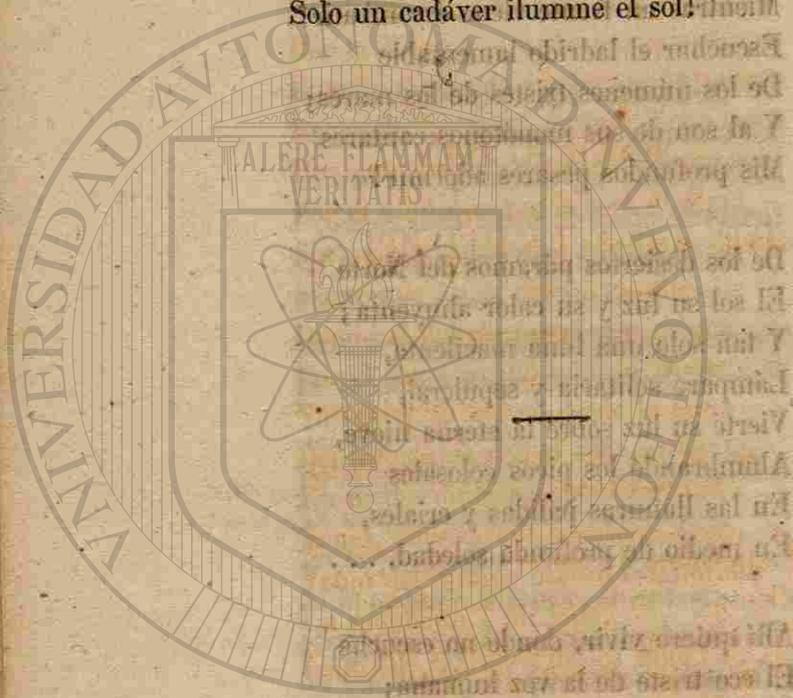
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

EVOCACION  
 DE LOS ESPÍRITUS.

Me parece que su espíritu  
 Acompaña mi dolor. . . .  
 JOSEFA SIERRA.

En la calma de noche silenciosa,  
 Mientras van las estrellas apagando  
 En el éter azul su luz hermosa,  
 Al Occidente trémulas bajando  
 Sobre la tierra que en quietud reposa:  
 En tanto que descansan los mortales  
 A quienes Dios concede el dulce sueño  
 Como un alivio grato de sus males;  
 Yo sin gozar su plácido beleño,  
 Devorado de fiebre abrasadora,  
 De media noche en la solemne hora  
 Evoco los espíritus queridos,  
 Las sombras de los seres que me amaron,  
 Y á otra mansión incógnita volaron,  
 De la terrena esencia desprendidos!

Y cuando las regiones tropicales  
 Deje la virgen pálida, y la nieve  
 Sienta que ardor intenso la conmueve,  
 Solo un cadáver ilumine el sol!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## EVOCACION DE LOS ESPÍRITUS.

Me parece que su espíritu  
 Acompaña mi dolor. . . .

JOSEFA SIERRA.

En la calma de noche silenciosa,  
 Mientras van las estrellas apagando  
 En el éter azul su luz hermosa,  
 Al Occidente trémulas bajando  
 Sobre la tierra que en quietud reposa:  
 En tanto que descansan los mortales  
 A quienes Dios concede el dulce sueño  
 Como un alivio grato de sus males;  
 Yo sin gozar su plácido beleño,  
 Devorado de fiebre abrasadora,  
 De media noche en la solemne hora  
 Evoco los espíritus queridos,  
 Las sombras de los seres que me amaron,  
 Y á otra mansión incógnita volaron,  
 De la terrena esencia desprendidos!

«¡Por el horrible hastío  
 Que en el festin del mundo me devora,  
 Por las ardientes lágrimas que llora  
 El triste corazón siempre vacío!  
 Por la fiebre que corre por mis venas  
 Cuando evocando sueños de ternura,  
 Recuerdo instantes de una dicha pura  
 Hoy convertida en insufribles penas!  
 Por el afán que me devora el alma,  
 Sin que lo calme el sueño breve instante,  
 Serenando mi pecho palpitante,  
 Dando al delirio mentirosa calma. . . .  
 Por el funesto sino que mi frente  
 Ya marchita marcó desde la cuna  
 Del infortunio con el sello ardiente,  
 En medio de la próspera fortuna!  
 Venid, dejando los sepulcros fríos,  
 Venid del mundo oscuro é ignorado  
 Un momento á mi lado,  
 Espíritus sagrados de los míos! . . .

No desprecieis mi doloroso ruego!  
 Mirad correr mis lágrimas de fuego. . . .  
 La triste voz del corazón oíd!  
 Ved que en mi duelo delirante os llamo,  
 Propicios atendiendo mi reclamo,  
 Venid, dulces espíritus, venid!» . . .

.....  
 El aire se conmueve  
 Con vibraciones trémulas, el alma  
 Queda abismada en pensamiento grave;

Y el armonioso giro  
 De las aéreas alas más suave  
 Que el eco misterioso de un suspiro  
 Me parece sentir: ¡ah! sí, son ellos!  
 Los espíritus son! . . . un soplo helado  
 Crispa mis nervios, el aliento muere  
 Latiendo el corazón apresurado,  
 Y fantástica llama  
 En torno de mi frente se presenta,  
 Y batiendo mi sien calenturienta  
 El pensamiento más y más inflama!  
 Después pasando aliento misterioso  
 Veloz apaga el círculo lumbroso  
 Y me arroja en profunda oscuridad. . . .  
 Entre el temor y la esperanza luchó,  
 Con el alma os escucho,  
 Adorados espíritus, hablad!  
 «Puesto que nada de la vida esperas,  
 A la verdad eleva tu razón!  
 Abandonando sueños y quimeras,  
 Recobrarás la paz del corazón.

Ha quemado tu frente el pensamiento,  
 Secos están tus ojos de llorar,  
 ¿Y aun no descubres en su eterno asiento  
 La esplendorosa luz de la verdad?

¿Por qué apartado de los hombres lloras  
 En derredor de los sepulcros yertos,  
 Si en el oscuro valle donde moras,  
 Es donde están los verdaderos muertos?

¿Piensas que vive el alma comprimida  
Mientras anima la materia impura?  
Al destrozarse esa prision oscura  
Es cuando alcanza verdadera vida!

¿Por qué llorarnos como llora un niño  
Recordando placeres fugitivos,  
Si los seres que estraña tu cariño  
Gozando están en otro mundo vivos?

En la materia preso todavía,  
Eres aún el águila enjaulada,  
Que batiendo las alas agitada  
Volar no puede á la region vacía!

Fijos los ojos con amargo duelo,  
Lloras la destruccion de la materia. . . .  
Mas es la cárcel llena de miseria  
Que el alma deja al remontar su vuelo!

Imaginas que al golpe de la muerte  
Quedaste solo y sin ningun amigo  
En el mar de la vida; mas advierte  
Que la esperanza vivirá contigo.

Y nosotros tambien contigo estamos,  
Y gozamos á veces con tus quejas;  
Y alguna vez con tu placer lloramos,  
Porque del dulce término te alejas!

Mas que el amor de la mundana vida,  
Ardiente es del espíritu el amor;  
No agraves mas la dolorosa herida,  
Aduerme con la ciencia tu dolor.

No sufras ya por sueños engañosos,  
Recobra en Dios la paz y la quietud;  
En medio de los mares tempestuosos,  
Sigue tenaz la luz de la virtud.

Y aunque á tu lado el mundo descreido  
Niegue el futuro y del presente ria,  
Avivando la fe cierra el oido  
A la algazara de su loca orgía!

Piensa que si la tumba nos divide,  
Ha de unirnos la tumba alguna vez;  
Y el denso velo que tu dicha impide,  
Está ya desgarrándose tal vez!»

Así su dulce voz consoladora  
Acallaba un instante mi dolor. . . .  
Mas ya la luz rosada de la aurora,  
Los azulados horizontes dora. . . .  
¡Ay! amados espíritus, adios!!

## UNA SOMBRA DEL COMBATE.

A MI QUERIDO AMIGO

OCTAVIANO MUZQUIZ.

Sangre, sangre, herid, matad!  
 Todo, todo es permitido:  
 No exista para el vencido  
 Respeto á sexo ni edad!  
 Los gritos de su conciencia  
 Sofoque el feroz soldado,  
 Y con brazo ensangrentado  
 Atropelle la inocencia!...

SHAKESPEARE. Traducción de D. P. de X.

I

TODAVÍA las trágicas escenas  
 Mirando estoy, y el corazón palpita  
 Con la impresión de fuego que dejaron  
 Aquellas horas de tormento llenas,  
 Aquella sangre que venganza grita,  
 Y el duro choque del combate ciego  
 En que tantos cadáveres sin nombre  
 Alcanzaron mis ojos aterrados,

A la luz de una ráfaga del fuego  
 En medio á los escómbros abrasados!

Ay! poco antes que la guerra  
 Lanzase en rápido vuelo  
 Todas las furias que encierra,  
 ¡Cuan bella estaba la tierra!  
 Y cuan apacible el cielo!

Las frescas auras de abril

En torno de la ciudad

Agitaban un pensil

De flores, con suavidad

Como en un sueño infantil.

En silencio delicioso

Los campos se adormecian;

Y en el ramaje frondoso

Los dulces ecos se oían

De algun pájaro armonioso!

Era una paz tan serena

Que penetraba hasta el alma;

Dulce sueño que enagena

Después de profunda pena

En inexplicable calma.

¿Cómo no dar al olvido

Por un momento el afán,

Si el espíritu abstraído

Volaba al bello volcan

Entre las nubes perdido?

Aquel magnífico manto

De nieve en la inmensa altura

Prendido, tenía un encanto  
 Que hacia nublarse un tanto  
 Los ojos con su hermosura!  
 Era preciso soñar  
 En tan delicioso Eden;  
 Era fuerza imaginar  
 Que solo el genio del bien  
 Pudo tal belleza crear! . . .

De súbito, bronco, terrible estallido,  
 Arroja en los aires bramando el cañon;  
 El cielo se atruena con sordo zumbido,  
 La mente se turba. . . se heló el corazon!

Cruzando las bombas las auras hermosas  
 El seno parecen buscar de la tierra,  
 Y brotan de nuevo, rugiendo furiosas,  
 Cual mónstruos rabiosos que aborta la guerra. . .

Los techos se hunden! vacila el cimiento. . .  
 Ya es ruina el palacio, mansion del placer! . . .  
 Y alzando entre escombros el rostro sangriento,  
 Quebrados los miembros, se ve una mujer. . .

Oh! no hay tormento mayor  
 Que el de ver á un inocente  
 Presa de intenso dolor,  
 Pedir con eco doliente  
 Misericordia al Señor!

Y alzar los débiles brazos  
 Para cubrirse la herida,  
 Por donde se huye la vida

Haciendo con su partida  
 Otro corazon pedazos,  
 Y el acento maternal  
 Que dominando el combate  
 Llega al trono celest. al,  
 Y el pecho mas firme abate  
 Con su dolor sin igual!

Destrozad en buena hora,  
 Aniquilad la ciudad!  
 Una voz acusadora  
 Sube á la eterna bondad  
 Por cada mujer que llora!  
 Saciad vuestra rabia fiera  
 En víctimas inocentes;  
 Mas al tocar la trinchera,  
 Con tranquilidad guerrera  
 Os aguardan mil valientes! . . .

## II

Horrible confusion! unas tras otras  
 Cruzan las bombas el azul del cielo,  
 Cual aves de rapiña que una presa  
 Buscando van con su mirar de fuego.  
 Aquí destrozan un albergue humilde,  
 Allí el palacio y el suntuoso templo,  
 Aras y altares reduciendo á polvo,  
 Lanzando las efigies en fragmentos;  
 Y al través de profundas oquedades  
 Turbando el triste sueño de los muertos!  
 En vano suenan férvidas plegarias

Con que invoca el temor al Ser Supremo;  
 La destruccion horrible por do quiera  
 Vuela cumpliendo su fatal decreto,  
 Sin atender á las cobardes lágrimas,  
 Sin escuchar el doloroso ruego.  
 Por una parte una columna negra  
 De polvo, se levanta desde el suelo. . . .  
 Por otra las paredes se coronan  
 Con la azarosa lumbre del incendio. . . .  
 Aquí parece la ciudad callada  
 Lúgubre solitario cementerio;  
 Allá la plebe ansiosa se reúne  
 Sombria como el mar que agita el viento;  
 Y al caer los veloces proyectiles,  
 Arranca maldiciones de su pecho,  
 Mirando que sus hijos y mujeres  
 Heridos se revuelcan por el suelo! . . .  
 Mas ¿qué nuevo ruido en el espacio  
 Se agita con furor, y el roncó trueno  
 De las bombas sofoca? . . . es que indignado  
 El antiguo volcan lanza del seno  
 La lava amontonada por los siglos,  
 Por sepultar al bárbaro extranjero? . . .  
 El enemigo asalta las murallas  
 De cien cañones al terrible fuego.  
 Ébrios soldados de furor y vino,  
 Descompuesto el semblante, los cabellos  
 Erizados, saltándoles los ojos  
 Cual demonios lanzados del infierno! . . .  
 Llegó la hora terrible. . . se desploma  
 En la ciudad un huracan de hierro.

Y un terror mas profundo que los otros  
 Invade el corazon, crispa los miembros  
 De la gente infeliz, que desolada,  
 Cerrando sus albergues en silencio,  
 Desaparece al fin ante el combate  
 Como tropa de pálidos espectros,  
 Quedando solamente los valientes  
 Frente á la tempestad, del campo dueños,  
 Cruzando sus miradas con la lumbre  
 De las bombas que estallan en el cielo,  
 Respondiendo á los gritos de la muerte  
 Con gritos de furor, y apareciendo  
 Cual verdaderos dioses de la guerra,  
 Entre nubes de pólvora y de fuego!

## III

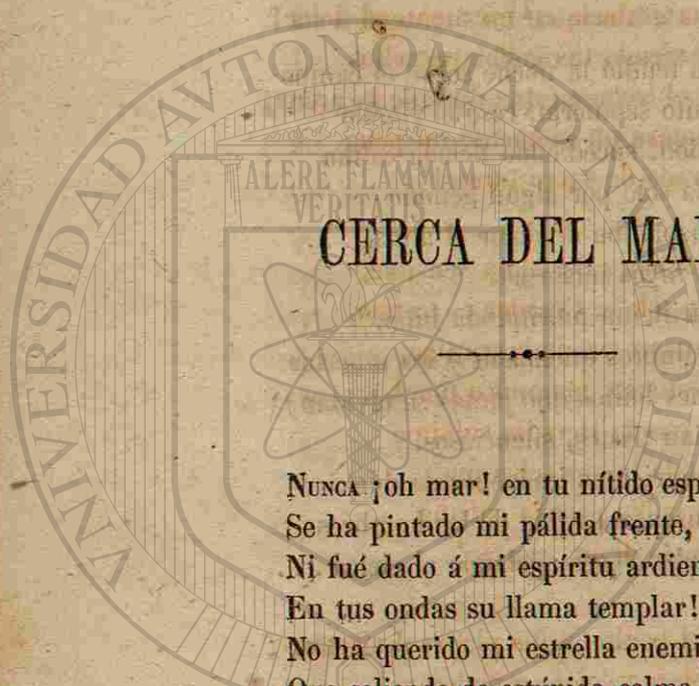
Huyendo el triste rostro de la muerte,  
 Subimos á la altura, y presentóse  
 Una escena sublime á nuestros ojos. . . .  
 El sol, velando su ardorosa lumbre,  
 Entre celajes cándidos, posaba  
 Del inmenso volcan sobre la cumbre,  
 Y desde el trono de la eterna nieve,  
 Con moribundo rayo iluminaba  
 El estendido campo de la lucha,  
 Del heroísmo y la opresion impia,  
 Con terrible furor se enardecia. . . .  
 Una muralla como mármol densa  
 De polvo y humo, en su estension inmensa  
 De Sur á Norte la ciudad ceñía,  
 Velando del combate los horrores,

Hecha á cada momento mil pedazos  
 Por fugaces y ardientes resplandores. . . .  
 El incesante trueno de las bocas  
 De fuego, en vano en describir se empeña  
 La pluma, y era solo comparable  
 Al áspero fragor con que en las rocas  
 El Niágara sublime se despeña. . . .  
 Al cirlo exaltábase la mente  
 Con la revelación del infinito,  
 Latía el corazón apresurado,  
 En el delirio de una fiebre ardiente  
 Se agitaba el cerebro conturbado;  
 Y los ojos fijábanse tenaces  
 En las nubes, aliento de la lucha,  
 Do millares de estrellas esparcidas  
 Brotaban centellando y se apagaban  
 Y lucían sin fin, mientras veloces  
 Ardientes plomos por do quier volaban!  
 De minuto en minuto estremecidos  
 Vomitaban su lumbre los cañones  
 De la plaza, las piedras conmoviendo  
 De fuertes edificios y bastiones,  
 Y al instante surcando la llanura  
 Los enemigos bronce estallaban,  
 Y en dirección opuesta en el espacio  
 Sus alientos de llama se chocaban!  
 Mas la niebla estrechando la distancia  
 Formó á la vista perspectiva rara,  
 Cual si la escena móvil del combate  
 Hasta la falda del volcán llegara,  
 Y al fuego mexicano parecía

Que encendiendo mil cráteres perdidos  
 El gigante de Anáhuac respondía! . . .

## IV

Cuando tendió la noche sobre el campo  
 Su manto sepulcral, cesó el rugido  
 Del cañon, sucediendo helada calma  
 Turbada solo por algún gemido  
 Que traspasaba de dolor el alma. . . .  
 Y á los rayos inciertos  
 De amarillenta moribunda luna,  
 Los escombros quemados y los muertos  
 (Informes bultos que jamás se olvidan)  
 Aparecían tristes, silenciosos,  
 Cual sangrientas imágenes de duelo  
 De la insensata rabia de los hombres  
 Con mudas voces apelando al cielo! . . .



CERCA DEL MAR.

NUNCA ¡oh mar! en tu nítido espejo  
Se ha pintado mi pálida frente,  
Ni fué dado á mi espíritu ardiente  
En tus ondas su llama templar!  
No ha querido mi estrella enemiga  
Que saliendo de estúpida calma,  
Las tormentas horribles del alma  
Comparase á las tuyas ¡oh mar!

Destinado á libar desde niño  
Triste cáliz de amargos dolores,  
Sobre campos cubiertos de flores,  
Bajo un cielo de hermoso zafir. . . .  
Cuanto ansié de tus olas hirvientes  
Escuchar el terrífico trueno,  
Y cual tabla perdida en tu seno,  
Tu agitada existencia seguir!

El veloz huracán que la espuma  
De tus húmedas playas orea,  
Arrancára tal vez una idea  
Que ha grabado en mi mente el dolor!  
Quizá viendo tus golfos revueltos  
Hasta el lecho en que duerme la arena,  
Se calmára un momento mi pena  
Penetrado de sacro terror!

Los combates del alma sensible,  
De que solo el Creador es testigo,  
Simpatizan sin duda contigo,  
Tempestuoso, magnífico mar!  
Y por eso de Heredia sublime  
Te saluda la voz soberana,  
Y á la noble poetisa cubana  
Inspiraste divino cantar!

Vaga el genio en tus playas desiertas,  
Y su eterno dolor enmudece;  
Que en tu espejo movible aparece  
Una imágen visible de Dios.  
Y al mirar que tu furia terrible,  
Amenaza del cielo, refrena  
Débil muro de pálida arena,  
Del orgullo se apaga la voz!

Yo no sé si fantástica forma  
Te ha prestado mi mente ardorosa;  
Pero solo tu sombra grandiosa  
Palpitar hace ya el corazón!

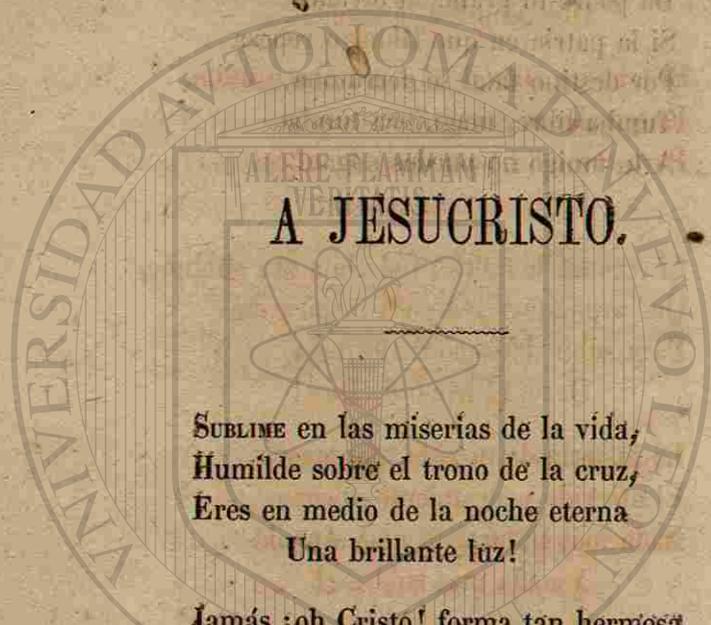
Y me anima un ardiente deseo  
De poder comparar un momento,  
Si el abismo que creó el pensamiento  
A tu abismo profundo igualó!

En mis horas de loco delirio,  
En momentos de amarga tristeza,  
Tu ideal, infinita belleza,  
Como luz de consuelo entreví.  
Ya por fin á tu costa me acerco,  
Oigo ya tu sonoro rugido;  
En tus ondas amargas mecido,  
Grato asilo serás para mí!

Yo bien sé que en tus lindes remotos  
Tienes playas estériles, frías,  
Donde yertos fantasmas los días  
Tras un velo se miran pasar. . . .  
Donde apaga la antorcha del cielo  
En la nieve su luz refulgente,  
Y quisiera en su orilla doliente  
De mi patria los males llorar!

Dominando tu líquida espalda  
Se levantan escollos sombríos  
Que no logran tiranos impíos  
Profanar con su loca ambicion.  
Allí en medio de antiguas señales  
De otra edad que olvidaron los hombres,  
Grabar quiero de nuevo los nombres  
Que detesta la vil opresion!

Y esperar, arrullando en tu seno  
Agitado mis tristes pesares,  
Que otra brisa me lleve á otros mares  
Do podré tu grandeza olvidar.  
Si la patria en que Hidalgo reposa  
Por destino fatal se derrumba,  
Tumba libre, magnífica tumba  
A tu amigo no puedes negar!



A JESUCRISTO.

SUBLIME en las miserias de la vida,  
Humilde sobre el trono de la cruz,  
Eres en medio de la noche eterna  
Una brillante luz!

Jamás ¡oh Cristo! forma tan hermosa  
Por la terrena atmósfera cruzó,  
Jamás un ser tan poderoso y grande  
Nuestro globo pisó!

Ápenas muestras la divina frente,  
Brotó la inspiración, brotó la fe,  
Y las tristes quimeras de los siglos  
Espiran á tus piés!

Ápenas mueves el ardiente labio,  
Á la tierra desciende la verdad,  
Y descubré en el cielo su esperanza  
La triste humanidad. . . .

Ya la duda te muestre como hombre  
O ya la fe te adore como Dios,  
Encierras un misterio tan profundo  
Que asombra la razón! . . .

Si eras un Dios ¡qué amor tan infinito  
Encerraba tu pecho celestial,  
Para esconder tu poderosa esencia  
En la carne mortal!

Si eras un hombre ¡qué alma tan sublime,  
Qué ardiente y generosa inspiración  
Para subir del seno de la nada  
Hasta el trono de Dios!

La historia de tu vida, del ateo  
El atrevido pensamiento oprime,  
Nada mas natural ni mas sencillo  
Y nada mas sublime!

Vives rodeado de la humana escoria,  
Oyes rugir al crimen insolente;  
Y no se altera la apacible calma  
De tu divina frente!

Vives en medio de infinitos vicios  
Que aclama dioses la maldad romana,  
Y nunca muestra la pasión su fuego  
Sobre tu frente humana!

Los mortales se admiran de ser grandes:  
Para tí la grandeza es natural,  
Y fuera de tu atmósfera sublime  
No puedes respirar!

Tranquilamente á la pasion provocas,  
Sencillamente dices que eres Dios. . . .  
Si al mar enfrenas, si á la muerte mandas,  
No se altera tu voz!

Abrigas ambicion tan desmedida  
Que no cabe en el alma de un mortal;  
Pero mayor que esa ambicion inmensa,  
Mayor es tu humildad!

Tu inteligencia límites no tiene,  
Fuente de luz, espíritu creador;  
Pero igual á tu vasta inteligencia,  
Igual es tu candor!

El tierno niño comprenderte puede  
Cosas que el mundo no entendió jamás;  
Todas sencillas, fáciles. . . . el sabio  
No puede entender mas!

Qué despego de todo lo mezquino!  
Qué desprecio de todo lo vulgar!  
Tú la ley implacable del destino  
Lograste contrastar!

Grande, sublime, Salvador del mundo!  
Para cantarte débil es mi voz. . . .  
Tú mi esperanza, ante tus piés mi frente,  
Seas hombre, seas Dios!

## LA VIDA Y LA FE.

### SONETO.

REVUELTO mar de penas es la vida  
Donde el mortal sin término batalla,  
Y en cada escollo y mal segura playa  
Náufrago deja una ilusion perdida.

No bien al soplo del placer mecida  
La onda furiosa su rumor acalla,  
Cuando mas recia tempestad estalla  
Del blando seno de la paz nacida!

Mas no mi frente humillará el destino;  
Si del futuro en la region ignota  
La fe mostrando su fanal divino

Otra existencia mas feliz revela,  
Jueguen las olas con mi barca rota,  
Rompa feroz el huracan mi vela!



LA VENGANZA

DE UN MEXICANO.

CUADRO HISTÓRICO.

A MI AMADO PADRE

EL SEÑOR DON MATEO ECHAIZ.

Natural es al hombre la venganza,  
Es propio de los dioses el perdón. . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.

DON NICOLÁS BRAVO, oficial del Sr. Morelos.  
DON PABLO GALIANA, subalterno de Bravo.  
DON RAMON SESMA, idem.  
DON JUAN DE ESCOBEDO, oficial español, prisionero de Bravo.  
DON DIEGO GUZMAN, comerciante español, idem.  
DON LUIS, jóven español, idem.  
DOÑA INÉS GUZMAN, hija de D. Diego, prometida de D. Luis.  
CAYETANO, soldado negro de la costa.  
Prisioneros españoles.  
Soldados independientes, la mayor parte negros.

(Setiembre de 1821.)

LA VENGANZA

DE UN MEXICANO.

ACTO ÚNICO.

La escena pasa en Medellín, en una sala adornada con armas y trofeos militares colocados sin estudio. Puertas en el fondo y á la derecha, guardadas por centinelas. Ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON JUAN, DON DIEGO.

Sentados cerca de una mesa donde arde una lámpara opaca, aparecen D. Luis y D. Diego envueltos en sus capas y en actitud melancólica. D. Juan está recostado sobre algunos arneses de montar.

DON LUIS.

¡Oh cuan triste es la velada  
Del desventurado preso!  
Cada hora desdichada  
Añade su horrible peso  
A el alma desesperada!  
Mil ideas de dolor  
En la frente abrasadora...

Y entre las sombras de horror  
 Que brotan en derredor,  
 Ninguna consoladora!  
 Si pensamos en la vida,  
 En los oídos retumba  
 Una descarga homicida. . . .  
 Si en una imagen querida  
 Vemos tras ella la tumba. . . .  
 ¡Ay de mí! ¿por qué soñaba  
 Existencia de placer  
 Al lado de una mujer  
 Que delirante adoraba,  
 Si mi triste porvenir  
 Disipada la quimera,  
 Era tan solo vivir  
 Desventurado, y morir  
 En una tierra extranjera? . . . .

DON DIEGO.

Justas vuestras quejas son  
 Don Luis, de hierro es sin duda  
 El corazón que no muda  
 De ser, en una prision.  
 Lejos del grato consuelo  
 A que se halla acostumbrado,  
 Se reconcentra en su duelo,  
 Juzgándose abandonado  
 De los hombres y del cielo.  
 Salvando las frías rejas  
 Tras que su pena se esconde,  
 Anhela volar adonde

Está su amor, y á sus quejas  
 Tal vez el odio responde. . . .  
 No hay de reposo un momento,  
 No hay un apacible son,  
 No hay hermoso pensamiento  
 Que penetre á la mansion  
 En donde habita el tormento!  
 A Inés llorais como amante,  
 Yo como padre la lloro. . . .  
 Sufro mas á cada instante;  
 A perder ese tesoro  
 No hay resignacion bastante. . . .  
 Mas calumniando al destino  
 Quizá impaciente se lanza  
 La imaginacion sin tino,  
 Y al fin de nuestro camino  
 Se sonríe la esperanza. . . .

DON JUAN.

¿Y qué os importa, señores,  
 Si son placer y tormento,  
 Falsas espinas y flores,  
 Fantasmas engañosos  
 Que pasan en un momento? . . . .  
 ¿A qué fijar la mirada  
 En la corriente perdida  
 Que pasa precipitada?  
 ¿A qué analizar la vida  
 Que va á morir en la nada?  
 La esperanza! . . . falsa diosa  
 Que al anublarse una estrella

Asoma su frente bella,  
 Es como Venus hermosa,  
 Y fementida como ella!  
 Tal vez á algun miserable  
 Da vida cuando lo halaga;  
 Y tal vez de otro la llaga  
 Hace por siempre incurable. . . .  
 Yo no esquivo su presencia;  
 Mas á heridas del dolor,  
 Os juro por mi conciencia,  
 Que una estoica indiferencia  
 Es el remedio mejor!  
 Cuando con su soplo frío  
 El corazón se adormece,  
 Bajo su manto sombrío,  
 Lo mismo el pesar impío  
 Que la ventura parece.  
 Lo tengo experimentado:  
 La continua variedad  
 De mi vida de soldado,  
 Forzando mi voluntad  
 Esa verdad me ha enseñado:  
 Yo nada temo ni quiero;  
 Ignoro lo que será  
 El porvenir, y lo espero  
 Con calma, si vivo ó muero  
 El Eterno lo sabrá.  
 Y solamente me afano  
 Cuando el destino me lleve  
 Al cadalso por la mano,  
 En mostrar como se atreve:

A morir un castellano!  
 Vuestra hija, señor don Diego,  
 Es la balsámica flor  
 A quien dará dulce riego  
 La Madre del Redentor  
 Si os toca sufrir el fuego.  
 Vuestra amada, buen don Luis,  
 Si os cubre fúnebre manto,  
 Allá en el alcázar santo  
 La encontrareis mas feliz  
 Que en este valle de llanto! . . . .  
 En esto, amigos, se encierra  
 Toda mi filosofía;  
 Mas aun pisamos la tierra  
 Y pienso que todavía  
 Daremos sobrada guerra.  
 Entre tanto os aconsejo  
 El sueño que el mal divierte;  
 Y del tema no me alejo  
 Que el sueño, si no es espejo  
 Es imagen de la muerte!

## ESCENA SEGUNDA.

*Dichos.* SESMA.

Entra D. Ramon Sesma con algunos soldados, y releva á los centinelas dándoles la consigna al oído. En seguida aparece un fraile en la puerta lateral, atraviesa la habitación y entra en la pieza del fondo, donde se supone está encerrado el resto de los prisioneros. Al retirarse Sesma se pone en pié D. Juan y le dirige la palabra.

DON JUAN.

Un momento, caballero,  
 Puesto que de vos consigo

Desde que soy prisionero,  
Mas el trato de un amigo  
Que el ceño de carcelero,  
Estended vuestra bondad  
A nuestra mezquina suerte. . . .  
Habladme con claridad,  
¿Obtendremos libertad  
O nos aguarda la muerte?

SESMA.

Señor don Juan, no podré  
Deciros. . . . pregunta es esta  
Muy interesante á fe;  
Pero, por Dios, que no sé  
Cual deba ser la respuesta.  
Vos que al rey habeis servido,  
Teneis sin duda observado,  
Que el destino del soldado  
Está á veces suspendido  
Por un hilo muy delgado. . . .

DON JUAN.

Harto presente lo tengo;  
Mas en llegando á saber  
Si el hilo se ha de romper,  
A la caída me avengo  
En paz, si no con placer.  
Cuando un santo religioso  
Muestra su pálida frente  
En sombrío calabozo,  
Es un prólogo evidente  
Para el eterno reposo. . . .

DON LUIS.

Estamos ya sentenciados  
A muerte?

SESMA.

Que sepa yo  
Al menos, todavía no;  
Si un tribunal de malvados  
Otra sangre no vertió.

DON DIEGO.

Un tribunal! . . . prisioneros  
Caímos en buena lid.  
¿No se guardarán los fueros  
Propios de la guerra?

SESMA.

Oid.

Poco despues que batió  
A Labaqui, en el Palmar,  
Mi general, le llegó  
Triste nueva, que cambió  
Su gozo en hondo pesar,  
Mientras en glorioso día  
Laureles de buena ley  
La victoria le ceñía,  
Su anciano padre caía  
En las manos del virey!

DON JUAN.

Su padre! fatalidad  
Funesta!

ECHAIZ.

SESMA.

Sí, muy funesta.  
De su alma la mitad  
Pierde Bravo, y libertad  
Y vida al vez os cuesta!

DON DIEGO.

Nuestra suerte en relacion  
Con la del preso se advierte;  
Dándole el virey perdon,  
Logra nuestra salvacion:  
Si le mata, nuestra muerte!

SESMA.

Tal es la ley de la guerra.

DON JUAN.

Es justa por ser igual.

DON LUIS.

Del virey el pecho encierra  
Un orgullo criminal  
Que mi esperanza destierra.

SESMA.

Los altivos opresores,  
A cuantos alzan la frente  
Bajo el pendon insurgente,  
Tratan de viles traidores  
Y de canalla insolente.  
No hay tregua ni compasion:  
Donde resbala la planta

De un patriota campeon,  
Una horca se levanta  
Y cae una excomunion!

DON LUIS.

Tan odiosa tiranía,  
Como español yo no puedo  
Aprobar, crueldad impía  
Es el recurso del miedo,  
Y no de noble osadía.

SESMA.

Ved en el caso presente  
Lo que aconseja su saña  
Al virey de Nueva-España  
Contra el ilustre insurgente.  
Tan luego como su presa  
Tuvo segura el tirano,  
Del desventurado anciano  
Comerció con la cabeza.  
Es la palabra, señores,  
Comercio es fuerza le llame,  
Que plebeyos cortadores  
Desdeñarán por infame.  
A él sin embargo le plugo:  
Si el hijo se le rendia  
Al padre perdonaria;  
Si no, en manos del verdugo  
Su cabeza entregaria!  
Así con villana accion  
Quiso quebrar una espada,

Cuya punta bien templada  
Le amenaza el corazón!  
Y aunque al voto general  
Del país, estaba opuesta,  
Por el cariño filial  
Tal vez tan dura propuesta  
Aceptara el general.  
Mas por razones fundadas,  
Desconfió del vil trato,  
Que el virey ensangrentadas  
Las manos tiene, y manchadas  
Por reciente asesinato!

DON DIEGO.

El virey! Será posible. . . .

SESMA.

Para mengua de su gloria,  
Será eterna la memoria  
De un delito tan horrible. . . .  
Oid la lúgubre historia.  
Hace poco á una batida  
Salió Andrade, y á un sugeto  
De honradez bien conocida,  
Puso en el terrible aprieto  
De perder bienes y vida.  
El infeliz, un hermano  
Como hay muy pocos tenia,  
Que con generosa mano  
Torrentes de oro vertia  
Por salvarle, mas en vano.

Á este escribió el general  
Español, se presentara  
Para que el premio lograra  
De su empeño fraternal.  
¿Quién sabiéndose inocente  
Recelara de acudir?  
Presentóse noblemente;  
Y á entrambos injustamente  
Se les condenó á morir. \* 0

DON LUIS.

Los dos hermanos. . . .

SESMA.

Los dos  
Cayeron en su asechanza;  
Y de entrambos ante Dios  
Alzando implacable voz,  
Pide la sangre venganza!

DON DIEGO.

Del infierno ha sido obra  
Una traicion tan impía!

DON JUAN.

Si ora Bravo desconfia,  
Cierta la razon le sobra.

DON DIEGO.

Proceder tan criminal  
Acaso ignora el virey.

\* Historia de D. Lucas Alaman.

SESMA.

Si no autorizára el mal  
El que representa al rey,  
No lo hiciera el general.

DON DIEGO.

Y no queda solucion,  
A pesar de los recelos  
De Bravo?

SESMA.

Sí, ya Morelos  
Hace otra proposición.  
Sabeis que por donde quiera  
Que sus huestes acaudilla,  
Victoria espléndida brilla.  
En torno de su bandera.  
Poco hace que combatió,  
Y en inmensa multitud,  
Al campamento llevó  
La guerrera juventud  
Que á Calleja arrebató.  
Y en cambio del prisionero  
Que en sus manos ha caído,  
Él un ejército entero  
De españoles ha ofrecido!  
No imaginéis que lo alabo  
Con espresiones mentidas,  
Porque responden mil vidas  
De la existencia de Bravo.

DON JUAN.

Aun cuando Dios no ligára:

Su cabeza con la mia,  
Ardiente le pediría  
Que la suya se salvára!

SESMA.

Morelos su pensamiento  
Brevemente formuló;  
Y su regio ofrecimiento  
Hácia México voló  
Con la rapidez del viento.  
Pronto debe estar de vuelta  
Su enviado; si el soberano  
Tiene aún algo de humano,  
La cuestion está resuelta.  
Seguros podeis salir  
Sin temer otro retardo,  
Libre estando don Leonardo,  
Si no. . . .

DON LUIS.

Debemos morir!

DON JUAN.

El hijo es muy generoso;  
Mas no hay lugar al perdón  
Hiriéndole el corazón  
Un golpe tan doloroso!

SESMA.

Si al virey ciega el orgullo  
Y prefiere ser cruel,

ECHAIZ.

Sea vuestra sangre sobre él,  
El crimen es todo suyo.

DON JUAN.

Recelo que nos condene;  
Pero gracias á vos, ya  
Prevenido me hallará  
El rayo cuando resuene.

SESMA.

Si despiadado os inmola  
La venganza del tirano,  
Lágrimas de un mexicano  
Tendrá la sangre española!

DON JUAN.

Gracias! á la hora que espire  
Preferiré que testigo  
Sea de mi suerte un amigo. . . .

SESMA.

Tiempo es ya que me retire.  
Vuestro soy, señor don Juan,

UN SOLDADO.

Licencia pide una dama  
Para entrar. . . .

SESMA.

¿Cómo se llama?

EL SOLDADO.

Es doña Inés de Guzman.

DON DIEGO.

Mi hija!

SESMA.

Franqueadle la puerta,

DON LUIS.

Inés! cuan fino es su amor!

DON DIEGO.

Quizá la arroja el temor  
De nuestra casa desierta. . . .

## ESCENA TERCERA.

DOÑA INÉS *y dichos, menos SESMA,*

DOÑA INÉS.

Gracias á Dios, señor, al fin te veo!

DON DIEGO.

Hija! querida Inés, ven á mis brazos,

DOÑA INÉS.

De venir á buscaros al deseo  
Cedió mi corazon hecho pedazos,  
Don Luis!

DON LUIS.

Amada Inés!

DOÑA INÉS.

Vagando sola  
Entre ese pueblo que nos ve con ira,

Creo que soy la única española  
Que en esta triste poblacion respira,

DON DIEGO.

Hija del corazon, cuanto has sufrido!

DOÑA INÉS.

No es esto solo; de terror y muerte,  
Como presentimiento que me advierte,  
Rumor siniestro resonó en mi oido.

DON LUIS.

La triste soledad, la amarga pena  
Engendran esas tétricas visiones.

DOÑA INÉS.

La realidad y no mis ilusiones  
Es lo que el alma de dolor me llena,

DON JUAN.

Pobre jóven! ¿os han comunicado  
Reciente nueva del fatal suceso?

DOÑA INÉS.

La libertad del desdichado preso  
Parece que el virey niega obstinado,

DON LUIS.

Mas quién puede saberlo todavía  
Si el mismo general no lo asegura.

DOÑA INÉS.

Yo no sé... mas la plebe lo murmura  
Y de terror mi corazon se enfria,

DON DIEGO.

Serénate, te alarmas sin motivo,  
No háy razon para tanto desconsuelo.

DOÑA INÉS.

En tanto, padre amado, que esteis vivo,  
Gustosa miraré la luz del cielo;  
Pero si tu cabeza venerable  
Debe caer en una tumba helada,  
Yo no quiero quedar abandonada  
Sin apoyo en el mundo miserable.

DON DIEGO.

¿Cual es tu pensamiento?

DOÑA INÉS.

Si cerrado  
De salvacion está todo camino,  
Y vuestra muerte decretó el destino,  
Dejadme perecer á vuestro lado!

DON DIEGO.

Calla, hija mia.

DOÑA INÉS.

Mi amoroso pecho  
Será el escudo que al morir te quede,  
Y si á mi padre proteger no puede,  
A su cabeza servirá de lecho!  
Antes que rompa tu querida frente  
El plomo horrible, quebrará la mia;

Y cuando corra vuestra sangre ardiente,  
La de tu hija se hallará ya fría!

DON DIEGO.

El corazón traspasas de tu padre!

DOÑA INÉS.

Qué será de la huérfana perdida  
Sin el apoyo de su tierna madre  
En el desierto estéril de la vida?  
A vos, don Luis, á quien constante amo  
Os tocará tal vez la misma suerte:  
Con vos anhelo dividir la muerte,  
De vuestra tumba la mitad reclamo!

DON JUAN.

Oh Dios! aun puede el pecho del soldado  
Sentir una impresión de amargo duelo!  
Quien no comprenda ese dolor sagrado  
Sin duda tiene el corazón de hielo.

DOÑA INÉS.

Yo vivo por mi padre, yo lo adoro,  
Yo soy la hiedra de su tronco asida:  
Aquel que me arrebató mi tesoro  
Lleve también mi desdichada vida!

DON LUIS.

Cálmese vuestro afán! hay en el cielo  
Quien las lágrimas cuenta del que gime;  
Dios en su seno, celestial consuelo  
Guarda para un afecto tan sublime!

DON JUAN.

Al apurar el cáliz que se ofrece  
A vuestro labio en tan horrible paso,  
Comprenderéis la pena que padece  
El general que se halla en igual caso.

DOÑA INÉS.

Oh! sí, la angustia de su heroico pecho  
Debe tan grande ser como la mía;  
Si á mi padre matáran sin derecho,  
Yo también á mi padre vengaría!

DON JUAN.

Callad, callad! terrible es el momento  
Que en este instante sobre todos pesa. . . .  
Que no llegue á su oído vuestro acento.

DOÑA INÉS.

Dios Eterno, perdona mi flaqueza!

UN SOLDADO.

El general se acerca á este aposento,  
Retiraos al fondo de la pieza!

DON JUAN.

Por último veremos un gran drama.

DON DIEGO.

Ven hija, eleva tu oración al cielo.

DOÑA INÉS.

Vivir contigo, y si la muerte llama,  
Dos almas juntas alzarán el vuelo!

## ESCENA CUARTA.

EL GENERAL BRAVO, GALIANA y dichos.

Se retiran los prisioneros al fondo del teatro. Bravo se manifiesta profundamente inquieto. Su semblante pálido y triste está en armonía con su situación. Después de pasearse algunos momentos en silencio dice á Galiana.

BRAVO.

Aun no disipa la aurora  
La oscuridad? . . .

GALIANA.

Sí señor,  
Ya con débil resplandor  
El horizonte colora.

BRAVO.

¿Y esta noche no has sentido  
En el silencio profundo  
En que reposaba el mundo,  
Sonar un triste gemido?

GALIANA.

Mi general. . . .

BRAVO.

Y cruzar  
Por tu abrasadora frente  
Un soplo sutil y ardiente  
Que no se puede explicar! . . .  
¿No has escuchado una voz  
Que al mundo no pertenece,  
Y que llamarnos parece  
Al seno augusto de Dios?

GALIANA.

Por la fatiga rendido  
Hondamente reposaba.

BRAVO.

Pues á mí me ha parecido  
Que junto á mí entristecido  
Un espíritu pasaba.  
Permita el cielo sagrado  
Que mi padre, á quien ya llora  
Mi corazón, á esta hora  
No sea cadáver helado!  
Permita Dios que aun le vea,  
Y que este horrible martirio,  
Únicamente delirio  
Del alma agitada sea!

GALIANA.

No lo dudeis; si sus manos  
Le llegáran á tocar. . . .

BRAVO.

Crees, Galiana, á esos tiranos  
Capaces de perdonar?

GALIANA.

No; pero mil prisioneros  
Responden de su cabeza,  
Y fuera mucha torpeza. . . .

BRAVO.

No serian los primeros. . . .

Cuando el orgullo del mando  
 De un déspota se apodera;  
 Cuando turba lisonjera  
 Que se arrodilla temblando,  
 Con sus amaños serviles  
 Cambia las cosas de nombres,  
 Son ante el trono los hombres  
 Unos miseros reptiles.  
 ¿Qué importa que nuestra planta  
 Al vil insecto destroce,  
 O que de la vida goce  
 Si nuestro pié se levanta? . . .  
 ¿Qué importa que á la avecilla  
 Mate plomo destructor,  
 Mientras un canto de amor  
 Está entonando sencilla?  
 Y al que como Dios se sienta  
 Sobre la plebe soez,  
 ¿Qué importa si se presenta  
 Un cadáver á sus piés?  
 Quizá su labio se enciende  
 Con risa mal reprimida,  
 Cuando su poder se estiende  
 Hasta extinguir una vida.  
 Tal vez ¡ay! habrán gozado  
 Ya de placer tan impío,  
 Contemplando, padre mio,  
 Tu cadáver destrozado!  
 GALIANA,  
 Por Dios, señor, deseched  
 Tan horrible pensamiento.

BRAVO,  
 Hasta saber la verdad  
 No me es dado ni un momento  
 Gozar de tranquilidad.  
 En esta noche inclemente  
 He sufrido horribles penas,  
 Cual si de una fiebre ardiente  
 Corriese el fuego en mis venas,  
 En horrorosa inquietud  
 Donde tornaba los ojos,  
 De mi padre los despojos  
 Miraba en el ataúd.  
 Y recordando un cariño  
 Tan constante y acendrado,  
 Viéndolo ya destrozado  
 He llorado como un niño.  
 Un momento á la fatiga  
 Cedi, y horrible vision  
 Surgió en mi imaginacion  
 Como una sombra enemiga,  
 Mas me parece recuerdo  
 De algun suceso pasado,  
 Y al creerlo realizado  
 En un abismo me pierdo. . .  
 Figúrate, Galiana, que creia  
 Verme de nuevo en la modesta estancia  
 Donde en medio de juegos inocentes  
 Tan dulcemente resbaló mi infancia,  
 Mi corazón tranquilo y satisfecho  
 Latia con placer inusitado,  
 Para colmo de dicha, allí á mi lado

Mi padre estaba como yo, felice,  
 Cariñoso estrechándome á su pecho.  
 Su rostro venerable,  
 Y la espresion de celestial ternura  
 Con que en mí se fijaba su mirada,  
 De la felicidad mas santa y pura  
 Penetraban el alma sosegada. . . .  
 Mas duró poco la ventura mia:  
 Cuando mas embebido en dulce hechizo  
 Sus hermosas palabras recogia,  
 En los vecinos campos, de improviso  
 Sonó el clarin con imperioso acento,  
 Y de guerra cruel funesto aviso  
 A nuestro oido lo condujo el viento.  
 Miré á mi pecho, y viéndolo luciente  
 Con el noble uniforme del soldado,  
 Sentí una llama atravesar mi frente,  
 Obedeciendo del honor al grito  
 A mi padre dejé con sentimiento,  
 Y el acero empuñando apresurado  
 Del apacible hogar lancéme fuera. . . .  
 Mi corcel impaciente me aguardaba,  
 Y merced á su rápida carrera  
 Pronto llegué á la escena del combate,  
 Do al rededor de la real bandera  
 Los tercios españoles reunidos  
 Con torrentes de balas y de fuego  
 Inundaban los campos conmovidos. . . .  
 Hacia otro lado el águila de Anáhuac  
 Tambien envuelta en nubes borrascosas  
 Desplegaba sus alas victoriosas. . . .

Allí te hallabas tú con tus valientes,  
 Y como en otras peligrosas lides  
 Fiamos al valor nuestra esperanza. . . .  
 Te di la orden de enristrar la lanza!  
 Partieron nuestros bravos insurgentes  
 Guiando yo su intrépida cuadrilla;  
 Y entre sangre y despojos palpitantes,  
 Cubiertos de laureles y triunfantes,  
 Pisamos los leones de Castilla!  
 Lleno mi pecho de placer divino  
 Quise á las plantas de mi padre anciano  
 Mis laureles poner, torné la rienda  
 A su apacible asilo; mas en vano,  
 En vano le busqué, perdido el tino. . . .  
 En vez del techo de mi pobre casa,  
 En vez de su grósera arquitectura,  
 Triste alcázar de gótica estructura  
 Se presentó á mi vista, coronadas  
 Sus murallas de torres y de almenas;  
 Y sus puertas herradas  
 Por tropas españolas resguardadas!  
 No sé por qué mi corazon inquieto  
 Me avisó que mi padre allí estaria,  
 Y helada el alma por terror secreto,  
 Creí que su cabeza venerable  
 Del hacha amenazada se veia. . . .  
 Ciego de rabia, á mi corcel ardiente  
 Las espuelas clavé, su duro casco  
 Del centinela se estampó en la frente,  
 Y bajo de altas bóvedas pasando  
 Mientras lúgubres ecos respondian

Del caballo los golpes redoblando,  
 Tras un rápido espacio  
 En el centro me hallé del gran palacio.  
 Al punto tortuosas escaleras  
 Subí franqueando largos corredores,  
 Pasadizos oscuros,  
 Crucé á lo largo de los tristes muros,  
 Y en una sala de oriental adorno  
 Cual si saliese á recibirme atento,  
 Se presentó á mi vista, en forma estraña,  
 El adusto virey de Nueva-España!  
 «Mi padre! iba á decirle. . . . respondiome:  
 «Aquí está en mi palacio prisionero.»  
 Nuestros dos corazones palpitaron,  
 Y con mudo furor mal reprimido  
 Cual rayos nuestros ojos se cruzaron!  
 Quiso en sus manos destruir mi acero  
 Y la diestra esquivé. . . . llevóme entonces  
 A escondido retrete,  
 Y me indicó con su sonrisa fria,  
 Indicio cierto de violento insulto,  
 Que allí el fin de mi afan encontraría!  
 Entré . . . . la luz de moribunda llama  
 Mostraba apenas un estraño bulto  
 Sobre regio sillón de antigua hechura,  
 Cubierto con un velo misterioso.  
 Trémulo y afanoso  
 Lo aparté de su faz. . . . era mi padre!  
 Mas solamente mi filial ternura  
 Le pudo conocer. . . . cadáver yerto,  
 Sin la luz de la vida en sus mejillas. . . .

Toquéle, y en el suelo de rodillas  
 Cayó, girando su mirar incierto!  
 Intenté levantarle, y en mis brazos  
 Se arrojó en horrorosas convulsiones  
 Cual si rompiese los terribles lazos  
 Con el ansia mortal del que se ahoga  
 Y á doloroso torcedor resiste:  
 Saltábanse sus ojos y eubria  
 Roja espuma su labio. . . . ¡ay de mí triste!  
 Angustiado apartando su cabello  
 Ví al derredor de su morado cuello  
 Un dogal que inclemente lo ceñía!  
 Despedazarlo quise con mis manos  
 En esfuerzos frenéticos. . . . la lucha  
 Se prolongó por término infinito,  
 Hasta que al fin se escucha  
 Un horroroso grito  
 Terminando su bárbara agonía. . . .  
 Entre tanto el virey alborozado  
 Con irónica risa me decia:  
 «¡Tú con tus propias manos lo has ahorcado!» . . . .

Un fantasma tenebroso  
 Por el abismo abortado,  
 Vuestro pecho ha desgarrado  
 Con su aliento ponzoñoso!  
 Sueño de la fiebre ha sido,  
 No verdad como creis,  
 En breve, señor, vereis  
 A vuestro padre querido.

ECHAIZ.

BRAVO.

Quizá toco ya al extremo  
De superstición liviana;  
Mas de ellos todo lo temo,  
Lo asesinarán, Galiana!  
Mil hechos de tiranía  
Mis recuerdos me presentan,  
Y sus fantasmas ahuyentan.  
La triste esperanza mía.  
Lo asesinarán te digo!  
Es nuestra estrella infelice;  
Y ya el corazón me dice  
Perdí mi mejor amigo!  
Mas no se oye galopar  
Un caballo?

GALIANA.

Creo que sí.

BRAVO.

Es él.

GALIANA.

Ya se acerca aquí.

BRAVO.

Temo acabe de llegar  
El desengaño, ¡ay de mí!  
Es sin duda el mensajero;  
Y un consuelo celestial  
O la punta de un puñal,  
Será su acento primero!

Corre, Galiana, al instante,  
Estimula su indolencia,  
Interroga su semblante,  
Condúcelo á mi presencia!

GALIANA.

Cuidad, señor, de vos mismo;  
Si el infortunio os abate,  
Oponedle el heroísmo  
Que mostrais en el combate. *(vase.)*

## ESCENA QUINTA.

BRAVO. *(Se arrodilla.)*

Piedad! Señor, piedad! . . . si os he ofendido,  
Sobre mí vuestro enojo descargad;  
Mas de mi hondo dolor compadecido  
A mi padre salvad!  
La mano del verdugo no le hiera!  
Jamás la vuestra lo abandone, no;  
Si es fuerza que uno de mi casa muera  
Haced que sea yo!  
Honor y gloria perderé gustoso,  
Mi espada vencedora romperé,  
El hábito de pobre religioso  
Humilde vestiré. . . .  
Sobre mi frente baje el anatema,  
Séame siempre la fortuna esquiva;  
Pero que ordene vuestra voz suprema  
El que mi padre viva! . . . *(se pone en pié.)*

Qué angustia! sobre mi frente  
 Pesa oscuro fatalismo!  
 Paréceme que un abismo  
 Abierto tengo á mis piés!  
 Tal vez están ya sus ojos  
 Muertos á la luz del día. . . .  
 De salvarle todavía  
 Ocasión será tal vez. . . .  
 Fuera crueldad insensata  
 Del virey, asesinarlo,  
 Cuando sabe que á vengarle  
 Dispuesto mi brazo está. . . .  
 Mas es tan grande el desprecio  
 Con que el español nos trata!  
 Esta duda atroz me mata. . . .  
 El desengaño aquí está!

## ESCENA SESTA.

BRAVO, GALIANA, CAYETANO.

Entran Galiana y Cayetano manifestando á su pesar la turbacion y el dolor.

BRAVO.

Su mirar, su paso incierto  
 Qué me anuncian. . . . desdichado!  
 Habla pronto! ¿se ha salvado?

CAYETANO.

Señor. . . .

BRAVO.

Mi padre está muerto! . . .

Muerto! . . . no me digas mas. . . .  
 Lo asesinaron, no existe,  
 De la catástrofe triste  
 Adivino lo demás!  
 Pudiera caberme duda  
 De su adversa suerte? No!  
 Su lengua fiel está muda. . . .  
 Mi pobre padre murió! . . .  
 Ay! del martirio la palma  
 Imaginé que alcanzaba,  
 Cuando sentí me faltaba  
 Alguna cosa del alma!  
 Su espíritu me lo dijo. . . .  
 Muerto! muerto! Santo Dios!  
 ¿No llega, pues, hasta vos  
 El ruego ardiente de un hijo?  
 No, no hay compasion, ¿no es cierto?  
 Habla, dime la verdad.

GALIANA.

Mi general. . . .

BRAVO.

Acabad!

CAYETANO.

Vuestro amado padre es muerto!

BRAVO.

Sí! . . . no me sorprende nada. . . .  
 Solo siento una impresion,  
 Como si en el corazon

Penetrase una estocada! *(se apoya en una  
Aquí su imágen querida *silla.*)*  
Grabada estaba con fuego;  
Puesto que á perderla llego,  
Fuerza es que sienta la herida. . . .

Aquí un altar, padre mio,  
Mi tierno afecto te alzó;  
Mas la llama se apagó  
Y es ora sepulcro frio!

Sombra de perdido bien  
Eres para mí á esta hora;  
Sombra que sin tregua llora  
Desde hoy seré yo tambien!

Nada de la vida espero:  
Sin mi padre no soy nada,  
Rompe, Galiana, mi espada,  
Inútil la considero!

Ya no vendrá la victoria  
A sonreír á mi lado. . . .

Maldita la infame gloria  
Que mi padre me ha robado!

Venga el español cobarde,  
Asalte mi campamento;  
Me encontrará sin aliento,  
Ya mi entusiasmo no arde!

Ni patria tengo ni amigo. . . .  
Soberbio tirano oprima,  
El pueblo estúpido gima. . . .  
Yo seré mudo testigo!

Solo quiero una mansion  
Oculta donde llorar,

Y á torrentes exhalar  
La hiel de mi corazon!  
Oh! si mi llanto de fuego  
Tu cadáver reanimára!  
Si tu impasible sosiego  
Mi amarga queja turbára!  
Mas no, que abismo profundo  
Te aparta, padre, de mí;  
Y seguiremos así  
Tú en la tumba, yo en el mundo! *(se cubre  
la cara con  
las manos.)*

GALIANA.

No sé qué hacer ni decir,  
Pese á mi fortuna impía!  
Antes quisiera morir  
Que presenciar su agonía.

CAYETANO.

A su muerto padre llora. . . .

GALIANA.

Corre el llanto del valiente,  
Como de volcan ardiente  
Brotó lava abrasadora.  
Muerta yace la esperanza  
En su noble corazon;  
Mas despertará el leon  
A la voz de la venganza!

CAYETANO.

Si! que una palabra sola  
Pronuncie mi general,

Y vereis este puñal  
Teñido en sangre española!

BRAVO.

Triste ha sido tu destino!  
Los héroes mueren así. . . .  
Mas ¿esperabas de mí  
Que fuera yo tu asesino?  
Yo, yo te pude salvar;  
Y por un orgullo necio,  
Por un miserable precio,  
Te dejé sacrificar!  
¿Qué me pedía el virey?  
Que mi causa desertara,  
Que la espada le entregara  
Y me sometiera al rey. . . .  
Y por qué no? . . . yo quería  
Como un héroe proceder!  
Salvar antes no debía  
Al padre que me dió el ser?  
¿Por ventura, la cabeza  
De un padre no compensaba  
Lo que el virey alcanzaba? . . .  
Él procedió con nobleza,  
Cuando por su libertad  
Subido precio exigió. . . .  
Quien cometió la maldad  
De asesinarlo, fui yo! . . .

GALIANA.

Ah! mi general. . . .

BRAVO.

Yo fui!

Yo por quimérico honor,  
La prenda de mas valor  
Al verdugo le vendí!  
Salvar al padre amoroso  
Que en la cuna nos bendijo  
Velándonos afanoso,  
Ese es el deber de un hijo!  
Pagar deuda tan sagrada  
Es su sola obligacion,  
Su vida, su religion,  
Todo lo demás es nada!  
¿Qué es la patria por ventura,  
Sino el miserable suelo  
Do vimos la luz del cielo,  
Donde hallamos sepultura?  
¿Y la libertad qué es  
Sino el juguete menguado  
De un déspota coronado  
O de la plebe soez?  
¿Qué importa sufran las trabas  
De un gobierno envilecido,  
Los que de madres esclavas  
Para esclavos han nacido?  
Todo me es indiferente. . . .  
Sucumba ó venza el tirano,  
Yo no lo veré: á otra mano  
Pase el pendon insurgente!  
Cortas son noches y días  
Para el funeral amargo:  
Hundido en triste letargo,  
Resbalen las horas frías

Sobre mi frente inclinada  
 Por el dolor; en su tumba  
 Mi existencia se derrumba  
 Para siempre destrozada!  
 Y como el soldado herido  
 Que se aleja del combate,  
 Mi pecho angustiado late  
 Cansado y desfallecido!  
 Que el vírey tiene logrado  
 Cuanto anheló considero. . . .  
 Muerto yace el prisionero,  
 Y el guerrero desarmado!

GALIANA.

Desarmado! vive Dios!  
 Rodeado estais de valientes,  
 De vuestro labio pendientes,  
 Prestos á morir por vos!

BRAVO.

No esperes nada de mí.  
 En el dolor me consumo;  
 Por una ráfaga de humo  
 Un gran tesoro perdí! . . . .  
 Mi corazón está helado.

CAYETANO.

Sabes cómo ha perecido  
 Tu padre, señor? . . . ahorcado  
 Cual miserable bandido!

BRAVO.

Qué dices? ese cobarde

Insulto también le han hecho!  
 A esa palabra, en mi pecho  
 Fuego de venganza arde! . . .  
 Ahorcado! raza maldita!  
 Por Dios que tan vil altraje  
 Hará por fin que yo baje  
 Al fango donde ella habita!  
 Ya que infames se han vengado,  
 ¿Por qué no dar al valiente,  
 Al padre de un insurgente,  
 El destino del soldado?  
 Olvidaron que en la guerra  
 Prisioneros les quité  
 Por millares, y podré  
 Bañar en sangre la tierra?  
 Galiana! viven los cielos  
 Que no respondo de mí. . . .

GALIANA.

Ved lo que os escribe aquí  
 Nuestro general Morelos.

BRAVO.

Lee tú: de cólera ciego  
 No pudiera hacerlo yo.

CAYETANO (*aparte.*)

En su corazón prendió  
 Ya de la venganza el fuego!

GALIANA (*leyendo la carta de Morelos.*)

«Hijo mio! es preciso en esta hora  
 Hacer uso de todo el heroísmo

Que en vuestro noble pecho se atesora:  
 Acabo de saber en este mismo  
 Instante, que el tirano detestado  
 Sin tener cuenta de su sangre propia,  
 A don Leonardo Bravo ha ejecutado.  
 Cualquiera frase me parece impropia  
 Para calmar vuestra terrible pena. . . .

Las palabras no sirven de consuelo  
 Cuando se pierde á un padre. . . . solo el cielo  
 De un hijo tierno el corazon serena.  
 Tampoco es la venganza apetecible  
 A un corazon tan noble y generoso  
 Como es el vuestro; pero no es posible  
 Dejar impune un crimen espantoso  
 Que los derechos de los hombres viola,  
 Y por sí mismo la venganza inflama;  
 Si mexicana sangre se derrama,  
 Derrámese tambien sangre española!  
 Haced ejecutar los prisioneros,  
 Cuantos tengais, sin ajustar la cuenta,  
 La represalia debe ser sangrienta  
 Para evitar ultrajes venideros. . . .

Cumplida esa justicia, me aconseja  
 La prudencia excitaros al combate:  
 El tigre sanguinario no se abate  
 Y busca aún una leccion Calleja!  
 En breve nos veremos. . . . quiera el cielo  
 Daros conformidad: si yo consigo  
 Suplir en parte á mi mejor amigo,  
 Segundo padre en mí hallareis.

MORELOS. »

BRAVO.

Segundo padre! si pudiera alguno  
 Llenar el hueco inmenso que ha dejado  
 En mi pecho su muerte, fueras el héroe  
 Que divinos decretos destinaron  
 Para humillar el español orgullo  
 Y libertar al suelo mexicano;  
 Mas solo un padre hallamos en el mundo  
 Y es el que ser y vida nos ha dado.  
 La pérdida funesta que he sufrido  
 No puede remediar poder humano!  
 Jamás, Galiana, su doliente sombra  
 Se apartará un instante de mi lado.  
 Si sucumbiera al menos combatiendo,  
 Aun fuera mi dolor menos amargo;  
 Mas con muerte tan bárbara y horrible! . . .  
 ¿Comprendes los tormentos de un ahorcado? . . .  
 Ante tan vil ultraje hecho á mi padre  
 De la venganza con la sed me abraso!

CAYETANO.

¿Qué te impide, señor, en el instante  
 Dar orden de vengarte y de vengarnos?  
 Si hubieras visto como yo de cerca  
 El fin funesto de tu padre anciano;  
 Si hubieras visto á la indefensa víctima  
 Al cadalso marchar con firme paso  
 Sofocando su oculto sufrimiento,  
 Y en presencia del pueblo alborotado  
 Espirar entre jueces y verdugos  
 El nombre de su hijo pronunciando,

Cual si venganza del cobarde ultraje  
Te demandara al espirar su labio,  
Ni un momento aplazaras el castigo  
Y dieras á su espíritu descanso!

BRAVO.

Basta! ni una palabra mas me digas,  
En mi cerebro ese horroroso cuadro  
Con sangrientos colores el infierno  
Represalias pidiendo me ha grabado,  
Y el corazon nadando ya palpita  
De la venganza en el veneno amargo!  
Siento que no nací para verdugo;  
Mas tan horrible oficio los tiranos  
Me enseñarán. . . . tan solo sangre anhelan,  
Muerte, esterminio. . . . suplicar es vano,  
Ni la razon ní la justicia escuchan. . . .  
¿Sangre quereis, verdugos coronados?  
Sangre tambien nosotros vertiremos  
Para aplacar los manes venerados  
De los mártires nobles de la patria. . . .  
Vuestros deseos quedarán colmados,  
Sobre el sepulcro de mi amado padre  
Pronto podreis mirar un rojo lago!

GALIANA.

La órden que manda el general Morelos  
Debo cumplir?

BRAVO.

Cumplidla sin retardo.

GALIANA.

¿Sabeis que son trescientos prisioneros?

BRAVO.

Ya ves que el general prohíbe contarlos!

CAYETANO (*aparte.*)

Mueran todos! son todos españoles,  
Nuestros ultrajes quedarán vengados!

BRAVO.

Haced al punto preparar las armas:  
Que la tropa de línea forme cuadro  
Al frente, preguntad al religioso  
Si acaso ha concluido ya su encargo.  
Prevenid á mis negros de la costa,  
Ellos serán los que hagan los disparos. . . .  
En cuanto estén mis órdenes cumplidas  
Me vendreis á buscar. . . . en ese cuarto  
Estaré, para alivio de mi pena  
Quiero á la ejecucion acompañaros.  
Sombra de un padre! espíritu de un mártir!  
Hazme oír tu decreto soberano,  
El oído de un hijo los escucha  
Y cumplirá tu voluntad su brazo!

*(Entra en la habitacion de la izquierda.)*

CAYETANO

*(Manifestando alegría feroz y volviéndose hácia  
los prisioneros.)*

Lo oísteis? . . . pronto os quitarán la vida  
Los que un tiempo tuvísteis por esclavos!  
Tiranos de la América infelice,  
Vuestras cabezas viles serán pasto

De las aves sangrientas de rapiña;  
Como ellas yo tambien mi presa aguardo. *(vase.)*

GALIANA

*(Volviendo de acompañar á Bravo.)*

Ya lo sabeis, señores, vuestras vidas  
Deseaba el general poner en salvo;  
El virey lo dispone de otro modo  
Dando la muerte á don Leonardo Bravo.  
Os mata por saciar una venganza  
Él, solamente él es el culpado.  
Breves son los momentos que ya os quedan,  
Para el último trance preparaos. *(vase.)*

DON JUAN.

Preparados estamos hace tiempo,  
Que somos españoles y cristianos!

## ESCENA SÉTIMA.

DON DIEGO, DON JUAN, DON LUIS, DOÑA INÉS. *(Se acercan al foro.)*

DOÑA INÉS.

¿Será posible, Dios mio,  
Que ya no quede esperanza?  
Ese asesinato frio  
Al cielo pide venganza!  
Mas ¿qué culpa puede haber  
En nosotros? por ventura  
Pudo de su sepultura  
Apartarle una mujer?

¿Por qué somos condenados  
Expiando culpa agena,  
A sufrir horrible pena  
A su cadáver atados?  
Es una injusticia atroz:  
De nobleza alto renombre  
Goza Bravo; pero es hombre  
Y se vengará feroz!  
Su padre el tirano impío  
Sin piedad le ha arrebatado,  
Y ciegameamente irritado  
Quiere arrebatarme el mio!  
Ah! yo lo sabré estrechar  
Con frenesí entre mis brazos;  
Y solamente á pedazos  
Me lo podrán arrancar!

DON LUIS.

Inés, Inés, en esta hora  
De separacion eterna,  
Oid la súplica tierna  
De un amante que os adora!  
No mas en este aposento  
Permanecer debeis vos;  
Huid, evitad, por Dios,  
Un desenlace sangriento!  
Vos estando aquí presente  
El valor me faltaria,  
Y tal vez á cobardía  
Lo atribuyera esa gente.  
Os es precisa la calma;  
A vuestra casa tornad,

Y al cielo elevando el alma,  
Nuestro perdon alcanzad!

DOÑA INÉS.

Eso me decis, don Luis?  
¿Queréis que huya y espere,  
Mientras fusilado muere  
Aquí mi padre infeliz?  
¿Creeis que pueda encontrar  
La calma, al cielo implorando,  
Y ardientes ruegos alzar  
Mientras os están matando?  
No! yo á la muerte me entrego  
Con vosotros juntamente  
Si al general insurgente  
No le conmueve mi ruego!

DON DIEGO

*(Con dolor mal reprimido.)*

Hija mia! eres cristiana:  
A la fuerza del destino,  
Que es un decreto divino,  
Toda resistencia es vana.  
La sagrada religion,  
En tan horrible momento,  
Eleve tu pensamiento  
Y aliente tu corazon.  
Yo tal vez voy á morir. . . .  
Dejarte sola en el mundo  
Es el dolor mas profundo  
Que un padre pueda sentir.  
Mas me sirve de consuelo

Al pisar el ataúd,  
Que ha fijado mi desvelo  
En tu pecho la virtud.  
Esa es la compañera  
Que á mi huérfana me dejó,  
Ella será tu consejo  
Y tu dicha verdadera.  
Esa es la divina luz  
Del alma pura y sencilla,  
Que aun en la desgracia brilla  
Y hace un trono de la cruz!  
Aceptar debes del cielo  
La inmutable voluntad:  
Que el llanto de la orfandad  
Nunca corre sin consuelo!  
Huye, pues, vete, hija mia. . . .  
Déjanos sin resistencia,  
En tal hora tu presencia  
Mi tormento doblaria.

DOÑA INÉS.

Es tu precepto sagrado  
Para mí; mas quiero verte,  
Y al que la vida me ha dado  
Acompañar en la muerte!  
No pienses que si en mi ausencia  
Te abren sepulcro profundo,  
Mucho tiempo por el mundo  
Arrastraré mi existencia.  
Ya ves qué dolor tan fiero  
Al heróico Bravo abate,  
Ya ves qué duro combate

Sufre el alma del guerrero,  
Es la sangre su placer,  
A la razón ya no escucha. . . .  
¿Qué hará en tan terrible lucha  
El alma de una mujer?  
No, señor, yo soy cautiva  
Por mi voluntad contigo;  
Si del cielo es un castigo,  
No quiere el cielo que viva!

DON DIEGO.

Libre estás de su sentencia,  
Defendernos no podrá  
Tu amor, tal vez la demencia  
Tu cerebro turbará!

DOÑA INÉS.

Ah! no lo permita Dios!  
Todavía estais aquí,  
Aun tengo padre, y no oí  
Sonar la descarga atroz.  
Aun no descubren mis ojos  
Aquí un campo de matanza  
Lleno de yertos despojos  
Que destruya mi esperanza,  
No ha escuchado el general  
Sonar vibrante en su oído  
El acento dolorido  
De mi cariño filial.

DON JUAN.

Dice bien, señor don Diego,  
Dejad, dejad que vuestra hija

Con su blanca mano elija  
Una carta en este juego.  
Segun nos cuenta la historia,  
Era Aquiles un guerrero,  
Cuyo corazón de acero  
Templaba solo la gloria.  
Pero cuando hasta su tienda  
Llegó Priamo lastimoso  
A demandarle lloroso  
De su cariño la prenda,  
Del héroe altivo cubrió  
Amarga nube los ojos,  
Y del hijo los despojos  
Al padre anciano entregó.  
Veamos ora si Homero  
Tambien hubiera acertado  
Siendo el padre prisionero  
Y un ángel el abogado. . . .

DOÑA INÉS.

Dios realice mi esperanza!  
Tal vez su noble hidalguía  
No solo á la prenda mia  
Mas para todos alcanza. . . .

DON JUAN.

A todos. . . . mucho lo dudo,  
Su amigo Patroclo muerto  
En mas de un cadáver yerto  
Lo vengó Aquiles sañudo.  
Mas por mí no paseis pena;  
Estoy muy acostumbrado

A ver el mar irritado  
 Y ensangrentada la arena.  
 Por dicha no soy casado,  
 Ni hijo, ni parientes cuento;  
 Y si no muero contento  
 Moriré como soldado! *(se oye un redoble  
 de tambores.)*  
 No dilatemos, señores,  
 Nuestras súplicas á Dios,  
 Que es de otro mundo la voz  
 Con que hablan esos tambores!..

DOÑA INÉS

*(Asomándose á la ventana.)*

Ay! están ya preparados  
 Con fiera resolucion,  
 ¡Cuan espantosa impresion  
 Producen esos soldados!  
 Sálvanos, Virgen María!  
 Ampáranos, Santa Madre  
 Del Redentor! á mi padre  
 No me arrebate este dia!

*(Se oye un doble melancólico, y comienzan á salir de la pieza  
 del fondo los prisioneros, conducidos por varios soldados. Con  
 ellos vienen Galiana y Sesma.)*

## ESCENA OCTAVA.

*Dichos, GALIANA, SESMA, y el resto de los prisioneros.*

DON LUIS.

Esa campana. . . .

DON JUAN.

Doblando

Están por nosotros ya,  
 En mí no consistirá  
 Si se quedan esperando.  
 Dios nos ampare en la hora  
 Igualmente aborrecida  
 Del desdichado que llora  
 Y del que goza en la vida!  
 Mirad cuantos prisioneros. . . .  
 Larga será la jornada,  
 Y es incierta la posada,  
 Mas no faltan compañeros!

DON DIEGO

*(A un lado del teatro.)*

Dios Eterno! ten piedad  
 De la hija que abandono,  
 Desde tu celeste trono  
 Ampárala en su orfandad!

DON LUIS.

Oh Dios mío! de mi amada  
 Ten ahora compasion,  
 No á la desesperacion  
 La dejes abandonada!

DON JUAN

*(Tomando por la mano á doña Inés.)*

Venid, se acerca el momento.  
 Dios vuestro ruego bendiga!

No dirijais vuestro acento  
A Bravo hasta que yo diga.  
Es la última jugada,  
Y á buen tiempo debe ser;  
En llevándose á perder  
La partida está acabada! . . .

ALERE PLATINA  
ESCENA NOVENA.

Dichos, BRAVO.

Antes de acercarse á los prisioneros se recoge algunos momentos y  
declama los siguientes versos.

BRAVO.

Su noble sombra me mira  
Y mueve mi corazón!  
Tan bella resolución  
No es mía, él me la inspira!  
Este esfuerzo esclarecido,  
Este heroísmo sin nombre  
Que hace un semidios del hombre,  
De otro mundo me ha venido!  
Tranquilo, padre querido,  
En tu sepulcro descansa,  
Tú tendrás una venganza  
Cual ningún héroe ha tenido! . . .

GALIANA.

Señor, la tropa está sobre las armas  
Y todas vuestras órdenes cumplidas:  
En cambio de una vida inapreciable,  
El enemigo perderá mil vidas.

BRAVO.

Bien. . . muy pronto en el campo de batalla  
Teñiremos en sangre los aceros;  
Mas antes de imitar á los tiranos,  
Quiero hablar á esos pobres prisioneros!

(Rodeado de los prisioneros españoles.)

Españoles! sabéis lo que ha pasado,  
De indignación mi corazón palpita,  
Desde la hora fatal venganza grita  
La sombra de mi padre asesinado!  
Venganza pide la villana ofensa  
Que en él se hace á los héroes insurgentes;  
La represalia es la única defensa  
Que les queda de hoy mas á los valientes.  
El ilustre Morelos también arde  
Por vengar ese crimen, y me ordena  
Que ni un solo momento se retarde  
El haceros sufrir la última pena.  
Conmovida mi tropa por la suerte  
Del que mas que su jefe fué su amigo,  
A gritos pide ya vuestro castigo,  
Todo me induce, pues, á daros muerte. . . .  
Dirigid á esa plaza las miradas  
Y podreis ver á mis soldados bravos  
Roto el yugo de míseros esclavos,  
Esperar con las armas preparadas.  
Una seña, un acento de mi labio,  
De vosotros cadáveres harían,  
Y apenas tantas víctimas serían  
Justa venganza del sangriento agravio!

Mas no temais; el que juzgaros debe  
 Es el hijo del inclito patriota,  
 Y de la sangre del tirano aleve  
 Su corazon no encierra ni una gota!  
 Nada temais, que si á Venegas plugo  
 A un valiente matar como á bandido,  
 El que su nombre lleva no ha nacido  
 Para hacer el oficio de verdugo!  
 Españoles! alzad la mustia frente!  
 Ved la estirpe de Bravo envilecida!  
 Alzad los ojos y leereis la vida  
 En el franco mirar del insurgente!  
 Aquí tenéis al *hijo del ahorcado*,  
 Ved si nobleza ó vil rencor rebosa. . . .  
 Mi padre pereció, pero ha quedado  
 La inspiracion de su alma generosa!  
 Libres sois, españoles! . . . está abierto  
 A vuestra vista porvenir hermoso,  
 Mientras derramo llanto doloroso  
 Vivid en nombre de mi padre muerto!  
 Vivid, vivid por él! y á ese tirano  
 A quien no envidio el corazon de fiera,  
 Libres podeis decir de qué manera  
 Se ha sabido vengar un mexicano!

*(Luego que Bravo acaba de hablar, prorumpen los prisioneros en vivas aclamaciones que manifiestan su alegría inesperada. Don Diego é Inés se arrodillan de un lado y otro de Bravo.)*

DON DIEGO.

Señor! vuestro heroismo me enagena,  
 La humanidad os debe alzar altares!

De guerreros vulgares  
 Está la historia llena. . . .  
 Mas perdonar con generoso pecho  
 Mientras abrasa el corazon la ira,  
 Solo el cielo lo inspira,  
 Solo vos lo habeis hecho!  
 Existir y deber la vida á Bravo  
 Es á mi corazon doble ventura,  
 En mí teneis de un padre la ternura,  
 Si quereis, un esclavo! . . .

DOÑA INÉS.

Señor! á un corazon entusiasmado  
 Todo lenguaje le parece frio.  
 Un padre os han quitado  
 Y me dejais el mio!  
 Vuestro perdon es lluvia bienhechora  
 Refrescando la tierra enardecida,  
 Que las flores colora  
 Y las vuelve á la vida!  
 De vuestro padre en el sepulcro santo  
 No haceis caer una hecatombe horrenda,  
 Ni la fúnebre ofrenda  
 De inconsolable llanto.  
 Mas en torno á su losa funeraria  
 Se elevará en ardientes bendiciones  
 La sublime plegaria  
 De mil agradecidos corazones!  
 Yo la primera, el triste monumento  
 Adornaré con una flor marchita,  
 Muestra del sentimiento  
 A su sombra benéfica y bendita! *(se ponen en pié.)*

BRAVO.

Venid á que os estreche entre mis brazos:  
Ese homenaje al padre que he perdido  
Es digno de elevarse hasta los cielos,  
Nace de un corazon agradecido,  
Envidio vuestra dicha. . . . sed felices!  
Y siempre que os sonria la ventura,  
Consagrad de amistad tierno recuerdo  
Al que las heces del dolor apura. . . .

DON LUIS.

Yo no puedo partir sin que publique  
Que me sacais del fondo de un abismo  
De sufrimiento, para ser dichoso,  
Y que admiro, señor, vuestro heroismo!

BRAVO.

Si algo encontrais de grande en mis acciones,  
Si hay mérito en salvar á la inocencia,  
Es gloria de mi padre, en mí se encierra  
De su extinguido corazon la esencia!

DON JUAN.

General! una espada yo tenia  
Con que serví al virey de Nueva-España,  
Y aunque avezado á conocer los grandes,  
Hoy su conducta me parece extraña  
Y baja comparada con la vuestra. . . .  
El por satisfacer una venganza,  
Cual rebaño de bestias miserable

Nos condenó á morir sin esperanza,  
Vos, de excelsas virtudes animado,  
Del padre asesinado en la presencia  
Nos dais á todos libertad y vida,  
Con que clara se ve la diferencia!  
Si vos quereis mi acero devolverme,  
Cambio desde este instante de bandera;  
Y si algun español por mi conducta  
Como infame traidor me vitupera,  
Le diré que admirando el heroismo,  
Al recobrar la vida quedé esclavo  
De una virtud que desconoce el trono,  
Y que es mi orgullo ser traidor con Bravo!

BRAVO. . .

Libertador decid! nuestra bandera  
Es la de un pueblo mísero oprimido:  
Venid á defenderla, sed mi hermano,  
Pues una buena accion os ha vencido. . . .

*(Los prisioneros españoles victorean entusiasmados á Bravo y á la independencia.)*

DON JUAN.

Son vuestros, general!

BRAVO.

Bien, compañeros!  
Obrad con libertad: quien se resuelva  
Al azar de la lucha, que me siga,  
Y el que no, libre á sus hogares vuelva.  
Conducélos, Galiana, necesito

Desahogar solo mi angustiado pecho;  
Pues al que ha muerto su perdon le deben,  
Para llorarle tengo ya derecho!

*(Salen los prisioneros guiados por Galiana, Sesma y D. Juan, repitiendo sus aclamaciones y formando una escena animada. Cuando ha salido el último, declama Bravo los siguientes versos.)*

ESCENA ÚLTIMA.

BRAVO.

Libres ya son! . . . mas mi infelice padre  
No encontró compasion. . . . abandonado  
A sus crueles verdugos, murió aboreado  
Como el mas miserable criminal!  
Triste de mí! la desastrosa escena  
Apartarse no puede de mi vista. . . .

Donde quiera que esté, mientras exista,

Apretará mi cuello ese dogal!

Solo tú, ¡Eterno Dios! solo tú sabes

Lo que el olvido y el perdon me cuesta!

De la venganza oí la voz funesta,

Y sentí envenenado el corazon.

Mas ya que he sofocado de mi pecho

El sentimiento natural y humano;

Ya que la muerte de mi padre anciano

De honrar tu voluntad me dió ocasion,

Oye, Señor, mis súplicas ardientes,

Haz que se cumpla la plegaria mia,

Desparezca la odiosa tiranía  
Del suelo que su sangre rescató!  
Libre México sea! nunca logre  
Aire para vivir ningun tirano,  
Donde con el perdon un mexicano  
De la muerte de un padre se vengó!

Julio 16 de 1864.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## INDICE.

A la Sra. Doña F. M. .... v

### PRIMERA PARTE.

Melancolía en el Eden.....	1	quejo de un cuadro).....	28
La tarde.....	5	A José Obregon, pintor mexi-	
La noche.....	8	cano.....	32
El mendigo.....	10	Gratitud merecida, (el niño á su	
Miseria é infortunio.....	13	maestro).....	36
A los mártires ignorados.....	16	El cielo y la tierra.....	38
El Ixtacihuatl.....	18	Mónica.....	48
Amor en el lago.....	20	A Emma.—Felicidad fugaz....	52
A la poetisa mexicana Sor Jua-		Las ruinas del convento.....	55
na Inés de la Cruz.....	24	A la Virgen.....	66
La Oracion del Huerto, (bos-		Phsiquis.....	68

### SEGUNDA PARTE.

A Julia.—Ilusiones Perdidas..	75	Adios de un patriota.—(A Cle-	
Herman.....	83	mentina).....	100
A una cortesana.....	86	Felicidad imposible.....	104
En el Popocatepetl, (á Julia.)	90	¡El cuarto del hotel!.....	109
Materialismo.—(A Juan Aldai-		El misántropo.....	114
turreaga.).....	94	La Tierra-Fria.....	120

INDICE.

Sara de Córdoba. (Escena dramática) .....	125	Lord Byron.....	151
Oracion inútil. Venganza, (traducción de Sakespeare).....	131	Al lago Lemán, id. id.....	152
La Noche Triste. (Imitación de la Sra. Avellaneda).....	135	A D. Santos Degollado, id.....	153
La Muerte del Salvador, soneto.	149	A Guatimoczin, id.....	154
Galileo, id.....	150	Después del baile, id.....	155
Al Castillo de Chillon, id. de		A los poetas mexicanos, id.....	156
		¡Lacrimarum fons! id.....	157
		A Michoacán, id.....	158
		El preso, (poema de Lord Byron)	160

TERCERA PARTE.

Un recuerdo de ternura á mi amado padre.....	183	A mi querido hermano Epigmenio.....	229
Hidalgo.....	190	¡Última luz! (á Epigmenio).....	233
Iturbide.....	195	Evocación de los espíritus.....	237
Suicidio del general Terán.....	203	Una sombra del combate.....	242
Ocampo.....	211	Cerca del mar.....	250
Al coronel D. José Calderón.....	215	A Jesucristo.....	254
A la grata memoria del C. Santos degollado.....	219	La vida y la fe, soneto.....	257
A las víctimas de los tiranos.....	224	La Venganza de un mexicano (Cuadro histórico).....	259

TABLA DE ERRATAS.

En la composición del "Tzacihuatl," línea 3ª, pág. 18, dice: "porque;" debe decir: *por qué*.

En la misma, en la línea 10, dice: "brillas," debe decir: *brillar*.

En las "Ruinas del Convento," pág. 59, línea 20, dice: "vivera;" debe decir: *ribera*.

En la "Venganza de un mexicano," pág. 294, línea 22, dice: "alcazaba;" debe decir: *demandaba*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





OTEC